
REBECCA BÁEZ
A veces, cruzar la línea lo cambia todo.
JUEGO PELIGROSO

JUEGO PELIGROSO

Rebecca Báez

Copyright © 2026 Rebecca Báez

Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducido en ninguna forma ni medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotografías, grabación o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos que aparecen en este libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: **2605205719139**

Registrado el: **20/05/2025**

Instagram: @rebeccabaezlibros

ÍNDICE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

1

Sloane

Llegué a las instalaciones del Blackridge United Women diez minutos antes de la hora prevista, algo muy habitual en mí. El coche se detuvo frente a un edificio de líneas modernas que, a primera vista, pretendía proyectar una imagen profesional. Sin embargo, bastaron unos segundos más para que yo detectara las grietas bajo esa fachada cuidadosamente calculada.

Al bajar del vehículo, me ajusté la chaqueta y eché un vistazo a mi alrededor. Esa mañana, había decidido ponerme un traje gris oscuro de corte impecable, entallado lo justo, acompañado de una blusa blanca y unos zapatos negros de tacón medio que marcaban cada uno de mis pasos. Mi cabello, recogido en una coleta perfecta, no admitía rebeldías. Nada en mí lo hacía; yo misma me había encargado de que fuera así durante años.

El aire olía al césped de los campos de alrededor, pero también, a una especie de abandono disfrazado de rutina diaria, ese aroma que se instala cuando nadie se preocupa ya por los detalles. Inspiré profundamente y avancé hacia la entrada del edificio.

La puerta principal estaba entreabierta, detalle que no pasó inadvertido para mí. Empujé con la punta de los dedos y entré en el vestíbulo, donde la primera anomalía me recibió de inmediato: un mostrador totalmente desordenado con papeles apilados sin criterio alguno, una pantalla encendida que mostraba una hoja de cálculo abandonada a medias y, a un lado, una caja de botellas de agua sin colocar. Varias sillas por el medio, y un cuadro colgaba torcido en la pared.

“Increíble”, pensé.

En cuestión de segundos, mis ojos registraron cada irregularidad. Porque sí, para mí estas cosas eran importantes.

Seguí caminando por el pasillo, observando con atención. En una vitrina cercana, los trofeos acumulaban polvo, mal iluminados y olvidados. El reflejo de mi figura en el cristal me devolvió una imagen nítida,

controlada y ajena por completo a ese entorno que parecía resistirse a cualquier forma de rigor o excelencia.

"Esto es un puto desastre. Si estuvieran en otra liga, ya habrían sufrido las consecuencias", me dije para mí misma con una claridad que resultaba incómodamente satisfactoria. Puse los brazos en jarras durante un breve instante, evaluando el conjunto en su totalidad, antes de seguir adelante. No era el momento de gestos visibles que delataran mis impresiones.

Mi teléfono vibró dentro del bolso y al sacarlo observé durante unos segundos que tenía un mensaje de mi padre, imaginando el contenido sin necesidad de abrirlo: una crítica envuelta en formalidad, un recordatorio sutil de que presidir un club en declive no era, ni mucho menos, una jugada inteligente, sino un error garrafal.

Bloqueé la pantalla sin leer el mensaje y me dirigí hacia la sala de reuniones. Antes de entrar, desenrosqué el tapón de mi termo y bebí un sorbo de café. La temperatura era exacta, ni un grado más ni uno menos; un control imprescindible para mí.

Dentro de la sala, Julian Ashcroft, el director deportivo, ya me esperaba. Se levantó al verme entrar y se ajustó la chaqueta con un gesto automático, casi nervioso.

—Sloane, querida —saludó, extendiendo la mano con una sonrisa profesional—. Bienvenida al Blackridge. Espero que el viaje no haya sido demasiado agotador.

Acepté su apretón, manteniendo el contacto visual.

—Julian. Gracias. He tenido viajes peores —respondí con cortesía.

Nos sentamos frente a frente. Al menos la mesa estaba limpia y ordenada, un pequeño punto a su favor en medio de tanto… descuido.

—Imagino que ya te habrás formado una primera impresión de las instalaciones —comentó él, apoyando las manos sobre la superficie de madera con cierta tensión visible en los hombros.

—Suficiente para hacerme una idea general —contesté, dejando el termo a un lado—. Pero prefiero que seas tú quien me cuente los detalles.

Julian asintió, aunque percibí una ligera tensión en su mandíbula. Después, se aclaró la garganta y me dedicó una pequeña sonrisa.

—La situación es… compleja. Venimos de una temporada muy irregular. Resultados mediocres, inestabilidad en el cuerpo técnico, cambios

constantes en la alineación y, sobre todo, una moral que ha sufrido altibajos importantes.

—Y un vestuario dividido como consecuencia ¿no? —interrumpí, cruzando una pierna sobre la otra mientras lo observaba con atención.

—Exacto —confirmó él, exhalando con discreción—. Has dado en el clavo.

Claramente esperaba mi reacción, pero no se la di de inmediato. En cambio, mantuve el silencio unos segundos más, lo suficiente para darle tiempo a contarme todo sin dejarse ni un mínimo detalle.

—¿Y cuál dirías que es la causa principal de esa división? —pregunté, inclinándome ligeramente hacia delante.

Julian se reclinó en su silla.

—Hay varios factores…, como siempre ocurre en estos casos. Lesiones recurrentes, falta de refuerzos en el mercado de invierno, presión mediática… Pero el principal, sin duda, es la dependencia excesiva de una sola jugadora. El equipo gira demasiado alrededor de ella.

Apoyé los codos sobre la mesa y entrelacé los dedos con calma deliberada, manteniendo una expresión serena.

—¿Y desde cuándo un equipo profesional de fútbol debe su existencia por completo a un solo peón en el tablero? —inquirí sin perder el contacto de su mirada—. Explícame eso, Julian. Me interesa tu perspectiva.

—Desde que ella marca los goles que nos han mantenido en los mejores puestos durante años —respondió, con un leve suspiro—. Kaia Bouchard es una jugadora excepcional, Sloane. Talentosa, intuitiva, casi imposible de detener cuando está inspirada. Margot y Derek también me lo han repetido en varias ocasiones. Puede que el fin de su carrera esté cerca, pero sin duda es una mina de oro. Podría haberse marchado a muchos sitios, pero continúa aquí. Y eso es lo que la avala.

Incliné ligeramente la cabeza, asimilando la información mientras una imagen mental de esa jugadora comenzaba a formarse en mi mente.

—Y por eso Margot Hale no tolera riesgos innecesarios… —le comenté—. Si ella defiende esa dependencia, es porque la considera rentable a corto plazo, no va a mantenerla aquí para siempre. Y por lo que me has dicho Derek es, en cambio, un conservador por naturaleza: si algo funciona, aunque sea de forma inestable, prefiere no tocarlo —añado, y Julian asiente rápido—. La gracia es que yo no funciono así.

Julian me observó en silencio, evaluándome con la mirada. Tomé otro sorbo de café antes de continuar, saboreando el líquido caliente recorrer mi garganta.

—Quiero datos concretos y detallados —añadí sin opción a réplica—. Rendimiento colectivo frente al individual, distribución de minutos en el campo, incidencia de lesiones, estadísticas de posesión cuando ella no está en el campo… Todo lo que respalde esa supuesta dependencia. Si existe de verdad, la eliminaremos de raíz. Si no, la desmantelaremos igualmente. No he invertido en este club para verlo caer por los caprichos de una sola futbolista, por brillante que sea.

—Entendido —respondió él, anotando algo con rapidez en su libreta —. Prepararé un informe completo para mañana mismo. ¿Quieres que incluya también las proyecciones financieras a medio plazo?

—Inclúyelo todo —afirmé—. No quiero sorpresas.

Me levanté sin anunciarlo, dando por cumplida la función inicial de la reunión. Julian se incorporó también con presteza.

—Si te parece bien, podemos ir ahora a ver el entrenamiento —propuso—. Así te haces una idea más real del ambiente y te presento al resto del equipo técnico. Creo que será útil.

Lo miré apenas un segundo, calibrando la oferta.

—Claro. Será un placer —acepté.

Salimos de la sala y atravesamos la ciudad deportiva. El recorrido fue lo bastante largo como para confirmar mis primeras impresiones: pequeños fallos repetidos por todas partes, detalles que nadie parecía considerar relevantes. Una puerta que no cerraba bien, los carros con el material sin estar en un lugar concreto, y un grupo de jugadoras que conversaban apoyadas en una barandilla, ajenas a cualquier sensación de profesionalidad.

Todo sumaba. Todo hablaba de un club que había perdido el norte.

El campo de entrenamiento apareció al final del recorrido, abierto y delimitado por gradas bajas y una línea de árboles que amortiguaban el viento frío. El sonido de los golpes al balón, las indicaciones del cuerpo técnico y algún que otro grito de ánimo se mezclaban en una melodía irregular, viva pero desorganizada.

Me detuve antes de acercarme demasiado. Prefería observar desde la distancia, como siempre hacía en estos primeros contactos. Julian permaneció a mi lado, respetando mi silencio.

Mis ojos recorrieron el campo. Había talento, sin duda, pero disperso, sin una estructura sólida que lo contuviera y potenciara.

Y en el recorrido de mi mirada, me encontré con la otra protagonista de esta historia. No necesité que nadie me la señalara. Kaia Bouchard se movía con una intensidad distinta al resto, como si el espacio del campo le perteneciera de forma natural e indiscutible. Su presencia alteraba el ritmo del entrenamiento, lo moldeaba sin pedir permiso. Recibió un pase largo y controló el balón con el empeine en un gesto limpio. Giró sobre sí misma para deshacerse de la defensa que la presionaba, y en ese movimiento capté la fuerza de sus piernas, la flexibilidad de su cuerpo y una determinación que cortaba el aire.

Había algo en su forma de jugar que desafiaba cualquier tipo de predicción. Avanzó unos metros, esquivando una segunda marca con un cambio de dirección brusco, su cuerpo se inclinó hacia delante, y a los pocos segundos, disparó con potencia.

El balón impactó contra la red con un sonido que cortó momentáneamente el murmullo del campo.

Crucé los brazos y seguí observándola con atención. Kaia no celebró el tanto. No buscó miradas de aprobación ni gestos triunfales. Se limitó a recoger el balón con gesto serio y volver a su posición, como si el gol fuera algo de lo más habitual.

Sentí una ligera presión en el pecho, difícil de clasificar en un primer momento. No era admiración por su técnica, ni tampoco rechazo profesional. Era reconocimiento. Y, en el fondo, una advertencia que resonó en mi cabeza con fuerza.

Porque entendí, en ese mismo instante, que no estaba observando un problema aislado del equipo.

Estaba observando el núcleo exacto de todo lo que debía desmantelar.

2

Kaia

—Parece que la nueva presidenta del club ya ha llegado.

La voz de Riley Park me alcanzó entre el sonido repetitivo de los balones golpeando el césped y las indicaciones lejanas del cuerpo técnico. Me incliné ligeramente hacia delante, apoyando las manos en los muslos mientras recuperaba el aire tras el último sprint, justo antes de seguir la dirección que mi mejor amiga señalaba con la cabeza.

A lo lejos, junto a la línea lateral, una figura inmóvil observaba el entrenamiento con unas pintas que no encajan para nada con en el entorno. Todo en ella parecía demasiado… estructurado, y lo noté en la postura erguida, sus brazos cruzado, la forma en que su mirada recorría el campo como si midiera cada centímetro de terreno y a cada una de nosotras con la misma frialdad.

No necesité acercarme más para comprender que Riley tenía razón.

—El traje le queda bien —murmuré mientras me incorporaba, sin apartar los ojos de ella—. Lo demás, no me interesa.

Riley dejó escapar una breve risa nasal al recoger uno de los balones que había rodado hasta nuestros pies.

—¿Qué no te interesa exactamente? —preguntó, y me lo lanzó sin pensar.

Lo controlé con el interior del pie sin esfuerzo y se lo devolví con un toque suave.

—Todo lo que venga después de ese traje —respondí.

Mi contestación sonó seca, pero no resultó muy honesta, debo reconocerlo. Había algo en esa mujer que no terminaba de encajar en la categoría de “irrelevante”. Algo que de inmediato, despertó la incomodidad dentro de mí.

—Pues debería interesarte —insistió Riley mientras se ajustaba la coleta—. Puede haber cambios importantes en el club. Cambios que nos afecten a todas.

Desvié la mirada un instante y la clavé en el césped. La hierba húmeda se pegaba ligeramente a las suelas de mis botas y me producía una sensación familiar, casi reconfortante en medio de la incertidumbre en la que yo intentaba no pensar.

Solía decirme que con hacer goles bastaría. Pero de repente, sentí que incluso podrían quitarme eso.

—Los cambios nunca han sido mi problema —afirmé con convicción —. Mientras pueda jugar, el resto me da igual.

Riley me observó un segundo más, como si valorara si debía añadir algo, pero finalmente asintió mientras se encogía de hombros.

—Vamos a seguir con el entrenamiento —dije, cortando la conversación antes de que se alargara más.

Nos unimos a Jordan y Natalie cerca del centro del campo. Jordan estiraba el cuello con movimientos lentos y concentrados, mientras Natalie golpeaba el balón contra el suelo en toques rítmicos que delataban cierta impaciencia.

—Ya era hora —comentó Jordan sin mirarnos directamente—. Pensaba que ibas a quedarte contemplando el paisaje el resto del entrenamiento.

—No es mi estilo —respondí, y me coloqué frente a ella.

Intercambiamos algunos pases rápidos. El balón viajaba de un pie a otro con precisión, como si nuestros cuerpos recordaran el movimiento incluso cuando la mente se dispersaba hacia otra parte. Natalie aumentó la velocidad de manera progresiva y nos obligó a reaccionar con mayor rapidez.

Me gustaba esa sensación. El instante exacto en el que todo lo demás desaparecía y solo quedaba el juego, puro y exigente.

El pitido del silbato de Derek cortó el ritmo de golpe.

—¡Venid aquí chicas! ¡Reunión! —gritó, e hizo un gesto amplio con el brazo.

Nos acercamos y formamos un semicírculo a su alrededor. Derek Caldwell solía ocupar el espacio con esa autoridad natural que imponía sin necesidad de tener que comportarse como un idiota, aunque a veces lo hiciera.

—Muy bien —comenzó, recorriéndonos con la mirada—. El próximo partido contra las Portland Thorns va a ser complicado, sobre todo fuera de casa. No podemos permitirnos otro error en la salida de balón ni en la

transición ofensiva. Quiero que estéis muy concentradas en ese tipo de jugadas. —Creo que, de todas las rivales contra las que había jugado. Ellas eran de las más jodidas—. Vamos a centrarnos en mejorar el ataque en los espacios —continuó—. Movimientos rápidos, lectura inteligente del juego y, sobre todo, saber cómo tomar las mejores decisiones en la zona de tiro. No quiero dudas ni jugadas a medias. ¿Entendido?

Asentí. Eso sí me interesaba de verdad.

—¿Qué hacemos con las bandas? —preguntó Natalie, adelantándose un paso.

—Proyectaos más, pero con criterio —respondió Derek—. Kaia, necesito que sigas bajando a recibir cuando sea necesario. Eres el eje del equipo. Y tú Riley, busca más los desmarques de segunda línea, pero sin perder el ojo a los posibles contraataques a tu espalda.

—Entendido —contestamos casi al unísono.

Nos colocamos en las posiciones asignadas para trabajar las jugadas específicas, y poco después, el ejercicio comenzó desde el centro del campo, con Riley iniciando la acción. Jordan presionaba con intensidad, obligándonos a buscar soluciones rápidas, mientras Natalie se proyectaba por la banda derecha con velocidad junto al resto del equipo.

El balón llegó a Riley, que levantó la cabeza apenas un segundo antes de enviármelo. El pase fue tenso y preciso. Lo recibí de espaldas a portería y sentí la presión inmediata de la defensa sobre mi espalda.

Giré sobre mi eje y usé el cuerpo para proteger el balón. El contacto fue breve pero suficiente para desequilibrar a la jugadora en mi marca. Escuché la respiración agitada a mi espalda, el roce de las botas contra el césped y el murmullo de las compañeras que se movían en busca de espacios.

Natalie avanzó por la derecha. Amagué un pase hacia ella, forcé a la defensa a abrirse y, en ese mismo instante, cambié de dirección y llevé el balón hacia el centro. El tiempo pareció comprimirse. Riley entraba desmarcada desde segunda línea. Y no me lo pensé dos veces.

El balón abandonó mi pie con un giro limpio y encontró el suyo sin desviarse. Riley me lo devolvió en el primer toque, aprovechando el hueco que se había abierto entre las centrales.

El aire golpeó mi rostro mientras aceleraba. Cada músculo respondía a la carrera. El balón volvió a mí justo cuando la línea defensiva intentaba

recomponerse. Lo controlé con un toque suave, luego otro, y otro más, hasta que levanté la vista y disparé.

Una trayectoria perfecta. El balón se coló en la esquina inferior de la red.

El silencio duró menos de un segundo antes de romperse en voces, pasos y respiraciones agitadas.

Me incliné hacia delante, apoyé las manos en las rodillas y recuperé el aliento. El pecho me subía y bajaba con fuerza, mientras el sudor recorría mi espalda y pegaba la camiseta a mi piel.

—Buen movimiento —escuché a mi lado.

Levanté ligeramente la cabeza. Tonya Laurent estaba delante de mí con los brazos en jarras.

—¿Agotada? —añadió, ladeando la cabeza.

Solté una breve exhalación que casi se convirtió en risa.

—Ni por asomo. Aún me queda mucho.

Me incorporé y pasé una mano por mi frente para apartar el sudor. Noté la mirada de Tonya aún sobre mí, pero no le di más espacio del necesario.

—Entonces vuelve a hacerlo —dijo ella, retrocediendo un paso con una ceja arqueada—. Quiero ver si puedes repetirlo bajo presión real.

—No te preocupes, lo haré —respondí con una media sonrisa.

Volvimos a colocarnos. El ejercicio continuó con algunas variaciones, ajustes y pequeños errores que Derek corregía desde la banda. Mis piernas comenzaron a acusar el esfuerzo, pero no lo suficiente como para ralentizarme.

Corrí campo a través en una de las siguientes jugadas, persiguiendo un pase largo que se había abierto demasiado. El balón rodaba hacia la banda y aceleré para alcanzarlo antes de que saliera.

Fue entonces cuando volví a sentirlo.

Esa presencia.

Levanté la vista por inercia y nuestros ojos se encontraron.

No supe exactamente qué esperaba ver, pero no fue eso. No fue esa intensidad, esa forma de observarme que no tenía nada de superficial. Su mirada no se desvió cuando la mía la sostuvo y eso provocó que sintiera un escalofrío recorrer toda mi espalda.

El tiempo se comprimió de nuevo, pero de una forma distinta, y no por el ritmo del juego como tal. Sentí un ligero nudo en el estómago, una

tensión que no provenía del esfuerzo físico sino de algo mucho más perturbador.

Parpadeé.

El balón estaba a punto de salir del campo.

Reaccioné en el último instante, estiré la pierna y mantuve el balón en juego. El contacto resultó torpe comparado con lo anterior, pero suficiente. Lo devolví al centro sin precisión y rompí momentáneamente la fluidez de la jugada.

—¡Concéntrate, Kaia! —gritó Derek desde la banda.

Apreté la mandíbula.

—En eso estoy, joder —murmuré para mí misma, más como una orden que como una respuesta.

Volví a correr e intenté integrarme de nuevo en la dinámica del ejercicio. Sin embargo, algo había cambiado. Era como si una capa invisible se hubiera superpuesto al césped, a los movimientos y a mis propios pensamientos.

Evité mirar hacia la banda.

No lo necesitaba.

Sabía que seguía allí, observándome.

"Huele a problemas", pensé, y sentí cómo ese hecho impactaba de lleno dentro de mí. *"Y yo odio que se metan en mi terreno de juego."*

3

Sloane

—Estoy deseando irme a casa.

La frase llegó clara, atravesando el murmullo disperso que se había instalado en el campo al final del entrenamiento. No supe quién la dijo, pero tampoco lo necesitaba. Sonreí, negué con la cabeza y crucé los brazos, dejando que el gesto hablara antes de que lo hiciera mi propia voz.

A partir de ese momento, iban a cambiar muchas cosas.

—Vais a tener que esperar un poco —dije, proyectándome lo suficiente para que todas recibieran el mensaje.

Algunas jugadoras levantaron la vista con desgana, otras fingieron no escucharme, como si no estuvieran acostumbradas a que alguien les exigiera algo después de los entrenamientos. *"Así nos va"*. El cansancio se mezclaba con una familiaridad peligrosa, esa que nace cuando la exigencia ha dejado de ser constante y la mediocridad se ha vuelto parte del sistema.

—Nos vemos en los vestuarios después de que os duchéis —añadí.

Hubo un intercambio de miradas, un par de gestos y alguna sonrisa. Observé cómo empezaban a recoger el material, unas más diligentes que otras. Estaba claro que no iba a ser plato de buen gusto, y que tal vez me ganaría alguna enemiga, pero en ese momento, poco me importó; la única idea que tenía en la cabeza era la de conseguir que el equipo saliera a flote.

A mi lado, Julian carraspeó con discreción, y después, se encogió de hombros antes de empezar a caminar a mi lado.

—Sé un poco indulgente con ellas —comentó en un tono que pretendía ser conciliador—. Puede que sean rebeldes, pero en el fondo hacen su trabajo.

Giré la cabeza hacia él sin detener el paso.

—Si de verdad hicieran su trabajo, Julian, no estarían mirando el último puesto de categoría a la cara —respondí sin inmutarme. La gente sabía que era sincera, cortante sí, pero sincera, al fin y al cabo—. Las cosas

van a funcionar de otra manera a partir de ahora. Y eso debe incluir el compromiso de todas.

Me dirigí hacia una de las máquinas expendedoras situadas junto al edificio principal para sacar una botella de agua y darle un buen sorbo. Bebí despacio, observando el entorno mientras lo hacía. El sol caía en un ángulo que acentuaba particularmente cada uno de los pequeños detalles que me rodeaban: la pintura ligeramente desconchada en una de las paredes laterales, una papelera rebosante más allá de lo razonable y un carrito de balones abandonado a medio camino.

"Este sitio no tiene ni pinta de ser un lugar para un equipo de verdad", pensé. Aunque a esa conclusión ya había llegado incluso antes de salir de mi coche.

Cerré la botella y la sostuve unos segundos entre las manos, sintiendo el frío contra la piel, antes de dejarla a un lado y después, me dediqué a responder algunos mensajes de WhatsApp que tenía acumulados.

Media hora después, me dirigí hacia los vestuarios. Las luces blancas, demasiado intensas, dibujaban sombras duras sobre las paredes. El sonido del agua había cesado, sustituido por un murmullo de conversaciones que se interrumpieron parcialmente cuando abrí la puerta.

Entré al interior y al escuchar pasos a mi espalda me giré para ver a Derek en el umbral de la puerta.

—¿Puedo entrar ya? —pidió.

—Claro, ponte cómodo —le dije yo, y él se situó delante de las taquillas antes de cruzarse de brazos.

El ambiente estaba cargado, no solo por el vapor residual de las duchas, sino por las dudas y la tensión que mi presencia había generado desde que llegué al entrenamiento. Las jugadoras estaban reunidas; algunas sentadas en los bancos, otras de pie, con el cabello aún húmedo, y la piel enrojecida por el agua caliente. Asentí, y enseguida me metí en mi papel, sin perder un segundo más de tiempo.

—Buenos días a todas —comencé, dejando que mi mirada recorriera el espacio con lentitud deliberada—. Soy Sloane Whitaker, la nueva presidenta del club, como ya sabréis.

Hubo un leve movimiento colectivo. Como si cada una buscara su posición dentro de lo que estaba a punto de suceder.

—Y mi intención es crear una revolución —proseguí. Sonreí apenas, no como gesto de cercanía, sino para subrayar lo que les estaba diciendo.

Mi mirada se detuvo en Kaia Bouchard casi sin esfuerzo.

Estaba ligeramente apartada del grupo, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos entrecerrados en una expresión que no pretendía ocultar nada. Tenía la postura tan rígida, que me dejó muy claro que no le gustaba mi presencia en ese lugar, ni mucho menos, que me tomara estas concesiones.

Sostuve su mirada un segundo de más antes de continuar, y en el proceso sentí un leve cosquilleo en la nuca. Carraspeé y erguí un poco más mi postura.

—Lo que os quería decir… —proseguí—, es que a partir de ahora se instaurarán nuevas reglas, con sus consiguientes sanciones económicas por indisciplina en caso de no cumplirlas. —El impacto llegó claramente a todas por cómo se tensaron a mi alrededor—. No quiero retrasos en los entrenamientos ni en los futuros viajes. Habrá controles más estrictos en las dietas y se reorganizarán los horarios para gestionar mejor el tiempo libre y vuestras actividades fuera del campo.

Vi cómo algunas intercambiaban miradas. Cómo otras bajaban la vista.

—¿No le parece excesivo? —preguntó una voz con claridad y sin titubeos.

Por supuesto que iba a ser Kaia Bouchard.

Volví a mirarla. No había cambiado de postura, pero algo en su expresión se había afilado. Me estaba desafiando, abiertamente y delante de todo, y no tenía ninguna intención de disimularlo.

—No —respondí con la misma calma y seguridad que mis anteriores palabras—. No me parece excesivo cuando estamos a punto de pisar el infierno y la vergüenza nacional. ¿Tú crees que lo es, Kaia?

Ella levantó ligeramente la barbilla.

—Creo que las reglas excesivas matan la motivación. Y sin motivación, no hay goles.

—Interesante punto de vista —contesté, dando un paso más hacia el centro del vestuario y reduciendo la distancia con ella—. Pero los goles solos no nos mantendrán en primera. Necesitamos disciplina, compromiso y una mentalidad ganadora. ¿Alguien más quiere opinar?

Riley Park se removió en su sitio.

—Entiendo el objetivo, pero… ¿sanciones económicas? Algunas tenemos familias, responsabilidades fuera y no siempre podemos

compaginarlo.

—Precisamente por eso se hará este cambio —repliqué—. Porque tenéis responsabilidades, y el club también las tiene con vosotras, pero el esfuerzo debe ser mutuo. Quien cumpla, no tendrá nada que temer. Quien no, pagará las consecuencias —añadí sin titubear—. También os pondremos facilidades para que esas cargas no sean un problema para vosotras.

Jordan Blake también intervino:

—¿Y el estilo de juego? ¿También va a cambiar eso?

—Vamos a reforzar el colectivo sin perder las capacidades individuales de cada jugadora —expliqué—. Lo que quiero decir, es que las places clave continuarán siéndolo, pero nadie será intocable. El equipo estará por encima de todo.

Kaia soltó una risa baja, casi inaudible, que me provocó un escalofrío inesperado.

—Suena bonito —murmuró—. Pero las promesas de los despachos suelen quedarse ahí.

La miré fijamente durante unos segundos. La tensión entre nosotras era palpable, con una electricidad que se notaba iba más allá del mero conflicto laboral. Sentí de inmediato la chispa, un magnetismo peligroso que decidí guardar para mí.

No iba a dejar que Kaia Bouchard me distrajese.

—El Blackridge United no va a descender —afirmé totalmente segura, dirigiéndome a todas, pero sin apartar los ojos de ella—. Es algo que tengo muy claro. Pero solo se podrá cumplir si cambiamos algunas cosas. Y lo haremos.

Giré ligeramente la cabeza hacia Derek.

—¿Estás de acuerdo, entrenador?

Él se enderezó, como si no hubiera estado esperando ese momento.

—Claro —dijo—. Yo estoy al servicio del club. Aceptaré y acataré cualquier medida que pongan a partir de acuerdo.

Se dio cuenta de que su puesto también estaba en riesgo.

—Muy bien —concluí y me pasé las manos por la ropa—. Pues a partir de ahora, estaré presente en todos los entrenamientos, al menos hasta que vea un cambio radical en los resultados y en la actitud del equipo. Por ahora, podéis marcharos. Pronto os llegarán los calendarios y las novedades a vuestros teléfonos.

No hubo más preguntas. El grupo empezó a dispersarse con rapidez.

Kaia se quedó donde estaba durante un rato, observándome con intensidad. Me estaba evaluando, quizá midiendo hasta dónde estaba dispuesta a llegar yo. Y entonces sonrió. Se inclinó hacia su taquilla, tomó su mochila y se la colgó al hombro sin dejar de mirarme.

En ese momento tuve muy claro que me había metido de lleno en su terreno.

El sonido de la puerta al cerrarse marcó el final de ese intercambio y Julian, a mi lado, soltó el aire que parecía haber estado conteniendo.

—Sigue siendo tan intensa como en el campo… —comentó.

Derek se encogió de hombros, como si quisiera restar importancia a lo que acababa de ocurrir.

—Kaia es así —añadió el entrenador—. Talentosa, pero con carácter. Va a necesitar mano firme, pero también apoyo. Hasta donde yo sé, se debe al equipo desde muy joven.

Mi mirada seguía fija en el punto donde Kaia había estado segundos antes. Sentí una mezcla compleja de irritación, respeto y una atracción inesperada que me obligué a controlar y a meter en un baúl al que después le puse un candado y cerré con llave.

"Por tu propio bien, Sloane".

—Lo sé —dije, apartando de mi cara un mechón que se había escapado de mi coleta—. Y estoy preparada para ello.

Salí del vestuario unos minutos después, dejando atrás la tensión que yo misma había creado. El aire exterior resultó todo un bálsamo. Puede que supiera lo que hacía y que fuera una mujer de hierro, pero también estaba nerviosa por el gran cambio profesional que esto iba a suponer para mí. Y debía esforzarme mucho para también, conseguir nuevos patrocinios y una posición económica mejor. Caminé hacia el aparcamiento, con el sonido de mis tacones marcando el ritmo sobre el asfalto.

A lo lejos, junto a uno de los coches, Kaia caminaba con una despreocupación que pegaba mucho con esa mujer. Llevaba la mochila colgada de un solo hombro y, en la otra mano, sostenía una bolsa de patatas abierta. Comía mientras avanzaba, como si nada de lo ocurrido minutos antes tuviera la menor importancia.

Se detuvo al llegar a su coche y entonces levantó la vista.

Nuestras miradas se encontraron de nuevo, esta vez sin distancia suficiente para diluir la intensidad. Y al instante, lo sentí como un desafío, un pulso invisible que vibraba entre las dos.

Kaia se llevó una patata a la boca sin apartar los ojos de mí, masticando con una calma que me pareció hasta insolente, en un gesto provocador, íntimo de una forma que no correspondía al contexto.

Sentí un escalofrío que me recorrió el cuerpo. Y entonces me di cuenta de que esta mujer iba a ser un problema. Un problema… fascinante.

Desvié la mirada primero y seguí caminando hacia mi coche, consciente de lo que me esperaba a partir de ahora y de lo que iba a suponer Kaia en mi presente más cercano.

"No me lo va a poner nada fácil."

4

Sloane

Sophie me besó el interior del muslo, sus labios suaves y calientes rozaban mi piel sensible y erizada. Levantó la mirada hacia mí y preguntó:

—¿Te pasa algo? Pareces distraída.

Tragué saliva, sintiendo cómo mi cuerpo se tensaba bajo su atención. Estábamos en mi casa, conmigo tumbada en la cama con las piernas abiertas, completamente expuesta y vulnerable, mientras Sophie permanecía arrodillada entre ellas, como si en ese momento, este fuera su lugar favorito en el mundo. Negué con la cabeza.

—Nada, solo son cosas de trabajo. Ya lo sabrás —comente—. Por favor, continúa —susurré, mientras mi mano se deslizaba entre su cabello para guiarla de nuevo hacia mí con delicadeza.

Sophie sonrió con picardía y determinación. Unos adjetivos que también la definían como periodista: siempre en busca de la historia, de un artículo que llegara a las masas. Y en ese instante, yo era su historia. Bajó la cabeza sin añadir una palabra más, pero sus ojos prometían que no se detendría hasta arrancarme hasta el último gemido de placer.

Su boca regresó a mi muslo, depositando besos húmedos y abiertos que ascendían lentamente, torturándome con deliberada paciencia. Cada roce de sus labios enviaba descargas eléctricas directas hasta mi clítoris, que ya palpitaba hinchado y necesitado de su atención. Cuando por fin alcanzó mi centro, exhaló el aliento caliente sobre mi sexo empapado y soltó un gemido, casi reverente, como si el aroma y la vista la volvieran completamente loca.

—Joder, Sloane… estás… me encanta —murmuró contra mi piel, y su voz vibró directamente en mi carne sensible.

No esperó ninguna respuesta. Su lengua lamió desde mi entrada hasta el clítoris en una pasada larga y posesiva, recogiendo mis jugos con un hambre que me hizo estremecer. Gemí con fuerza y arqueé la espalda de forma instintiva. Sophie no mostró ninguna delicadeza; me devoró como si

llevara días sin probar bocado —y era así—, como si mi coño fuera lo único que necesitaba para sobrevivir hasta el día siguiente. Su boca se cerró alrededor de mi clítoris, succionándolo con fuerza mientras su lengua lo azotaba en círculos rápidos y firmes.

—Ah… Sophie… —jadeé, y mis dedos se clavaron en las sábanas con desesperación.

Ella gruñó en respuesta; la vibración del sonido atravesó mi cuerpo entero y aumentó el placer. Introdujo dos dedos en mi interior sin previo aviso, curvándolos hacia arriba para hacerme ver las estrellas, mientras chupaba mi clítoris con avidez, tragándose cada gota de mis fluidos sin parar. Su rostro permaneció enterrado entre mis piernas, respirando solo lo necesario para hundirse de nuevo y con más profundidad.

—Sabes tan jodidamente bien, que me ahogaría en ti sin pensarlo —gruñó entre lametones.

Mi cuerpo respondía sin ningún control. Mis caderas se movían contra su boca, follándome literalmente su cara mientras ella intensificaba sus atenciones. El placer era tan intenso que rozaba el límite del dolor. Sentía cómo mis jugos le corrían por la barbilla y empapaban las sábanas debajo de nosotras. Sophie levantó un momento la vista y sus ojos brillaron mientras sonreía con malicia.

—Mírate… goteando como una zorra en celo —susurró, antes de volver a bajar.

Esta vez utilizó la lengua para penetrarme la entrada mientras su pulgar presionaba mi clítoris en círculos perfectos y constantes. Yo gemía sin ninguna vergüenza, y los sonidos crudos llenaban la habitación. Noté cómo mis pechos se endurecerían mientras subían y bajaban debido a mi respiración agitada. El orgasmo se construyó con rapidez, un nudo caliente y apretado que creció en mi bajo vientre.

—Sophie… voy a correrme… no pares, por favor —supliqué, con la voz rota por el placer.

Ella aceleró el ritmo, chupando mi clítoris con fuerza mientras sus dedos entraban y salían a un compás castigador. El placer me atravesó como un rayo ardiente; mis jugos brotaron contra su boca en oleadas, pero Sophie no se detuvo ni un segundo; lamió cada gota con devoción, gimiendo de puro placer como si delante de ella tuviera el néctar más exquisito.

Mientras yo todavía temblaba por las réplicas del orgasmo, se incorporó y alcanzó la mesita de noche para encontrarse con el dildo,

grueso y negro que siempre guardaba en el segundo cajón. Sophie lo lubricó generosamente con mi propia excitación, deslizándolo arriba y abajo por mi hendidura empapada.

—Dime que lo quieres dentro —habló en tono dominante, mirándome a los ojos.

Asentí frenéticamente, todavía sensible pero desesperada por más.

—Ya sabes mi respuesta, joder.

Ella posicionó la punta gruesa contra mi entrada y empujó el dildo lentamente. Gemí larga y profundamente mientras Sophie lo introducía dentro de mí, girándolo ligeramente, observándome con ojos hambrientos y brillantes.

Cuando llegó al fondo, completamente enterrado en mí, solté un gemido gutural. Me sentía llena, poseída, con cada nervio encendido y vibrante por culpa de una mujer que siempre conseguía volverme loca. Sophie comenzó a moverlo con embestidas lentas pero profundas, sacándolo casi por completo antes de clavarlo de nuevo hasta la base dentro de mí.

Mientras me follaba con el juguete, bajó la boca de nuevo a mi clítoris, lamiendo y succionando al ritmo exacto de las penetraciones. Mi segundo orgasmo llegó más rápido y más violento. Grité su nombre sin control, y mis piernas temblaron alrededor de su cabeza mientras me corría con fuerza alrededor del dildo, apretándolo con espasmos intensos.

Sophie lo sacó lentamente, admirando cómo mi coño quedaba abierto, palpitante y chorreante. Pero no me concedió tregua. Volvió a introducirlo, esta vez con mayor rapidez, follándome con embestidas cortas y potentes mientras su lengua azotaba mi clítoris sin piedad.

—Otra vez —ordenó contra mi carne hinchada—. Córrete otra vez para mí, Sloane.

Mis manos se enredaron en su cabello, empujándola más fuerte contra mí. El juguete entraba y salía con facilidad, lubricado por mis orgasmos previos. Sentía que me estaba rompiendo en mil pedazos, que mi cuerpo ya no me pertenecía, y que el placer era abrumador, casi insoportable. Sophie introdujo un dedo junto al dildo, estirándome aún más, y aquello resultó mi perdición definitiva.

Me corrí por tercera vez, gritando su nombre, con el cuerpo convulsionando sin control. Sophie gemía de satisfacción, lamiendo todo lo

que podía mientras seguía moviendo el dildo con lentitud, prolongando mi éxtasis hasta el último espasmo.

Cuando finalmente me calmé, temblando y jadeando, sacó el juguete con cuidado y lo dejó a un lado. Subió por mi cuerpo, besando mi vientre, deteniéndose en mis pechos para succionar y morder suavemente mis pezones, hasta llegar a mi boca. Su beso sabía a mí, crudo, profundo y deliciosamente sucio. Me saboreé en su lengua mientras sus dedos acariciaban con ternura mi sexo hinchado y sensible.

—Eres increíble —susurró contra mis labios—. Podría comerte toda la noche sin cansarme nunca.

Sonreí débilmente, aun recuperándome, y la atraje más cerca. Sabía que Sophie Grant nunca se conformaba con una sola historia. Y yo, en ese instante, estaba más que dispuesta a dejarla escribir el siguiente capítulo.

Mi respiración todavía era irregular cuando Sophie se apartó ligeramente, mirándome con esa intensidad que tanto me excitaba. Parecía analizar cada reacción, guardándola en su memoria para futuras referencias. Sus dedos trazaron patrones perezosos sobre mi piel, rozando apenas mi clítoris, provocándome un nuevo estremecimiento.

—No creas que hemos terminado —afirmó con una sonrisa lobuna.

Se deslizó de nuevo hacia abajo, besando cada centímetro de mi piel en el descenso. Esta vez separó mis labios mayores con los pulgares, exponiéndome por completo a su mirada ávida. Exhaló sobre mí y luego escupió directamente sobre mi clítoris; el acto, tan guarro y dominante, me arrancó un gemido de vergüenza.

Su lengua era incansable. La movía en todas direcciones. Alternaba entre devorar mi clítoris y follarme con ella, entrando y saliendo de mi entrada con movimientos que me volvieron loca.

—Joder… no se te ocurra parar —supliqué, a pesar de que no podía más, y mis caderas se levantaron para encontrar su boca.

Sophie obedeció con un gruñido ahogado contra mi carne. Me corrí por cuarta vez, un orgasmo más largo y profundo que me dejó temblando y lloriqueando su nombre.

Sophie bebió de mí como si estuviera sedienta después de un largo viaje.

—¿Te he dicho ya que eres mi distracción favorita? —preguntó.

Y yo no tuve más remedio que asentir, porque ella también lo era para mí. Me encantaba el sexo y, sobre todo, me encantaba no tener que dar

explicaciones al día siguiente.

Pasamos lo que parecieron horas en aquella danza de placer. Sophie exploró cada rincón de mi cuerpo con la boca y las manos, igual que yo lo hice con ella. Y cuando por fin caímos sobre la cama, exhaustas y cubiertas de sudor, Sophie se tumbó a mi lado y besó mi cuello antes de encenderse un cigarrillo.

—Dime qué te distraía antes —comentó, dándole una calada.

Sonreí.

—Nada importante. Ya sabes que el trabajo no va a ser fácil. Pero aquí no se habla de eso. ¿Verdad? —dije, con picardía—. Era una de tus reglas —completé, guiñándole un ojo.

La noche aún era joven, porque mi ecuación con Sophie Grant siempre podía alcanzar su punto máximo.

5

Kaia

—¿Qué te parecen las nuevas normas?

La voz de Martina me interceptó justo cuando cerraba la puerta del coche, claramente alterada. El sonido del cierre resonó unos segundos en el aparcamiento casi vacío y se mezcló con el viento que arrastraba el olor a césped recién cortado desde los campos de entrenamiento. Me ajusté la mochila al hombro antes de girarme hacia ella.

Martina estaba apoyada contra el capó de su coche, con los brazos cruzados y una expresión que oscilaba entre la curiosidad y la inquietud. A su lado, Tonya se mantenía ligeramente apartada, aunque revisaba algo en el teléfono.

Me encogí de hombros.

—Que cuando la nueva presidenta se dé cuenta de que las cosas no funcionan así, reculará —respondí, dejando que una sonrisa orgullosa se dibujara en mis labios—. Que hayamos tenido dos temporadas malas no significa nada. Sobreviviremos, como siempre.

No era del todo cierto y lo sabía.

Tonya levantó la vista en ese momento, se apartó el pelo rubio de la cara y guardó el teléfono en el bolsillo trasero de su pantalón.

—Yo no estaría tan segura —intervino con una seriedad que me puso los pelos de punta—. Los rumores dicen que el equipo ha perdido varios contratos de publicidad importantes y que, si los resultados siguen así, podríamos caer en la desaparición. Esto va más allá de un mal año, Kaia.

Sentí una punzada breve en el estómago. Negué con la cabeza, incrédula.

—Eso no son más que tonterías —afirmé, aunque el miedo empezó a atravesar mi cuerpo sin remedio. La realidad es que sí estaba al tanto de esas últimas “novedades”—. Cuando a los de arriba les interesa siempre presionan para cagarnos.

Caminé sin más, obligándome a moverme y a no quedarme anclada en una conversación que, ¿la verdad?, en este momento no quería tener.

—Lo que tenemos que hacer es callarles la boca en los entrenamientos —añadí, girándome hacia ellas mientras caminaba hacia atrás—. Eso es lo único que importa. Si jugamos como sabemos, no tendrá más remedio que hacerlo.

"Y no seguir creyendo que hasta el vestuario está dividido".

Martina asintió, aunque no con la misma convicción que yo había puesto en mis palabras.

—Espero que tengas razón —murmuró—. Pero esa mujer no parece de las que reculan fácilmente. ¿No recuerdas cómo nos miró a todas durante la reunión? Parece que ya tenga todo planeado.

Tonya se colocó a mi lado y bajó la voz.

—Dicen que viene de un mundo corporativo duro —comentó, con una sonrisa fría en los labios—. Y que no es como los anteriores directivos. Esta cortará cabezas si hace falta. Y tú, parece que eres la primera en su lista.

—No le tengo ningún miedo —respondí con sequedad—. Que intente lo que quiera.

El túnel hacia los vestuarios estaba en penumbra, y el eco de nuestros pasos nos acompañó durante el silencio que se había instalado entre nosotras poco después.

El entrenamiento no tardó en empezar, y desde el minuto uno me di cuenta de que, efectivamente, esa mujer iba a por mí. Derek había reorganizado los equipos de forma drástica y la distribución de algunas jugadoras.

Y, por supuesto, yo no estaba en el equipo habitual de titulares.

La mandíbula se me tensó al instante, y llevé la vista hacia la banda casi por instinto. Sloane estaba de pie, observándonos con esa expresión seca, como si el tema de los sentimientos no fuera para nada con ella. *"Necesita un buen polvo"*, pensé. Y no me importaría ser yo quien le quitara el gesto de agria.

"Qué zorra", me dije después. Consciente de lo difícil que me lo iba a poner.

—Concéntrate —murmuré para mí misma mientras golpeaba el balón con la puntera antes de colocarlo en posición.

Y un segundo después, el silbato sonó.

El ejercicio comenzó con un ritmo alto desde el principio. No había margen para distracciones, y aun así mi mente no terminaba de estar alineado con mi cuerpo. Recibí un pase de Riley —que tampoco estaba en su posición habitual— y giré sobre mí misma, avanzando unos metros con el balón pegado al pie, pero la defensa se cerró rápido. Jordan estaba al frente, bloqueando la línea de pase.

Amagué hacia la izquierda. El balón respondió como siempre, totalmente obediente. Y mi cuerpo también lo hizo, pero aun así, no terminaba de sentirme a gusto con la carrera.

Busqué el hueco entre líneas, filtrándome con un movimiento que había repetido cientos de veces. Escuché a Martina pedir el balón desde la banda, pero no se lo di, aunque poco después, alguien me lo robo.

—¡El juego en equipo no va solo de atacar, Kaia! —La voz cortó el aire de repente, deteniendo mi carrera al instante.

—¡Presta atención a las acciones defensivas! —insistió Sloane desde la banda.

Varias miradas se giraron hacia ella, y yo sentí el cambio en la atención, en la energía que rodeaba a todo el equipo. Sentí cómo el foco dejaba de estar en la jugada y pasaba a estar en mí.

Y por consiguiente, en ella.

—¿Ahora también das instrucciones tácticas? —solté sin pensármelo dos veces, llevando las manos a mi cintura—. Pensaba que eso era trabajo del entrenador, no de alguien que acaba de llegar.

Sloane no abrió la boca. Seguidamente, llegó el silbato de Derek, visiblemente incómodo.

—Kaia, sigue con la jugada.

Cuando me llegó el balón, reanudé la jugada con un pase forzado que no llegó a su destino, y este se perdió por la línea lateral.

—Concéntrate, maldita sea —me repetí.

Pero no funcionó. El resto del entrenamiento se convirtió en una sucesión de errores pequeños que, acumulados, me estaban haciendo quedar en ridículo.

La frustración empezó a instalarse en cada uno de mis movimientos y en cómo no era capaz de controlar mi respiración.

En una de las últimas jugadas, recibí el balón dentro del área y vi el espacio delante de mí. Disparé, decidida a marcar, pero el balón se fue por encima del larguero.

Solté una exhalación, llevándome las manos a la cabeza por un segundo antes de dejarlas caer con fuerza a los lados.

Cuando Derek dio por terminado el entrenamiento, no me sentí ni mucho menos aliviada. Por dentro, me invadía una sensación densa e incómoda que se me quedó adherida a la piel junto al sudor. Las demás empezaron a dirigirse hacia los vestuarios, hablando entre ellas y descargando la tensión de formas distintas.

Pero yo me quedé a propósito plantada en el césped. Dejé que el campo se vaciara poco a poco, y que el ruido se alejara.

Después caminé hacia ella.

Sloane no se movió al verme acercarme. De hecho, hasta adoptó una postura mucho más arrogante, como si hubiera estado esperando este momento durante todo el entrenamiento.

—¿Se puede saber qué coño tienes en mi contra? —Mi voz salió disparada y sin ningún tipo de control.

Ella sonrió, aunque no lo hizo con burla. Fue una sonrisa elegante, que contrastaba de forma irritante con el momento y que provocó un calor inesperado en mi pecho.

—Nada —respondió, cruzándose de brazos—. ¿Por qué debería tener algo en tu contra, Kaia?

Di un paso más hacia ella, reduciendo la distancia que había entre nosotras. En ese momento sentí que podría llegar a escupir fuego por la boca.

—No te atrevas a jugar conmigo, que no soy idiota. Has venido a por mí desde el primer segundo que entraste por esa puerta.

Sloane inclinó la cabeza, evaluándome con unos ojos miel que parecían querer leer que había más allá de mis palabras. Lo que se escondía dentro de mí.

—Ya lo dije en la reunión —continuó, ignorando mi tono—. Iban a haber cambios. Y tú eres parte del equipo, aunque te cueste aceptarlo. No podemos mantener tu forma de jugar si no ganamos.

Sentí cómo algo se encendía en mi interior. La cercanía hacía que su perfume llegara hasta mí, mezclándose con el olor a hierba que nos rodeaba, creando una combinación peligrosamente desconcertante.

—No tienes idea de cómo funciona un puto equipo de fútbol —repliqué, mirándola directamente. Conteniendo el apuntarla con un dedo—.

Llevo años aquí, y he cargado con el peso de este equipo como capitana cuando nadie más quería. ¿Y ahora vienes tú a decirme cómo debo jugar?

Ella dio un paso adelante, acortando aún más la distancia. Su mirada bajó un instante a mis labios antes de volver a mis ojos y saborear sus labios con la lengua. La tensión crepitaba entre nosotras.

—¿Estás segura de que soy yo la que no entiende lo que pasa? —replicó y se volvió a cruzar de brazos—. Porque por los resultados, diría que la que parece no saberlo eres tú, Kaia. Todo gira en torno a ti. Y está claro que eso ya no funciona. El equipo necesita equilibrio, no una estrella solitaria.

Apreté la mandíbula. No sé qué me dolió más, si darme cuenta que tenía razón o el hecho de que una pequeña —muy pequeña— parte de mí, se sentía feliz por este nuevo desafío.

—Cuando lleves aquí toda tu vida, hablarás en consecuencia —respondí, dando un paso hacia atrás—. Todos los equipos sufren altibajos. Tú solo has visto números en un despacho.

—Altibajos… claro —repitió ella, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Bonita forma de llamar a dos temporadas mediocres —añadió mientras asentía con la cabeza—. Soy la presidenta. Y no vas a volver a encararte así conmigo. Sobre todo, si quieres contar con minutos a partir de ahora.

Abrí la boca para contestar, pero en cambio —y muy equivocadamente— me reí. Porque la alternativa era algo peor: reconocer la atracción que latía bajo la rabia que sentía, cómo de repente, me dieron ganas de callarle la boca con la mía.

—Atrévete a hacerlo —espeté, sosteniendo su mirada—. Quítame minutos y verás cómo este equipo se hunde aún más rápido. No creo que eso es lo que quiera en su currículum, presidenta.

La tensión entre nosotras había alcanzado un punto que rozaba lo insoportable. Nuestras respiraciones se entremezclaban. Ninguna retrocedía. El aire parecía cargado de electricidad, de desafío y de algo mucho más peligroso.

—No me amenaces —susurró ella—. No te conviene.

Me giré bruscamente, buscando mi mochila, casi con violencia, y cuando la agarré, me la colgué al hombro y empecé a caminar hacia el túnel de vestuarios.

Sentía su mirada clavada en mi espalda. Pero no me giré.

No iba a darle ese gusto.

El sonido de mis pasos se mezcló con el latido acelerado de mi propio pulso mientras me adentraba en la penumbra del pasillo. No me detuve. No hasta que la luz del vestuario volvió a envolverme y el ruido de las demás y de las duchas abiertas empezó a llenar el espacio.

Pero incluso entonces, sentí que la llama estaba a punto de prender. Que esto no había terminado entre nosotras. Ni de lejos.

6

Sloane

Tomé el termo del asiento del copiloto igual que todas las mañanas anteriores, como si ese pequeño ritual fuera capaz de ordenar el resto del día antes de que comenzara, y durante un instante, me quedé ahí, inmóvil, observando el cielo abierto de la ciudad.

Había una capa uniforme de nubes grises, densas pero no amenazantes, como si la ciudad entera viviera en una espera constante a que diera los pasos correctos. Respiré despacio antes de llevarme el termo a los labios.

El café estaba exactamente a mi gusto. Bebí un sorbo largo, dejando que el amargor se asentara con familiaridad en mi boca. Ese era uno de los pocos elementos que no cambiaban en mi día a día, independientemente del caos que pudiera existir alrededor. Cerré el termo y salí del coche, ajustándome la chaqueta del traje antes de avanzar hacia las instalaciones principales del Blackridge United Women.

El sonido de mis tacones marcó un ritmo constante, acompasado con la claridad de mi intención para la reunión de esta mañana. Atravesé la entrada principal sin detenerme. Aún quedaban rastros del desorden que había detectado el primer día, aunque la gente ya había empezado a trabajar en algunos de los cambios que había ordenado. Sin embargo, eso no me tranquilizó, porque había pequeños detalles que seguían hablando de un club que había perdido el rumbo durante demasiado tiempo.

Subí las escaleras hacia la sala de reuniones, notando cómo el murmullo de fondo se desvanecía con cada paso que daba. El pasillo estaba en silencio, y poco después, abrí la puerta sin anunciarme.

Ethan Rowe ya estaba allí, sentado con la espalda recta, revisando lo documentos que estaban delante de él. Levantó la vista en cuanto entré y esbozó una sonrisa rápida y profesional. A su lado, Julian Ashcroft se mantenía con la misma postura con la que lo había conocido, con los dedos entrelazados sobre la mesa. Y frente a ellos, se encontraba Margot Hale.

Mi mirada se detuvo en ella. Margot era una mujer guapísima y elegante, entrada en su 50 y con una presencia que intimidaba al instante. Su cabello, perfectamente peinado en una melena corta, enmarcaba un rostro de rasgos finos y delicados donde cada gesto parecía hasta milimetrado. Sus ojos, de un gris frío, me evaluó sin ningún tipo de disimulo. Llevaba un traje oscuro, con una blusa de seda que le quedaba de maravilla.

Ya nos habíamos conocido, pero esta era nuestra primera reunión tras el nombramiento y sabía que debía hacer bien mi trabajo. El equipo se mantenía vivo gracias a su gran inversión, y no pensaba arriesgarme a caer en la ruina si la obligábamos a marchar.

"Tú puedes", me animé.

Dejé el maletín sobre la mesa y me senté después de alisarme la ropa, asegurándome de que cada pliegue estuviera en su sitio antes de comenzar.

—Es momento de que empecemos a lavarle la cara al equipo —anuncié. Mi voz se proyectó con claridad. Los tres dirigieron su atención hacia mí de inmediato.

Margot apoyó una mano sobre la mesa y se inclinó un poco hacia delante.

—Y si se me permite mi opinión —manifestó, elegante, sin alterarse ni un poco—, debe ser con resultados rápidos y sin obstáculos. Pierdo dinero diariamente, Sloane. No estoy aquí para financiar un proyecto romántico.

No lo sentí como una amenaza. Sino como una realidad que se reflejaba en números y resultados.

Sostuve su mirada sin vacilar.

—Por eso mismo me comprometí a hacer las cosas de forma diferente —repliqué de inmediato—. Busco una transformación real, que el equipo llegue a lo más alto.

Ethan dejó los documentos a un lado y cruzó los brazos con interés.

—¿Qué tienes exactamente en mente? —preguntó.

Tomé el termo, lo abrí y bebí un pequeño sorbo antes de continuar. Necesitaba ese segundo de margen. No para pensar, sino para agilizar un poco el ritmo de la conversación y que se me diera la oportunidad de dar mi punto de vista.

—Conozco a alguien que podría ayudarnos —expliqué, dirigiendo la mirada hacia él—. Se llama Sophie Grant. Es una excelente periodista

deportiva. Tiene credibilidad, alcance y sabe cómo construir narrativas que conectan con el público muy rápido.

Ethan asintió y después se rascó la barbilla.

—Sí, la conozco bastante bien —respondió—. Y tiene buen criterio. No suele asociarse con proyectos débiles —añadió, echando un vistazo al resto de la mesa—. Sería un golpe de efecto si logramos convencerla.

—Precisamente. Estoy segura de que cuando hable con ella, accederá —añadí—. Creo que tú y ella podríais formar un buen equipo. Tu experiencia y su pluma podrían crear algo potente.

Vi cómo su expresión se afinaba, y ya lo imaginaba evaluando posibilidades y riesgos.

—Sí, está claro que podría funcionar —admitió Ethan—. Pero necesitaríamos una estrategia clara y coherente. No podemos salir con mensajes contradictorios.

—Y la tendremos —afirmé con convicción—. Tenemos que elaborar una nueva estrategia de publicidad para atraer nuevos patrocinadores. Y para eso necesitamos a las jugadoras implicadas de forma activa. No como meras figuras decorativas.

Hubo un breve silencio antes de que Margot interviniera de nuevo. Se reclinó contra el respaldo de la silla, bebió un poco de agua y después habló:

—Kaia es nuestra marca —declaró con una sonrisa en los labios—. Y deberíamos empezar con ella. Es la que genera más atención de toda la plantilla.

Sentí cómo mi mandíbula se tensaba. La confrontación con Kaia en el campo de entrenamiento se vino a mi cabeza rápido, acompañada de ese extraño cosquilleo que me recorría cada vez que pensaba en ella.

Negué con la cabeza.

—No —respondí. Y todas las miradas se centraron en mí—. Si hacemos eso seguiremos atrapados en las mismas dinámicas. Centrar todo el proyecto en una sola jugadora es exactamente lo que nos ha traído hasta aquí. Necesitamos construir un equipo, no un culto a la personalidad.

Margot entrecerró los ojos, evaluándome con mayor intensidad.

—¿Y qué sugieres entonces? —inquirió, arqueando una ceja.

Apoyé las manos sobre la mesa y entrelacé los dedos con calma.

—Que mostremos al Blackridge United como el equipo que es o, mejor dicho, como el equipo que queremos que sea. Un colectivo fuerte,

con varias caras reconocibles y una identidad compartida.

Ethan inclinó ligeramente la cabeza, interesado.

—Podemos seleccionar a varias jugadoras —propuso—. Crear una especie de identidad colectiva. Una imagen de marca sólida que transmita unidad y profesionalidad. Hay muchas jugadoras que proyectan carisma y aportan frescura…

Julian intervino, en un intento de equilibrar posturas.

—Eso también podría ayudar a reducir la presión sobre Kaia —añadió —. Ahora mismo, cualquier fallo suyo afecta a la percepción global del equipo, tengo la sensación de que está cargando con demasiado peso sobre sus hombros.

—Exacto —asintió Ethan—. A Kaia la adoran, pero le quedan pocos años de carrera al más alto nivel. Hay que empezar a transferir ese protagonismo de forma inteligente antes de que sea demasiado tarde.

Golpeé mis labios con la yema de los dedos, pensativa. La idea tenía sentido. Sin embargo, cada vez que mencionaban a Kaia, sentía una punzada incómoda en el pecho.

—De acuerdo —dije, ante de darle otro sorbo a mi café—. Cuando te pongas en contacto con Sophie, quiero que elaboréis una estrategia completa. La selección de jugadoras, narrativa, canales de difusión, calendario de publicaciones… A partir de ahí, veremos cómo avanzar.

—Lo haré hoy mismo —respondió Ethan, tomando nota en una libreta —. Le enviaré un mensaje en cuanto terminemos.

La reunión continuó, deslizándose hacia otros aspectos igual de necesarios. Julian se aclaró la garganta.

—Necesitamos revisar los contratos actuales con urgencia —señaló —. Algunos patrocinadores están considerando retirarse si no hay una mejora visible en las próximas semanas. La situación financiera es más delicada de lo que parece desde fuera.

—Entonces no les demos tiempo —respondí—. Quiero un informe detallado de cada contrato antes de que termine el día. Condiciones, cláusulas de rescisión, margen de negociación y posibles incentivos que podamos ofrecer. No voy a perder más apoyos por nuestra propia inacción.

Margot observaba en silencio, mientras sus dedos tamborileaban sobre la mesa.

—También debemos trabajar la imagen interna —intervino Ethan—. Si queremos proyectar estabilidad de cara a la galería, tiene que existir

primero dentro del club. Porque es obvio que el ambiente del vestuario esta… tenso.

—Estoy en ello —aseguré, recordando las miradas desafiantes y las tensiones que hubo alrededor—. Habrá cambios en la disciplina y en la estructura diaria. Ya se los he comunicado.

Julian asintió, aunque no sin cierta reserva visible en su expresión.

—No será fácil —advirtió—. Algunas de ellas no están acostumbradas a ese nivel de control. Llevan años con una dinámica más… relajada. Kaia, especialmente, es una líder natural dentro del campo, pero también es orgullosa.

—Se acostumbrarán —respondí sin dudar—. O tendrán que buscar otro equipo. Prefiero un grupo más pequeño pero comprometido que uno grande y que no sea capaz de estar a la altura.

Margot esbozó una sonrisa sutil.

—Veo que no tienes miedo a tomar decisiones impopulares —comentó—. Eso me gusta. Pero ten cuidado con Kaia. Es el activo más valioso del equipo y, al mismo tiempo, el más volátil. Si la pierdes, perderás mucho más que una delantera.

—Lo tengo presente —contesté, manteniendo la seguridad—. No busco destruirla. Busco integrarla en un sistema que funcione. Aunque ella aún no lo vea así.

La reunión se prolongó durante casi una hora más, con ajustes, matices y decisiones que se encadenaban unas a otras. Hablamos de presupuestos, de posibles fichajes a futuro, de la necesidad de reforzar el staff médico y de cómo manejar la prensa local, que ya empezaba a especular sobre los cambios recientes.

Cuando dimos por concluida la sesión, el ambiente había cambiado.

Nos levantamos casi al mismo tiempo y estreché las manos con todos.

Ethan fue el primero en salir, ya revisando algo en su teléfono. Julian lo siguió poco después, intercambiando unas últimas palabras conmigo sobre los informes pendientes.

La puerta se cerró tras Julian, dejando un silencio denso en la sala. Me giré hacia Margot, que se estaba su tiempo recogiendo las cosas.

—Sloane —dijo, alzando la vista hacia mí—. Si esto no sale bien y se convierte en una ruina, caeremos todos. ¿Está claro?

Sostuve su mirada, sin temor alguno.

—No se preocupe —respondí, segura—. Daremos lo mejor. Y si hace falta, daremos más.

Ella inclinó ligeramente la cabeza, como si aceptara la respuesta a la espera de ver qué podía pasar.

—Eso espero. No me decepciones.

Y después, salió de la sala sin añadir nada más.

El silencio se expandió lentamente, llenando cada rincón. Me apoyé en la mesa con ambas manos, dejando que las sensaciones tomaran forma dentro de mí. Había construido estructuras más complejas que las de un equipo de fútbol. Había manejado crisis más profundas. Y, sin embargo, algo en este entorno era muy distinto a los trabajos que había tenido antes. Mucho más… imprevisible.

Pensé en el vestuario. En la resistencia latente. Pensé en ella. En Kaia. En la electricidad que había crepitado entre nosotras y en cómo su cercanía había alterado el ritmo de mi respiración sin que yo lo permitiera.

Exhalé despacio, cerrando los ojos un instante antes de enderezarme.

Estaba en terreno fangoso. Y lo supe desde el primer paso.

7

Kaia

Por primera vez en días, sentía que podía respirar sin tener el peso constante de las obligaciones del club aplastándome el pecho.

Estábamos en Red Brick Oven, una pizzería escondida entre dos edificios antiguos del barrio de Capitol Hill, con enormes ventanales empañados por el calor del interior y luces ámbar que colgaban del techo como pequeñas lunas suspendidas. Las paredes estaban cubiertas de vinilos antiguos, fotografías en blanco y negro de bandas de rock y letreros de neón que bañaban el ambiente en tonos rojizos y dorados. Sonaba música indie de fondo, una melodía que se entretejía con el murmullo constante de las conversaciones. Era el tipo de lugar donde nadie se atrevía a mirar el reloj, y para mí, en ese momento, ese pequeño hecho representaba un verdadero lujo.

—Pensaba que no salías antes de la concentración del equipo —comentó Connor Hayes, sentado frente a mí con una cerveza en la mano y esa expresión burlona. Llevaba el cabello despeinado, una sudadera gris arremangada hasta los codos y esa sonrisa permanente que resultaba irritante incluso cuando hablaba en serio.

Me encogí de hombros mientras alzaba mi botellín de cerveza sin alcohol, en un brindis imaginario.

—Supongo que la vida también está para esto, ¿no? —respondí antes de dar un sorbo pequeño—. Estoy harta de seguir las reglas todo el tiempo.

—¿Reglas? ¿Qué reglas? —preguntó Mila al instante.

Mi hermana estaba sentada a mi derecha, con las piernas cruzadas sobre el asiento y una aceituna atrapada entre los dedos. Se parecía más a nuestro padre que a mí: ojos claros, sonrisa fácil y esa forma de mirar al mundo como si todavía mereciera la pena confiar plenamente en él.

—Si tú siempre has dicho que Derek y el equipo os han dado mucha libertad —añadió, ladeando la cabeza con curiosidad.

Solté una risa y apoyé el codo sobre la mesa de madera.

—Digamos que la nueva presidenta tiene una idea totalmente contraria —expliqué, girando el botellín entre mis dedos—. Y yo no pienso dejar que me limite. Lleva apenas unos días en el cargo y ya ha cambiado el horario de entrenamientos, las dietas, los posibles nuevos patrocinios y hasta sugerido que modifiquemos la estrategia de juego. Como si nosotras no supiéramos lo que hacemos después de llevar años en el equipo. Al menos, yo.

Cogí otro trozo de pizza, todavía caliente. El queso se estiró con pereza antes de romperse, y el aroma a tomate especiado y orégano me envolvió de una manera reconfortante. Había estado jodida durante los últimos días, pero no pensaba admitirlo ante mi hermana y nuestros amigos.

En silencio, le di un mordisco generoso a la pizza mientras Noah, uno de nuestros amigos, se inclinaba hacia atrás para capturar fotografías de la mesa con su móvil.

—Esperad, no os mováis —pidió, enfocándonos—. La luz a esta hora es perfecta. y mi Instagram lo va a petar.

Sí, estaba obsesionado con las redes sociales.

—Qué tragedia moderna —murmuró Mila entre risas, rodando los ojos con dramatismo.

Las luces cálidas resaltaban los gestos relajados de todos. Durante unos segundos me permití disfrutar de este momento de verdad. Del sabor intenso de la pizza acompañada con la cerveza, de las carcajadas, la ausencia temporal de la presión del equipo; no tener que pensar en los entrenamientos o sus tácticas. Y, sobre todo, no tener que soportar la presencia de Sloane Whitaker.

Error. Porque el destino no iba a ponérmelo tan fácil.

—Algo me dice que no te ha caído nada bien —comentó Mila, observándome con atención.

La miré arqueando una ceja.

—¿Quién?

—La nueva presidenta, obviamente —insistió ella, pinchando otra aceituna con el tenedor.

Solté una carcajada más fuerte y me limpié los dedos con una servilleta de papel.

—Si solo fuera eso… —dije, sacudiendo la cabeza—. Se cree que, porque el traje le quede de maravilla, puede llegar y hacer lo que le dé la gana, cambiar las cosas a su antojo sin consultar a nadie. Actúa como si el

club fuera una empresa sin más en lugar de un equipo con historia, y con jugadoras que se dejan el alma.

Connor soltó un silbido y se reclinó en su asiento.

—Eso ha sonado sospechosamente específico. ¿Qué ha pasado exactamente?

Lo fulminé con la mirada.

—No empieces con tus teorías.

—Pues teóricamente eso es lo que puede hacer una presidenta ¿no? —intervino Harper desde el otro extremo de la mesa, con su habitual tono analítico. Harper siempre hablaba como si estuviera defendiendo una tesis doctoral. Incluso en este ambiente, sentada en una pizzería con una copa de vino tinto en la mano y el cabello rubio recogido de cualquier manera, mantenía una serenidad irritantemente racional. Mientras hablaba, giraba lentamente el tallo de la copa entre sus dedos largos y estilizados.

—Tú lo has dicho —respondí, señalándola con el botellín—. Teóricamente. Pero en la práctica, Sloane Whitaker parece decidida a reestructurarlo el Blackridge United. El otro día nos reunió para "alinear objetivos", como si fuéramos meras piezas. Me miró directamente a los ojos y se jactó de decir que mi forma de liderar el equipo en el campo necesitaba más disciplina. ¿Disciplina? Llevo años jugando a este nivel, joder.

Mila sonrió de lado, apoyando la barbilla en la mano.

—Tengo la sensación de que no solo estás enfadada con ella, ¿eh?

Negué con la cabeza, aunque probablemente no resultó demasiado convincente. Porque era verdad, tenía muy claro que no solo estaba enfadada. Sentía una incomodidad profunda en el pecho. Pero en este punto, el problema no radicaba únicamente en que Sloane Whitaker hubiera llegado imponiendo sus jodidas normas. El verdadero problema era que cada vez que hablaba parecía absolutamente convencida de que tenía razón, de que su visión era la única y válida. Y yo odiaba eso. Odiaba que alguien invadiera mi terreno y actuara como si entendiera mejor que nosotras lo que significaba jugar en un campo de fútbol, defender nuestro escudo con uñas y dientes.

—¿Está buena? —preguntó Connor de repente, interrumpiendo mis pensamientos.

La pregunta me pilló a mitad de un trago y estuve a punto de ahogarme. Tosí mientras bajaba el botellín, y lo miré con incredulidad.

—¿Me lo estás preguntando en serio?

Él levantó ambas manos en un gesto de inocencia fingida, con suma diversión.

—Claro —afirmó como si nada—. Porque si te gusta, podrías camelártela para que deje de joderte. Es una estrategia básica.

Las risas alrededor de la mesa estallaron de inmediato.

—No pienso hacer eso —protesté, señalándolo con la botella—. ¿Estás loco? Eso sería meterme en terreno peligroso. Además, no soy de las que usan ese tipo de tácticas.

—Cómo se nota que no lees novelas románticas —apuntó Mila, apoyando la barbilla en la mano con dramatismo—. Esa estrategia nunca falla en los libros. De enemigas a amantes, ya sabes. Tensión, miradas, un roce accidental en la sala de reuniones… y luego, ¡boom! —gritó dando una palmada en el aire—. La tendrás besando tus pies.

Abrí la boca, incapaz de creer que estuviera participando en esa conversación absurda.

—Me van más los *true crimes*, gracias —respondí, cruzando los brazos—. Y créeme, terminaríamos muertas si hago eso. O, peor, expulsadas del club.

Harper soltó una carcajada detrás de su copa de vino.

—Aunque, pensándolo bien… —continuó Mila, inclinándose hacia mí—. Para mí que ya te has fijado en ella. Has dicho que el traje le quedaba de maravilla.

Connor se rio entre dientes.

—Gracias por tu análisis, hermanita —murmuré, sintiendo cómo un calor traicionero subía por mi cuello.

—De nada. Para eso estamos.

Noah volvió a sacar otra fotografía justo cuando Harper levantaba una porción de pizza y Connor fingía indignación por no salir en el encuadre. El flash iluminó la mesa durante un instante, congelando la escena en una imagen absurda y cálida que probablemente terminaría en alguna historia de Instagram acompañada de una canción ridícula.

Y, aun así, me gustaba estar allí. La conversación empezó a dispersarse hacia temas más ligeros. Harper discutía con Mila sobre una serie documental que ambas seguían, defendiendo con pasión una teoría conspirativa que mi hermana rechazaba entre risas. Noah insistió en pedir otro plato de patatas fritas *"por responsabilidad emocional hacia el cocinero, que se ha esforzado tanto"*. Y mientras disfrutaba de la compañía,

me limité a escucharlos durante un rato, apoyando la espalda contra el respaldo del asiento mientras observaba el local con detenimiento. El horno de piedra brillaba al fondo del restaurante, iluminando la cocina abierta donde los cocineros se movían con rapidez entre el humo y el movimiento constante del local. El cielo empezó a oscurecerse, y la lluvia golpeó los cristales de inmediato, dibujando regueros que distorsionaban las luces de la calle.

Todo se sentía extrañamente lejano del fútbol, de las tensiones del vestuario y de las reuniones. Y quizá por eso mi cabeza volvió a Sloane Whitaker otra vez.

"Porque el traje le quede de maravilla…"

La frase regresó, haciéndome apretar la mandíbula. Menuda estupidez. Di otro trago largo a mi siguiente cerveza, intentando ignorar el calor extraño que me subía por el cuello cada vez que recordaba su sonrisa estúpida y orgullosa. *"Podrías camelártela."* Connor era un imbécil. Absolutamente imbécil.

Y aun así… sí, debía reconocer que Sloane Whitaker era atractiva. Mucho, incluso. Recordé su postura durante el último entrenamiento, cómo me sostuvo la mirada sin pestañear, sus brazos cruzados mientras analizaba cada una de mis jugadas. Sí, tenía un magnetismo bastante peligroso. Pero aquello no significaba nada. Nada. Era una mujer arrogante, controladora y peligrosamente convencida de que podía reorganizar nuestras vidas como si fueran piezas de ajedrez. Y yo no tenía la menor intención de convertirme en una de ellas.

—¿En qué piensas? —preguntó Mila de repente, sacándome de mis cavilaciones.

Parpadeé y volví al presente.

—En que Connor debería dejar de hablar de estrategias absurdas.

—Eso pienso yo cada día —añadió Harper, levantando su copa en un brindis irónico.

Las risas regresaron alrededor de la mesa y agradecí el alivio momentáneo que traían consigo. Cogí otro trozo de pizza y me obligué a centrarme en la conversación, en el sabor del queso fundido, en el ruido agradable del restaurante y en las bromas absurdas que se acumulaban unas sobre otras. Sin embargo, incluso mientras sonreía y participaba, algo seguía moviéndose en el fondo de mi cabeza. Como una puerta entreabierta. Como una idea que no debería existir y aun así se negaba a desaparecer.

—Oye, en serio —insistió Connor más tarde, después de que pidieran otra ronda de bebidas—. Si la tensión es tan evidente, quizás hablar con ella directamente ayude. No para camelártela, sino para poner límites claros. Eres la capitana del equipo; deberías tener voz.

—Ya lo he intentado —admití. En realidad, era una media mentira, porque mi modo de enfrentarme a ella no es que hubiese sido el mejor.

Mila colocó una mano sobre mi brazo.

—Sea como sea, no dejes que te robe esto —dijo, señalando la mesa con un gesto—. Momentos como este. Te mereces desconectar y disfrutar más allá del equipo. Estoy segura de que terminarás hablando en el campo.

Harper asintió.

—Y si al final resulta que hay química debajo de toda esa frustración… bueno, la vida es corta —apuntó, moviendo las cejas con picardía—. Pero ten cuidado, que las presidentas suelen complicar las cosas.

Noah levantó su vaso.

—Por las complicaciones interesantes —brindó con una sonrisa pícara.

Entre risas y más anécdotas, la noche avanzó. Hablamos de todo y de nada: de los próximos partidos, de las locuras de la universidad que recordábamos, de cómo Mila planeaba su siguiente viaje. Yo participaba, reía y añadía comentarios, pero en los silencios, mi mente volvía una y otra vez a Sloane. Como si no hubiera nada más a nuestro alrededor.

"Menuda propuesta más absurda", pensé segundos después, observando el reflejo de las luces sobre el cristal mojado de la ventana.

Aunque… ¿Lo era de verdad?

8

Sloane

El marcador brillaba frente a mí con una crueldad casi ofensiva.

Portland Thorns 2 — Blackridge United Women 1.

Quedaban diez minutos para el final del tiempo reglamentario y el estadio Providence Park rugía con esa seguridad despiadada que tienen los equipos acostumbrados a ganar. El sonido de la afición local descendía desde las gradas como una ola constante de cánticos, aplausos y silbidos que vibraban incluso fuera del estadio. Yo seguía inmóvil en mi asiento, con los brazos cruzados y un enfado cada vez más difícil de disimular.

Las chicas estaban jugando muy por debajo de su nivel, y todo el mundo se había dado cuenta. No era solo el resultado; los marcadores podían engañar. Lo insoportable era la sensación de desorden que transmitían en el césped. No había estructura en las transiciones, ni agresividad en las presiones, ni mucho menos inteligencia colectiva para cerrar los espacios. Cada línea parecía desconectada de la siguiente, como si once jugadoras distintas intentaran resolver partidos diferentes al mismo tiempo. El único gol que habíamos marcado había llegado gracias a un penalti discutible. Ni siquiera podía considerarlo una jugada construida con criterio.

Apreté la mandíbula mientras observaba otra pérdida absurda en el centro del campo. El balón cambió rápidamente de posesión y las Portland Thorns salieron al contraataque con una facilidad insultante. A mi lado, Julian soltó un suspiro contenido antes de rascarse la barbilla con gesto cansado.

—Las Portland son las líderes de la liga —comentó—. Sabíamos que este partido iba a ser complicado.

Giré la cabeza hacia él sin apartar la vista del terreno de juego.

—Una cosa es que sea un equipo complicado en su propio estadio —respondí—, y otra muy distinta es que no nos esforcemos ni un poco. Parece que hemos salido a cumplir el trámite.

No ayudaba el hecho de que, apenas unas horas antes de la concentración, hubiera recibido un mensaje de Ethan con fotografías de varias jugadoras, entre ellas algunas de Kaia, vista la noche anterior en el centro de la ciudad. Nada grave, según él, pero suficiente para generar ruido.

Solté una exhalación silenciosa.

—Esto es ridículo. ¿De verdad son jugadoras profesionales? —murmuré para mí misma.

Volví a centrarme en el campo justo cuando el balón llegó a Kaia. Recibió el pase cerca del área rival, controlándolo con el exterior del pie derecho antes de girarse con rapidez hacia portería. Por un instante pareció la misma jugadora dominante que había observado en los entrenamientos y por televisión: decidida, eléctrica, casi imparable.

Amagó hacia la izquierda, superó a una defensa con un cambio de ritmo y avanzó dos metros más, con la cabeza alta y la mirada fija en la portería. Pero algo falló. Quizá el cansancio acumulado. Quizá la frustración que ya arrastraba desde el minuto uno. La central de las Portland leyó el movimiento antes de tiempo y se lanzó con agresividad. Kaia intentó proteger el balón usando el cuerpo, clavando las botas sobre el césped mojado, pero la presión llegó desde atrás de inmediato y otra jugadora le cerró el espacio y el esférico terminó escapándose entre sus pies.

La pérdida provocó un rugido inmediato en las gradas. Vi cómo Kaia apretaba los dientes mientras intentaba recuperarlo, pero ya era tarde. Las locales salieron disparadas al contraataque con velocidad.

La observé correr hacia atrás, cubriendo el terreno con zancadas largas. Y por primera vez desde que la había visto jugar, detecté algo que no esperaba encontrar en ella: duda. Pequeña. Casi invisible. Pero estaba ahí.

Cincuenta segundos después llegó el tercer gol. Todo ocurrió demasiado rápido. Un pase filtrado entre nuestras centrales, una salida tardía de Camila desde la portería y un disparo cruzado imposible de detener. La red se sacudió violentamente mientras el estadio explotaba en celebración.

3-1.

Apoyé lentamente la espalda contra el asiento. La sensación de derrota no me molestaba tanto como la impotencia que transmitía el equipo. Había visto plantillas perder partidos siendo valientes y unidas. Pero esto era muy distinto.

Mi teléfono vibró en el bolsillo de la chaqueta. Lo cogí sin demasiado interés, esperando algún mensaje de Ethan o una actualización del departamento de prensa. Pero no era ninguno de ellos. Era mi padre.

Abrí el mensaje con el pulgar.

"¿Cómo va la aventura con el fútbol femenino?"

Mi padre siempre había tenido la capacidad de convertir una frase aparentemente inocente en una burla perfectamente calculada, y ya podía imaginar el gesto con el que habría escrito aquello.

Apreté el teléfono con más fuerza de la necesaria antes de bloquear la pantalla.

—No pienso permitir esto más —susurré entre dientes.

El pensamiento atravesó mi mente con una claridad afilada. Giré la cabeza hacia Julian.

—En cuanto acabe el partido, las quiero reunidas en el hotel. A todas y sin excepciones.

Él me observó durante un segundo largo antes de responder.

—Afloja un poco, Sloane. Es el primer partido oficial desde tu llegada y la prensa tampoco ha ayudado. El ambiente en el vestuario está cargado.

Desvié la mirada hacia el campo otra vez.

—La prensa es problema de Ethan y Sophie —contesté con sequedad —. Para eso están. El resto debemos arreglarlo nosotros. No podemos permitir que un par de noches de fiesta antes de un desplazamiento afecten al rendimiento. Si Kaia y las demás necesitan recordar por qué están aquí, yo misma se lo recordaré.

Julian apoyó ambas manos sobre las rodillas e inclinó el cuerpo ligeramente hacia delante.

—No puedes cambiar un club entero en dos semanas. Hay jugadoras que llevan años funcionando de una determinada manera.

—No —admití, suavizando un poco el tono—. Pero sí puedo impedir que siga hundiéndose. He revisado los vídeos de los últimos meses. El potencial existe. Kaia tiene calidad de sobra para marcar diferencias, pero no puede seguir llevando el peso del equipo, porque está claro que se está cayendo. Necesitamos estructura, necesitamos que el mediocampo la apoye, necesitamos que las defensas cierren líneas. Hoy hemos sido un equipo de individualidades.

El silencio se instaló entre nosotros durante unos segundos. Abajo, en el campo, el partido continuaba consumiéndose lentamente, aunque ya

parecía decidido incluso antes del pitido final. Mi mirada regresó una y otra vez a Kaia. Seguía moviéndose, seguía intentando encontrar espacios entre líneas. Pero había frustración en cada gesto. Lo veía en la forma brusca en que pedía el balón con los brazos abiertos, en cómo levantaba las manos tras cada pase mal ejecutado y en la tensión visible de su mandíbula cuando recuperaba su posición.

Y, aun así, seguía siendo la única capaz de alterar algo sobre el césped. Eso era precisamente lo que más me preocupaba. Porque el equipo dependía demasiado de ella. Y ella parecía sostenerse únicamente a base de orgullo y talento. Había algo hipnótico en su forma de correr, en la determinación que emanaba incluso cuando todo salía mal. Una parte de mí, la más profesional, admiraba esa garra. Otra parte, más incómoda y privada, no podía dejar de observarla con una atención que iba más allá del análisis táctico.

La árbitra pitó el final pocos minutos después. Las Portland Thorns celebraron delante de su afición mientras nuestras jugadoras empezaban a retirarse hacia el túnel con expresiones agotadas. Algunas evitaban mirar a las gradas. Otras caminaban directamente con la cabeza baja, arrastrando los pies sobre el césped.

Yo me levanté de inmediato. No tenía ninguna intención de quedarme compartiendo opiniones vacías con patrocinadores o ejecutivos locales. Tomé el bolso y el abrigo antes de salir del palco sin despedidas innecesarias. Julian me siguió unos pasos más atrás. Ninguno de los dos habló mientras descendíamos por el pasillo privado del estadio. El eco de nuestros pasos resonaba contra las paredes de hormigón.

Cuando salimos al aparcamiento, el aire frío de Portland me golpeó el rostro. La lluvia había empezado a caer otra vez, fina y persistente, cubriendo el asfalto de reflejos brillantes bajo las luces artificiales. Abrí la puerta del coche y me detuve un instante antes de entrar. Mi cabeza seguía funcionando a toda velocidad.

Normas. Disciplina. Estrategias. Nada de eso serviría si el vestuario continuaba funcionando como una suma de individualidades heridas. Y Kaia… Cerré los ojos apenas un segundo. Kaia era el mayor problema y, al mismo tiempo, la mayor oportunidad. El equipo orbitaba alrededor de ella incluso cuando fallaba. Y, pese a todo, seguía siendo imposible dejar de observarla.

Finalmente, entré en el coche y cerré la puerta. Apoyé la cabeza contra el respaldo y observé la ciudad deslizarse al otro lado de la ventana en cuanto arrancamos.

—Quiero un informe detallado de las estadísticas individuales —le dije a Julian sin mirarlo—. Especialmente de Kaia. Mañana por la mañana lo revisaremos todo antes del entrenamiento de recuperación.

Julian asintió, aunque noté su reticencia.

—Entendido. Pero quizá deberíamos darles un margen para digerir la derrota. Algunas jugadoras responden mejor con una motivación más positiva.

—La motivación positiva no ha funcionado en los últimos meses —repliqué, girándome hacia él—. Necesitamos claridad. Líderes que asuman su responsabilidad. Si Kaia quiere ser la capitana de facto, que lo demuestre también fuera del campo. No puedo permitir que su talento se desperdicie por falta de disciplina colectiva.

Pensé en su mirada después del último gol, en esa mezcla de rabia y vulnerabilidad que había cruzado su rostro por un instante. Había algo en ella que me atraía y me exasperaba en igual medida. Esa combinación peligrosa que hacía que no pudiera sacármela de la cabeza ni siquiera ahora, mientras el coche avanzaba bajo la lluvia.

Julian guardó silencio durante unos minutos antes de hablar de nuevo.

—¿Y si intentamos un enfoque distinto? Una reunión individual con ella primero. Tú y Kaia. Sin el resto del equipo. Quizás así te escuche mejor.

Consideré la idea.

—Tal vez —concedí—. Pero no bajaré el listón. Este club no se va a reconstruir con medias tintas.

El resto del trayecto transcurrió en un silencio pensativo. Mi mente no dejaba de trazar planes: cambios en el once inicial, sesiones de vídeo obligatorias, mayor exigencia en los entrenamientos tácticos. Y, por encima de todo, la necesidad de conectar con Kaia de una forma que aún no había conseguido. Porque debajo de esa frustración mutua había algo más, una chispa que no quería nombrar pero que resultaba imposible de ignorar.

Necesitábamos soluciones inmediatas.

Y estaba dispuesta a encontrarlas. Costara lo que costara.

9

Kaia

Llegué al hotel de concentración con la mochila colgada de un solo hombro y el teléfono entre las manos, todavía con el sabor amargo de la derrota pegado en la garganta. El vestíbulo estaba iluminado por lámparas cálidas y enormes ventanales desde los que podía verse cómo la tarde empezaba a caer en Portland. Sin duda, uno de los peores viajes de toda la temporada. El suelo de mármol reflejaba las luces del techo y de las voces de varios huéspedes y empleados se mezclaba con el sonido lejano del tráfico en la calle.

Yo apenas prestaba atención a nada de eso. Seguía leyendo los mensajes del grupo que compartía con Mila y nuestros amigos, donde las bromas no cesaban ni siquiera después de un día tan complicado.

El mensaje de Connor decía: "Dime que la presidenta ya te ha echado el ojo". Mila respondió al instante: "Yo solo digo que los enemies to lovers siempre funcionan". Y Harper remató con un: "Por favor, tienes que mantenernos al tanto".

Solté una risa nasal mientras negaba con la cabeza. *"Idiotas"*, pensé con cariño. Eran incorregibles, pero en momentos como ese agradecía tenerlos a mi lado. Estaba a punto de guardar el teléfono cuando levanté la vista y me quedé completamente quieta.

Sloane Whitaker estaba delante de mí.

Durante un segundo, mi cerebro dejó de funcionar con normalidad. No llevaba puesto su traje oscuro habitual ni esa imagen fría e intocable que parecía acompañarla a todas partes. Esta noche vestía un conjunto mucho más relajado, aunque seguía resultando absurdamente elegante. El traje en tono arena claro se ajustaba a su cuerpo, marcando la línea de su cintura y la longitud impecable de sus piernas. Y para rematar, llevaba su pelo oscuro, completamente suelto; cayendo sobre sus hombros con una naturalidad que me con la boca abierta y un traicionero calor entre las piernas.

Tragué saliva y me odié inmediatamente por sentirlo. *"Esto no es más que la mala influencia de esos imbéciles"*, me dije, refiriéndome a mis amigos. Sacudí la cabeza para apartar esos pensamientos y sonreí con tranquilidad.

—Buenas noches —le dije—. ¿Ha pasado algo?

Sloane sostuvo mi mirada unos segundos eternos, con esos ojos miel que parecían capaces de leer cada una de las capas que se escondían en mi interior. Después se giró y comenzó a caminar hacia uno de los pasillos laterales del hotel sin pronunciar palabra.

"Menuda diva", pensé mientras me ajustaba mejor la mochila sobre mi hombro y la seguía. Sus tacones resonaban contra el suelo brillante. Por mi izquierda, varias jugadoras caminaban hacia los ascensores entre conversaciones y risas apagadas. Tonya fue la primera en verme. Su sonrisa fue inmediata, amplia y peligrosamente divertida. Levantó las cejas con descaro antes de entrar en el ascensor junto a Martina y Jordan, y después, me dedicó un gesto con la mano que claramente significaba "suerte".

Cerré los ojos un instante. "Huelo problemas", me dije.

Y, efectivamente, eso fue exactamente lo que encontré en cuanto Sloane cerró la puerta de la pequeña sala privada del hotel. El silencio cayó entre nosotras de forma abrupta. La habitación estaba prácticamente vacía, solo había una mesa redonda, un sofá gris demasiado moderno y una lámpara que proyectaba sombras sobre las paredes beige.

Sloane se giró hacia mí, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Creí que había dado órdenes explícitas de tomarse en serio las nuevas normas de disciplina —afirmó sin elevar el tono, lo que casi resultaba peor que si hubiera estado gritando.

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Ella descruzó los brazos y buscó el teléfono en su bolsillo antes de que pudiera terminar la frase. En la pantalla aparecieron varias de las fotografías que los chicos habían tomado en la pizzería y, posteriormente, subido a redes sociales.

De inmediato, sentí cómo el enfado me subía por el pecho.

—¿Ahora también vas a prohibirnos salir con nuestros amigos? —pregunté, sin poder ocultar mi sorpresa—. Eso que ves no fue más que una cena tranquila después de un día duro. No estuvimos de fiesta hasta las tantas.

Sloane dio un paso hacia mí, y el espacio entre las dos se redujo de manera peligrosa.

—Pienso hacerlo. Especialmente si al día siguiente hay concentración y un partido por delante. Un partido que, por cierto, ha sido un desastre absoluto. ¿Así pretendes salvar esta situación, Kaia? ¿Con pizzas y cervezas la noche anterior?

Abrí la boca automáticamente, pero por un momento me quedé mirándola sin saber qué responder. No podía creerme que aquella mujer me estuviera echando la bronca como si tuviera quince putos años. Tenía veintinueve, trece menos que ella, y una trayectoria que hablaba por sí sola.

—Está claro que tienes algo contra mí, presidenta… —respondí, sin poder contener dejar ver mi enfado. Vi cómo la mandíbula de Sloane se tensaba un instante—. Porque si no, habrías reunido a todo el equipo para hablar de las cosas que hemos hecho mal en el campo. Las Blackridge United no somos solo yo. Somos un equipo, ¿recuerdas? O al menos eso decía el contrato que firmaste.

Aferré mejor la mochila al hombro y giré sobre mis pasos, dispuesta a largarme de allí antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirme. Pero su voz me detuvo en seco.

—Otro incumplimiento más de las reglas y estás fuera de la convocatoria, Kaia. No te la juegues.

Me quedé quieta. Después eché lentamente la cabeza hacia atrás y sonreí. Estaba tocando unos límites que no le iba a permitir. Me giré de nuevo hacia ella y di dos pasos hasta detenerme a escasos centímetros de su cuerpo. Demasiado cerca. Lo suficiente para percibir el perfume limpio y sofisticado que llevaba puesto. No podía ser menos.

—Mira —murmuré, sosteniendo su mirada sin apartarme ni un solo centímetro. Iba a dejarle claro lo que pensaba—, pareces una mujer bastante elocuente, pero como ya te dije, no tienes ni idea de cómo funciona esto de verdad. Llevo años en este equipo. He sudado sangre en cada entrenamiento, en cada partido bajo la lluvia o el sol. Tus medidas de presión no van a poder conmigo. Y si quieres dejarme fuera de una convocatoria, hazlo. A ver cómo reacciona el equipo en el campo sin mí.

Los ojos de Sloane se clavaron en los míos con una intensidad que me cortó la respiración por un segundo.

—Tienes demasiado orgullo, Kaia —replicó y casi la vi sonreír—. Y el orgullo, en ciertos aspectos, es peligroso. Puede llevarte a cometer errores

que luego no puedas reparar.

Solté una carcajada breve, sin humor.

—No. Lo que tengo muy claro es que el equipo no habría llegado tan lejos en los últimos años sin mi aportación. He cargado con más responsabilidad de la que te imaginas mientras tú estabas vete a saber dónde, porque no me interesa qué hicieras antes de llegar aquí —espeté, ya sin ningún tipo de control—. Las malas rachas existen, Sloane. Una mala tarde no define una temporada.

La cercanía empezó a volverse incómodamente consciente. Notaba su respiración, ligeramente acelerada, la tensión de sus hombros y la manera en que intentaba mantener el control incluso estando claramente furiosa. Y, aun así, seguía viéndose increíble. Tanto como la había descrito a mis amigos y hermana. El traje claro resaltaba el tono de su piel y la deliciosa curva de su cuello. Tuve que hacer un esfuerzo grandísimo para no bajar la mirada.

—Para que quede claro… —continué—, una mujer con su traje perfecto y su cuerpo perfecto no va a venir ahora a decirme qué tengo o no que hacer. No eres mi entrenadora, eres la presidenta. Y por muy buena que estés, deberías actuar como tal.

La frase salió antes de que pudiera frenarla. Vi algo moverse en sus ojos. Algo rápido y peligroso, una chispa que no supe identificar. Durante un segundo entero el silencio se volvió brutal. Podía escuchar el movimiento de las calles y, sobre todo, mi propia respiración agitada.

Los labios de Sloane se entreabrieron apenas.

—Deberías medir tus palabras —me advirtió—. No sabes lo que estoy dispuesta a hacer para que este equipo funcione como debe.

—Deberías probar a confiar un poco más en nosotras —contraataqué, sin retroceder—. O al menos en mí. Sé cuándo necesito desconectar y cuándo darlo todo en el campo. Esa noche necesitaba de unas risas con mis amigos. ¿Eso me convierte en una jugadora sin disciplina o simplemente en una persona?

Sloane dio un paso más hacia mí. Ahora apenas nos separaban unos centímetros. Podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

—Eres una insolente —dijo entre dientes—. Una puta insolente que cree que puede saltarse las normas porque hasta ahora todo le ha salido bien. Te juro que si sigues por este camino…

No la dejé terminar. Porque si se acercaba un poco más, algo iba a explotar allí dentro y no estaba segura de qué sería exactamente. El corazón me golpeaba con fuerza contra las costillas, así que, retrocedí hacia la puerta sin dejar de mirarla.

—Adiós, presidenta. Que tenga buen viaje de vuelta.

Abrí la puerta y salí antes de que pudiera responder. El pasillo del hotel me recibió de inmediato. Caminé rápido hacia los ascensores, todavía sintiendo la adrenalina recorriéndome el cuerpo entero. "Joder. Joder. Joder". Me pasé una mano por el pelo mientras intentaba recuperar el aliento.

Estaba enfadada, sí. Pero también había otra cosa. La forma en que había sentido su cuerpo tan cerca, su perfume envolviéndome, su mirada clavándose en mi boca apenas un instante. La tensión que crepitaba entre nosotras no era solo producto de esa rabia o enfado. Había algo más, una corriente subterránea que me asustó. Pero que también pensé que era deliciosa.

Negué con fuerza mientras pulsaba el botón del ascensor.

—Acabo de cagarla —murmuré para mí misma cuando las puertas se abrieron frente a mí—. A niveles estratosféricos.

10

Kaia

El calor de la noche me envolvía como una manta cuando me rendí al sueño. Había pasado el día entero pensando en Sloane, en sus manos, en esa sonrisa torcida que prometía problemas —y mayores placeres—. Y al final me dormí con su nombre en los labios.

El sueño llegó rápido. Estábamos en una habitación que no reconocía del todo. Las paredes eran de piedra, iluminadas por velas que proyectaban sombras danzantes sobre su piel. Sloane estaba de pie frente a mí, completamente desnuda, con los pezones duros y esa mirada hambrienta que me recorría como si ya me estuviera tocando. Yo también estaba desnuda, y sentía el aire fresco rozando mis pezones endurecidos, bajando por mi vientre hasta la humedad que ya se acumulaba entre mis piernas.

—Kaia… —murmuró ella, pero yo no le di tiempo a decir más.

Me lancé sobre ella con un hambre que llevaba días conteniendo. Mis manos se hundieron en su cabello, tirando de su cabeza hacia atrás para devorar su boca. El beso fue feroz, sabía a vino y a deseo. Sus manos bajaron por mi espalda, agarrando mi culo con fuerza, apretándome contra su cuerpo.

La empujé hacia la cama enorme que estaba detrás de ella. Sloane cayó de espaldas y yo me subí encima, a horcajadas sobre sus caderas. Mi coño, empapado e hinchado, la rozó sin pensármelo demasiado. Quería torturarla un poco, sentir cómo se tensaba debajo de mí.

—Joder, Kaia… —gruñó ella, alzando las caderas para frotarse más fuerte contra mí.

Sonreí con malicia y me incliné hacia adelante, dejando que mis tetas rozaran su cara. Ella capturó uno de mis pezones con la boca, chupando con fuerza mientras su lengua giraba alrededor. El placer me atravesó como un rayo directo a mi clítoris. Gemí alto, moviendo las caderas en círculos lentos, frotando mi coño empapado contra ella.

No aguanté más. Me incorporé, separé sus piernas con las mías y me puse encima de la suya, presionando mi coño contra ella mientras la acariciaba con mi mano. Empecé a moverme, frotando con fuerza, sintiendo cómo su sexo se volvía cada vez más resbaladizo.

Sloane metió dos dedos dentro de mí mientras seguíamos moviéndonos. Gemí fuerte y aceleré el movimiento de mis caderas, follándome contra sus dedos. Ella pellizcó uno de mis pezones con su mano libre, y el placer hizo que me contrajera alrededor de sus dedos.

—Así, no pares… —gruñó ella, y sus palabras me encendieron aún más.

Cambiamos de posición. Yo me puse de rodillas sobre la cama, con las manos apoyadas y Sloane se colocó detrás de mí. Sus dedos presionaron contra mi entrada y, de un solo empujón firme, me llenó por completo. Solté un grito de puro placer cuando me estiró, abriéndome deliciosamente, mientras sus caderas chocaban contra mi culo, y se quedaba quieta, para después embestirme con más fuerza, dejándome sentir cada centímetro de sus dedos.

Empezó a follarme. Primero lento, saboreando cada movimiento. Su otra mano se aferró a mi cadera, tirando de mí hacia atrás con cada embestida, y yo notaba cómo mi clítoris palpitaba sin tocarlo siquiera.

—Más fuerte —supliqué, y ella obedeció.

Sloane me folló con fuerza. Extendí una mano entre mis piernas y froté mi clítoris hinchado con dos dedos mientras ella me penetraba sin piedad. El orgasmo me golpeó como un tren. Grité, arqueando la espalda, mientras mi coño se contraía violentamente alrededor de ella. Pero Sloane no se detuvo; siguió follándome a través del orgasmo, prolongándolo hasta que casi no pude respirar.

No quería parar. Me giré, quedando de espaldas, y abrí las piernas para ella. Sloane se colocó entre ellas y volvió a meter sus dedos dentro de mí. La besé con desesperación, mordiendo su labio, mientras ella me penetraba profundo.

Colé una mano entre las dos y froté mi clítoris junto a ella, para correrme por segunda vez, gritando su nombre.

Poco después, desperté empapada en sudor y con las sábanas mojadas entre mis piernas. Mi coño aún palpitaba por los ecos del sueño, hinchado y sensible. Tenía una sonrisa en los labios y el cuerpo temblando de placer.

“Sloane…”, pensé, y no pude evitar desear hacer el sueño realidad. Me toqué suavemente, recordando cada sensación, y suspiré, aún excitada.

****

Empecé el día fatal. Por la manera en que su perfume se había quedado pegado a mi memoria. Por la cercanía de su cuerpo en aquella sala del hotel. Por el modo en que sus ojos miel habían descendido apenas un instante hacia mi boca antes de volver a mirarme con esa maldita arrogancia.

Y porque mi cerebro, claramente decidido a traicionarme durante la madrugada, convirtie´ndo todo aquello en un sueño del que me desperté con el corazón desbocado y la sensación incómoda de haber cruzado una línea peligrosa incluso dormida.

Así que cuando llegué al entrenamiento, lo último que me apetecía era hablar con nadie. Me vestí en silencio en el vestuario, respondiendo con monosílabos a los saludos de algunas compañeras y evitando mirar a los ojos a quien se acercara demasiado.

El ambiente en las instalaciones tampoco ayudaba. Había una tensión espesa flotando sobre el campo, una especie de silencio colectivo que ni siquiera las bromas habituales de Camila conseguían romper. Las chicas se movían por el césped con concentración, todavía arrastrando la derrota del fin de semana. Yo estaba sentada sobre un balón cerca de la línea lateral, con los codos apoyados sobre las rodillas y la mirada fija en el césped. O eso fingía. Porque cada pocos segundos mis ojos se desviaban discretamente hacia la banda. Como si allí hubiera un puto imán que no era capaz de evitar.

Sloane observaba el entrenamiento desde su posición habitual, junto a Julian y Derek, aunque aquella mañana parecía aún más inaccesible que de costumbre. Había vuelto a su traje impecable, perfectamente ajustados, como si el conjunto claro del hotel hubiese sido una especie de alucinación por mi parte. La blusa blanca que llevaba debajo tenía los primeros botones desabrochados, dejando entrever apenas una franja de piel limpia sobre el pecho. Dios, cuánto desee poder caminar con mi lengua por ahí.

“Joder”. Aparté la mirada inmediatamente y me obligué a respirar con calma. *“Concéntrate de una vez. No le des el gusto de desestabilizarte”*.

—¿Me has escuchado, Kaia? —La voz de Derek me arrancó de golpe de mis pensamientos.

Parpadeé antes de incorporarme ligeramente sobre el balón.

—Sí —respondí con rapidez—. Me has pedido que me mueva más hacia el carril izquierdo cuando Riley baje a recibir y que deje espacio interior para que Martina pueda sumarse al ataque por la banda.

Derek asintió, con expresión seria.

—Exacto. Necesitamos abrir más líneas ofensivas. Últimamente te quedas demasiado fija arriba y eso facilita las coberturas de las rivales. Necesitamos que seas más dinámica, que arrastres las marcas y que generes superioridad numérica en las zonas intermedias.

Crucé los brazos sobre el pecho mientras escuchaba a mi entrenador, intentando ignorar cómo ciertos pensamientos me erizaban más la piel bajo la camiseta de entrenamiento, que la propia brisa que nos rodeaba.

—Tenemos que demostrar que somos fuertes en los tres bloques —continuó él, caminando despacio frente al grupo reunido—. Y cambiar nuestro sistema de juego será el primer paso. No podemos permitirnos más partidos como el del sábado. Todo el staff ha sido muy claro al respecto en la reunión de esta mañana.

"Eso ya lo veremos", musité para mí misma. Nadie me escuchó. O al menos eso quise creer.

El entrenamiento comenzó pocos minutos después con veinte minutos de carrera continua alrededor del campo. El cielo seguía cubierto y el aire húmedo se pegaba a la piel mientras las botas golpeaban el césped mojado con un ritmo constante. Mis músculos respondían con cierta rigidez al principio, todavía resentidos por la mala noche que había pasado, pero poco a poco el movimiento me fue centrando.

Riley tardó exactamente treinta segundos en colocarse a mi lado.

—¿Qué pasó en el hotel? —preguntó directamente, acomodando la respiración al mismo ritmo que la mía—. Porque anoche no quisiste decirme nada y la presidenta está súper seria. No la he visto sonreír ni una sola vez en todo lo que llevamos de mañana.

—¿Es que lo hace alguna vez? —ironicé.

Solté un suspiro cansado.

—No quiero hablar de ello, Riley. De verdad.

Aceleré un poco el paso, esperando que entendiera la indirecta.

A cambio, Riley aumentó también la velocidad sin dificultad, como si estuviéramos en una simple carrera de calentamiento y no en medio de una conversación que yo prefería evitar.

—Venga, soy tu mejor amiga y sé perfectamente que ha pasado algo. Tienes esa cara de "me han tocado la moral". La conozco desde hace años. Suéltalo.

La miré de reojo. Su coleta oscura se movía de lado a lado con cada zancada y sus ojos estaban clavados en mí con esa insistencia que llevaba usando conmigo desde que empezamos a jugar en el Blackridge United. Riley siempre había sido así: directa, leal y absolutamente incapaz de dejarme rumiar mis pensamientos a solas.

Y sinceramente, estaba demasiado agotada para seguir fingiendo que todo iba bien. Me mordí el labio inferior antes de expulsar el aire lentamente.

—Pasa que me la tiene jurada —murmuré, bajando la voz—. Cree que soy un problema para el equipo, que mi actitud no encaja con la nueva imagen que quiere dar al club. Y está dispuesta a sacarme de las convocatorias si no me adapto a su visión.

—¡¿Qué?! —Riley se detuvo en seco en mitad del campo.

Varias cabezas se giraron inmediatamente hacia nosotras. Camila, que corría unos metros por delante, nos lanzó una mirada interrogante.

—Joder —bufé, agarrándola rápidamente del brazo para obligarla a seguir corriendo—. Sé un poco más discreta, por favor. No necesito que todo el equipo se entere.

Noté casi de inmediato la mirada de Sloane sobre nosotras desde la banda. No hacía falta verla para saberlo; podía sentirla como una caricia fría sobre la nuca.

Riley volvió a ponerse a mi lado con expresión completamente indignada. Sus mejillas se habían enrojecido, y no solo por el esfuerzo.

—¿Me lo estás diciendo en serio? Esa mujer no tiene ni puta idea de nada. Lleva aquí dos semanas como quien dice y ya se cree que puede decidir quién vale y quién no. Tú eres la mejor del equipo. Has cargado con nosotras en más de un partido complicado.

Solté una risa.

—Pues eso le dije yo, más o menos. Con otras palabras, claro. Y ahora resulta que tiene un máster en dirección de empresas deportivas y que sabe perfectamente cómo se maneja el club. Y una mierda.

Riley abrió la boca, escandalizada, y negó con la cabeza varias veces.

—¿Y tú qué le respondiste? Porque te conozco y estoy segura de que le soltarías alguna burrada.

—Le dije que si quería resultados, quizá debería confiar un poco más en las que llevamos años aquí sudando la camiseta. Pero dudo que se dé cuenta.

Riley guardó silencio unos segundos, solo se oía el sonido de nuestras respiraciones y el golpeteo de las botas llenaban el espacio entre nosotras.

—Aunque mejor déjala —añadí intentando sonar despreocupada—. Ya se chocará con un muro. No soy la única que piensa que sus cambios son demasiado bruscos.

Giré la cabeza hacia la banda casi sin pensar. Y me encontré directamente con los ojos de Sloane. El tiempo pareció detenerse apenas un instante. Ella seguía sosteniendo el termo de café entre las manos, inmóvil, observándome con esa expresión con la que nunca sabía que sentía más allá. Simplemente era intensa, como si pudiera leer cada uno de mis pensamientos a través de la distancia.

Y yo, como una auténtica idiota, terminé sonriéndole. Una sonrisa pequeña. Desafiante. El tipo de sonrisa que solo utilizaba cuando sabía perfectamente que estaba entrando en terreno peligroso.

Vi cómo sus dedos se tensaban ligeramente alrededor del termo. Después apartó la mirada, girándose hacia Julian para comentarle algo cerca del oído.

Sentí un calor absurdo extendiéndose por mi pecho, subiendo hasta las mejillas. *"Esto no puede estar pasándome."*

—Madre mía… —murmuró Riley a mi lado—. Esto se merece una buena cerveza después del entrenamiento. O varias. Necesito que me cuentes todos los detalles.

Me eché a reír sinceramente por primera vez en toda la mañana.

—Pues yo intentaría evitarlo —respondí sin dejar de correr—, porque la tía nos está vigilando. Y no creo que le haga gracia que nos pongamos a criticarla mientras tomamos algo. Sobre todo, teniendo entrenamiento mañana.

Riley soltó una carcajada que llamó la atención de Jordan, que corría cerca de nosotras.

—Te juro que esto parece una película cargada de tensión sexual. Un día de estos, provocáis un incendio.

La miré horrorizada, como si quisiera negarlo. Pero claro, luego estaba el sueño que había tenido.

—Cállate, Riley. Por Dios.

—No me digas que no lo has notado. Yo desde la banda lo veo clarísimo.

—Ni de coña —protesté.

—Admítelo —replicó ella con sorna, imitando mi tono—. Esa mujer te altera. Y tú a ella también, que conste. Se le ve de lejos.

Negué con la cabeza intentando ocultar la sonrisa que amenazaba con escaparse, pero el rubor ya había traicionado mis esfuerzos. La realidad era mucho peor de lo que mi amiga imaginaba. Porque aquello ya no era solo una batalla por el orgullo. Algo estaba cambiando dentro de mí de una forma que empezaba a resultar imposible de ignorar. Sentía su presencia incluso cuando no la miraba, como una corriente eléctrica constante bajo la piel. Odiaba que Sloane Whitaker pudiera alterarme incluso cuando estaba quieta al otro lado del campo. Odiaba notar su presencia antes de verla. Odiaba que mi cuerpo reaccionara cada vez que me sostenía la mirada como si estuviera desafiándome a romperme delante de ella.

Aceleré el ritmo de la carrera hasta adelantar a varias compañeras. Necesitaba cansarme. Necesitaba dejar de pensar. El aire me golpeó los pulmones mientras avanzaba alrededor del campo, escuchando únicamente el sonido de mis propias pisadas y el eco distante de las órdenes de Derek. Pero incluso así, seguía sintiéndola. La presión invisible de sus ojos sobre mí. La tensión constante entre ambas.

Tras la carrera, pasamos a ejercicios de posesión en espacios reducidos. Me esforcé por concentrarme en el balón, en los movimientos de mis compañeras, en las indicaciones del entrenador. Sin embargo, cada vez que levantaba la vista, Sloane estaba allí, tomando notas o comentando algo en voz baja con el cuerpo técnico. Y durante la pausa para hidratarme, Riley se acercó de nuevo junto a Camila.

—Oye, Kaia, en serio —insistió Riley mientras bebíamos agua—. Si te amenaza con dejarte fuera, tenemos que hablar con el resto del vestuario. No puede llegar y desmantelar así el equipo.

Camila, que se había unido a nosotras, asintió.

—Totalmente de acuerdo. Tú eres de las que más tiran del equipo. Si ella quiere cambios, que los haga, pero sin pisotear a la gente. Quizás

deberías hablar con ella de nuevo, pero en un tono más… conciliador. Aunque, conociéndote, eso va a ser complicado.

Riley rio por lo bajo.

—Conciliador y Kaia en la misma frase es casi un espejismo. Pero Cami tiene razón. No le des munición para seguir jodiéndote la vida. Sé la jugadora que eres y que se joda ella si no lo ve.

Sus palabras me reconfortaron un poco. Poco a poco, el entrenamiento ganó intensidad con varios rondos y luego con el partido habitual, en el que conseguí un gol tras una buena combinación con Riley.

Por un instante me permití disfrutar del momento, celebrándolo con un abrazo breve con ella. Desde la banda, Sloane no apartaba la vista.

Cuando Derek nos dio las últimas indicaciones y el entrenamiento tocó a su fin, me quedé unos minutos más recogiendo material, retrasando el momento de pasar cerca de ella. Riley me esperó, pero finalmente se marchó con las demás hacia los vestuarios.

Al final, caminé sola hacia la banda. Nuestras miradas se cruzaron una vez más. No dijimos nada, pero el silencio habló por las dos, y yo sentí que el pulso se me aceleraba de nuevo.

Recogí mis cosas y me dirigí al vestuario con la cabeza alta, aunque por dentro era un torbellino de emociones. Las conversaciones con Riley y Camila me habían dado algo de perspectiva, pero no calmaban el nudo que se formaba en mi estómago cada vez que pensaba en la presidenta.

En ese deseo que empezaba a controlar peligrosamente el latido de mi corazón.

11

Sloane

La lluvia golpeaba los ventanales del restaurante con una suavidad constante, elegante, casi hipnótica. Esta ciudad tenía esa capacidad irritante de convertir la melancolía en parte del paisaje, incluso en fechas donde no debía hacerlo. Las luces reflejadas sobre el asfalto, el murmullo de la ciudad al otro lado del cristal, el olor a vino, madera y pescado ahumado flotando en el ambiente creaban una atmósfera que invitaba a la introspección, aunque yo habría preferido evitarla.

Sobre todo, porque tenía a mi padre hablando al otro lado del teléfono.

—Así que dime, Sloane… —Su voz arrastró mi nombre con un dejo de burla—. ¿Cómo va tu brillante aventura con ese equipo mediocre?

Apreté la mandíbula y me recliné contra el respaldo de la silla, sintiendo cómo la tensión se instalaba en mis hombros. Estaba sentada sola en una mesa junto a la ventana, con una copa de Cabernet entre los dedos y el abrigo negro descansando sobre el respaldo de la silla. El restaurante estaba lleno, aunque lo bastante silencioso como para que el tintinear de los cubiertos pareciera formar parte de una composición perfectamente estudiada.

—Va exactamente como esperaba —respondí con frialdad, aunque la mentira me dejó un regusto amargo en la boca.

Mi padre soltó una pequeña risa que resonó con demasiada fuerza en mis oídos. En ocasiones como esta, lo odiaba en profundidad.

—¿Perdiendo partidos? ¿Perdiendo patrocinadores? ¿Perdiendo dinero, aunque tú no hayas puesto ni un dólar? Vamos, hija, no me hagas perder el tiempo con eufemismos. Sabes tan bien como yo que ese club es un barco que se hunde.

Cerré los ojos un instante. Había aprendido hacía años que mi padre disfrutaba empujando las conversaciones hasta el límite exacto en el que uno empezaba a sangrar. Cada palabra suya era un recordatorio de que, para él, cualquier paso que no siguiera su camino trazado equivalía a un fracaso.

—Es un proyecto a largo plazo —insistí.

—No, Sloane. Es un error a largo plazo. Dejaste un puesto impecable en nuestra empresa para terminar dirigiendo un club al borde de la ruina. Francamente, esperaba algo más inteligente de ti. Siempre has sido ambiciosa, pero esta decisión no lo es en absoluto.

Mi dedo índice golpeó una vez la copa. Después otra. Noté el calor del enfado subiéndome despacio por el pecho, extendiéndose como una llama que amenazaba con descontrolarse. Recordé todas las veces que había demostrado mi valía, las noches sin dormir cerrando acuerdos millonarios, las ocasiones en las que había sacrificado relaciones personales por el apellido Whitaker. Y, aun así, nunca era suficiente.

—¿Sabes qué? —murmuré, inclinándome ligeramente hacia delante como si pudiera enfrentarlo cara a cara—. Puedes irte a la mierda.

Hubo un silencio seco al otro lado. Y entonces colgué. Ni siquiera esperé una respuesta. Dejé el teléfono boca abajo sobre la mesa y me llevé ambas manos a las sienes, masajeándolas despacio mientras soltaba el aire. La presión empezaba a convertirse en un ruido constante dentro de mi cabeza.

El club. Margot. La prensa. Y, sobre todo, Kaia Bouchard. Siempre Kaia Bouchard. Su sonrisa desafiante en el campo, la forma en que sus ojos se clavaban en los míos como si pudiera ver más allá de mi armadura, el tono de su voz cada vez que me objetaba algo. Sacudí la cabeza para apartar aquellas imágenes.

La camarera apareció junto a la mesa apenas unos segundos después, con una expresión profesional y amable.

—¿Desea otra copa, señora Whitaker?

Levanté la mirada hacia ella y asentí.

—Por favor. Y asegúrese de que esté bien temperada.

El vino llegó rápido. Perfectamente servido. Di un pequeño sorbo mientras observaba la lluvia tras el cristal y obligaba a mi mente a regresar a un terreno mucho más seguro: el trabajo. Los negocios siempre habían sido más fáciles que las personas. En ellos todo se medía, se calculaba y se controlaba.

Cinco minutos después, Sophie Grant atravesó el restaurante como si perteneciera al lugar. Y probablemente lo hacía. Llevaba un abrigo camel ajustado a la cintura que realzaba su figura y el cabello cayéndole sobre los hombros en ondas perfectamente desordenadas. Su sonrisa iluminó la

estancia incluso antes de llegar a la mesa, y varias cabezas se giraron discretamente hacia ella.

—No sabes la cantidad de ideas que tenemos Ethan y yo para llevar al equipo a lo más alto en publicidad —dijo directamente, incluso antes de saludarme, mientras se acercaba con paso decidido.

Sonreí apenas. Sophie siempre había tenido esa energía magnética imposible de ignorar. Por algo nos habíamos acostado en múltiples ocasiones. Se inclinó hacia mí y dejó un beso en la comisura de mis labios, un gesto que en otro tiempo me habría resultado reconfortante. Después se quitó el abrigo y se sentó frente a mí, cruzando las piernas con elegancia.

—¿Has esperado mucho? El tráfico estaba imposible con esta lluvia.

Solté una pequeña risa nasal y negué con la cabeza.

—No. Estaba aprovechando estos minutos para tener una maravillosa conversación con mi padre. Nótese la ironía.

Ella puso los ojos en blanco inmediatamente y apoyó la barbilla sobre una mano, observándome con esa familiaridad que habíamos construido durante años.

—¿Todavía sigue con la tontería de que te has equivocado? Pensé que ya habría entendido que no vas a volver atrás.

Bebí un poco más de vino antes de responder, dejando que el líquido me recorriera la garganta.

—Mi padre considera que presidir un equipo de fútbol femenino al borde del colapso no es precisamente una decisión brillante. Según él, estoy tirando por la borda años de carrera por un capricho romántico. Como si yo fuera capaz de tomar decisiones basadas solo en emociones.

—Pues yo creo que este paso en tu carrera es muy acertado —replicó Sophie apoyando ambos codos sobre la mesa y mirándome con genuino entusiasmo—. Ahora se te ve más suelta que en Whitaker Global Sports. Allí parecías una estatua de mármol, cabreada todo el tiempo, sin espacio para volar más. Sin embargo, ahora brillas con otra luz. Y creo que hay muchas cosas que podemos hacer con este equipo.

No pude evitar tensarme al escuchar el nombre de la empresa familiar. Whitaker Global Sports. Tres palabras capaces de resumir media vida de presión, de expectativas imposibles y de noches en las que el éxito sabía a vacío, por mucho que fuera la directora ejecutiva de expansión europea. Sea lo que fuese esa mierda.

—Aquello era una cárcel corporativa —murmuré, trazando con el dedo el borde de la copa—. Me pasé años negociando contratos multimillonarios, gestionando marcas deportivas internacionales y sobreviviendo a reuniones interminables donde todo el mundo fingía no estar aterrado. Todo para acabar con la gente que no nos hacía falta de un plumazo.

Sophie sonrió y extendió la mano para rozar mi antebrazo en un gesto de consuelo.

—Exacto. Aquí al menos pareces viva. Aunque sé que no está siendo fácil. Cuéntame, ¿cómo vas realmente con el equipo? ¿La jugadora que mencionaste la última vez sigue siendo un problema?

Desvié la mirada hacia la carta, fingiendo estudiar las opciones mientras mi mente volaba de nuevo hacia Kaia.

—Ese es un terreno que todavía no tengo controlado —respondí, sin mirarla a los ojos—. Pero, en fin, vamos a pedir la cena y me cuentas esas ideas maravillosas que tienes antes de que Margot Hale decida arrancarme la cabeza —propuse, cambiando de tema.

Sophie soltó una carcajada que alivió un poco la tensión acumulada en mi pecho. Llamamos al camarero y pedimos varios platos típicos de la zona: salmón salvaje glaseado con miel y mostaza, ostras frescas del Pacífico y una sopa cremosa de almejas servida en pan artesanal caliente cuyo aroma inundó la mesa pocos minutos después. Mientras esperábamos, la conversación fluyó con naturalidad.

La charla cambió de tono en cuanto apareció la comida. Se volvió profesional, dinámica y más segura. Sophie sacó una tablet del bolso y comenzó a mostrarme varios diseños y anotaciones de un posible primer artículo mientras hablaba con pasión, gesticulando con las manos.

—Vale. La idea principal es cambiar completamente la percepción pública del Blackridge United. Queremos que deje de ser visto como el equipo en crisis y pase a representar el futuro que tienen por delante.

—Eso suena a que va a ser caro —comenté, probando un bocado de salmón.

—Lo será —respondió sin perder la sonrisa, inclinándose hacia delante con entusiasmo—. Pero también necesario. He hablado con Ethan esta tarde y coincidimos en que necesitamos una inversión inicial fuerte para obtener resultados a medio plazo. Mira esto.

La observé mover los dedos sobre la pantalla mientras aparecían diferentes propuestas de campañas. Fotografías. Nuevos conceptos visuales. Todo cuidadosamente pensado.

—Queremos trabajar la identidad del club desde un punto más emocional —explicó con detalle—. El mensaje no puede ser "somos un equipo roto". Tiene que ser "somos un equipo que va a levantarse, con jugadoras que luchan y una afición que las respalda".

Asentí. Tenía sentido. Muchísimo. Mientras ella continuaba, yo no podía evitar imaginar a Kaia en esas campañas, su rostro fuerte y decidido capturado en imágenes que transmitieran fuerza y carisma.

—Ethan también propuso lanzar una línea nueva de ropa deportiva —continuó Sophie—. Sudaderas, camisetas, chaquetas… algo más urbano y actual. Queremos atraer tanto a aficionados del fútbol como a gente que simplemente conecte con la estética del equipo. Imagina a jóvenes llevando nuestras prendas por la ciudad.

—Merchandising emocional —murmuré, dando otro sorbo al vino.

—Exacto. Y además queremos trabajar muchísimo las estadísticas individuales de las jugadoras. Partidos jugados. Goles. Recuperaciones. Asistencias. Necesitamos que el público conecte con ellas como figuras reales, no solo como nombres en una alineación.

Me incliné ligeramente hacia delante observando los diseños con atención.

—¿Y Kaia?

Sophie levantó una ceja y me miró con curiosidad.

—¿Qué pasa con Kaia?

—Sigue siendo la imagen más fuerte del club —respondí, prestando atención a la comida—. Su conexión con la afición es innegable. Y a pesar de las circunstancias, no podemos ignorarlo.

Ella asintió y dejó los cubiertos a un lado.

—Sí, vamos a aprovecharlo. Pero no podemos depender únicamente de ella. Riley funciona muy bien con el público joven. Pero he visto que Camila tiene muchísimo carisma en entrevistas, y que Tonya puede conectar con patrocinadores europeos… Necesitamos equilibrar la narrativa para que el equipo se vea como un conjunto sólido, no como una estrella solitaria.

Sonreí y aparté un mechón de pelo de mi rostro.

—Sabía que tú eras quien debía tomar este papel. Tienes un instinto excelente para estas cosas.

Sophie sostuvo mi mirada unos segundos. Y por un instante, algo en la atmósfera cambió. Alargué la mano casi por impulso buscando la suya sobre la mesa. Quería agradecerle el apoyo. Quizá simplemente sentir algo estable después de semanas enteras de presión constante. Mis dedos apenas rozaron los suyos cuando Sophie retiró la mano y carraspeó discretamente antes de mirarme a los ojos.

—Sobre eso… —comenzó, y supe lo que venía después. El pequeño vacío que dejó aquel gesto se instaló inmediatamente en mi pecho—. He pensado que a partir de ahora no deberíamos mezclar placer con negocios —dijo—. Me has ofrecido una gran oportunidad y quiero aprovecharla sin que piensen que he recibido un trato de favor. Necesito que esto sea profesional al cien por cien, Sloane.

La observé en silencio durante unos segundos. Sophie mantenía una expresión tranquila, aunque noté cierta tensión en sus hombros y en la forma en que jugueteaba con el borde de su copa.

—Entiendo —respondí—. Y lo respeto. Siempre has sido clara con lo que quieres.

—Lo nuestro ha sido bonito, pero ahora el club debe ser lo primero.

Bebí un poco más de vino antes de responder, dejando que el líquido me diera tiempo.

—Claro. No te preocupes. Además, lo nuestro era pura diversión. Y ahora tenemos que ser profesionales. No quiero que nada enturbie este proyecto.

Sophie sonrió inmediatamente, visiblemente aliviada, y la tensión en sus hombros se disipó.

—Sabía que lo entenderías. Eres la mujer más pragmática que conozco.

"Por supuesto que lo entiendo." Llevaba toda mi vida entendiendo cómo apartar las emociones antes de que se convirtieran en un problema. La conversación continuó después de aquello, con mucho más vino. Más ideas sobre campañas, patrocinadores y entrevistas futuras. Yo me concentré en cada palabra como si trabajar pudiera llenar el espacio extraño que acababa de abrirse dentro de mí. Porque era más fácil pensar en presupuestos que en decepciones. Más fácil hablar de publicidad que preguntarme por qué el recuerdo de otra mujer seguía apareciendo constantemente en mi cabeza.

Una mujer arrogante. Desafiante. Con demasiada facilidad para hacerme perder el control.

Di otro sorbo al vino mientras Sophie seguía hablando de los artículos que quería escribir y pensé, con una lucidez incómoda, que quizá centrarme en el trabajo ya no iba a ser suficiente.

12

Kaia

Esta ciudad siempre me había parecido muy diferente de noche, con las luces de los escaparates reflejándose sobre el asfalto mientras caminaba sin rumbo concreto. Ahora, iba por las calles cercanas al puerto, con las manos hundidas en los bolsillos de mi chaqueta vaquera y con mi *playlist* favorita sonando en los cascos que Riley me regaló en mi pasado cumpleaños.

Estas caminatas, se habían convertido en una costumbre desde hacía años. Salir a caminar cuando sentía demasiado ruido dentro de la cabeza. Y últimamente el ruido no descansaba nunca. Mi mente zumbaba constantemente por culpa del equipo, las derrotas, la presión y, sobre todo, por Sloane Whitaker. Especialmente por Sloane Whitaker. Su presencia se había instalado dentro de mí como si fuera una sombra persistente, imposible de ignorar incluso en los momentos de supuesta calma. Cada decisión que tomaba en el campo parecía estar teñida por el recuerdo de sus ojos evaluándome, juzgándome y, al mismo tiempo, despertando algo mucho más peligroso que el simple resentimiento.

Suspiré mientras cruzaba una avenida iluminada farolas y letreros de tiendas y pubs. La ciudad seguía viva a esas horas; había mucha gente entrando y saliendo de los bares, taxis avanzando por todas partes, grupos de amigos riendo en las terrazas cubiertas. La vida seguía su curso, pero en algún punto, yo me sentí totalmente estancada y sin tener idea de qué hacer. Porque cuanto más intentaba odiar a esa mujer, más presente estaba en mi cabeza. Y eso era un problema enorme.

La canción cambió justo cuando doblé una esquina, y como si el destino estuviera dándome una buena hostia, la vi a unos metros de mí. Me quedé paralizada, viendo cómo Sloane salía de un restaurante elegante, antes de despedirse de una mujer a la que reconocí enseguida. Había visto muchas entrevistas y reportajes deportivos de ella, y el rumor de que iba a trabajar para el equipo, ya había llegado a los vestuarios. Vi cómo Sophie le daba dos besos en las mejillas a Sloane antes de marcharse calle abajo,

perdiéndose entre la gente. Después, Sloane se ajustó el abrigo sobre los hombros y permaneció unos segundos inmóvil bajo el toldo del restaurante, como si necesitara un momento para empezar a caminar.

No sé por qué seguí parada, observándola como una auténtica idiota. *"Vete"*. Debería haberme dado media vuelta inmediatamente. Seguir caminando. Desaparecer antes de que me viera. Pero no lo hice, y no puedo saber exactamente por qué. Así que me quedé allí, quieta, hasta que ella levantó la cabeza y me vio.

Noté el cambio en su expresión incluso desde la distancia. La sorpresa que apareció en sus ojos, y después esa intensidad insoportable que siempre aparecía cuando su mirada se clavaba en mí. Sloane comenzó a caminar hacia mi dirección, cruzando la calle sin prisa, como si el mundo entero se hubiera ralentizado solo para nosotras.

Me quité los auriculares y los dejé descansando en mi cuello, mientras el corazón me golpeaba demasiado rápido contra el pecho. Ridículo. Completamente ridículo.

—¿No deberías estar en la cama?

Y bastó con mirarla a los ojos y escuchar su voz, para saber que iba un poco achispada por —seguro— el buen vino que había cenado con esa mujer. Algo que la hacía ver preciosa y, sinceramente, también más peligrosa.

Levanté una ceja y me crucé de brazos frente a ella.

—¿Ahora también vas a controlar mis horas de sueño? Creía que tu especialidad era dirigir el club, no supervisar mi vida personal.

Sloane echó la cabeza hacia atrás inmediatamente, sonrió y dio un paso más cerca, invadiendo mi espacio personal de una forma que me aceleró el pulso.

—¿Y tú vas a discutírmelo todo? —bufó bastante exasperada—. Eres imposible de satisfacer, joder.

Una sonrisa lenta se abrió paso en mi boca antes de que pudiera evitarlo. El doble sentido flotó entre nosotras como una chispa a punto de prender.

—Depende de en qué sentido —respondí, sin cortarme un pelo.

El silencio que siguió fue inmediato. Pesado. Eléctrico. Vi perfectamente cómo sus labios se separaban apenas un segundo mientras procesaba lo que acababa de decir. Sus ojos miel se oscurecieron y recorrieron mi rostro con lentitud, deteniéndose un instante en mi boca. Yo

tuve que contener las ganas de echarme a reír, porque aquello era un desastre. Porque sabía exactamente lo que estaba haciendo. Y porque la tensión entre nosotras empezaba a sentirse demasiado viva, como una corriente que amenazaba con arrastrarnos a las dos si no le poníamos remedio.

Aunque en ese instante, me di cuenta de que yo *no* quería ponerle remedio.

El viento frío movió el cabello oscuro de Sloane mientras me sostenía la mirada sin pestañear. Dios. Esta mujer tenía unos ojos capaces de desmontar edificios enteros. Y por no sé cuanta vez en los últimos días, me hizo tragar saliva. *"Deja de mirarla así"*, me reprendí. Pero era imposible. Porque Sloane Whitaker era hipnótica. Una mujer que parecía estar construida alrededor del control absoluto. Y yo llevaba días queriendo comprobar hasta dónde podía tensar la cuerda que la hiciera tambalear.

Sloane carraspeó apenas antes de alejarse —por decirlo así— medio paso, aunque sus ojos no se apartaron de los míos.

—Será mejor que me vaya —murmuró—. Y tú también. Mañana hay entrenamiento a primera hora y te necesitamos concentrada.

Antes de que pudiera pasar de largo, hablé. Porque claro, mi cerebro ya había decidido dejar de protegerme.

—También soy humana, ¿sabes? Tengo derecho a divertirme y salir por ahí mientras cumpla con mi trabajo. No soy una máquina, Sloane, aunque tú parezcas funcionar como una.

Ella se detuvo y giró lentamente sobre sus pasos. La pequeña sonrisa que apareció en su boca me atravesó el pecho de manera completamente absurda, despertando un calor traicionero en mi interior.

—Ya… —respondió acercándose a mí de nuevo—. Pues últimamente no es lo que estás demostrando en el campo. ¿Hay algo más que te distraiga, Kaia?

Ahí estaba otra vez. La mujer fría y calculadora que llevaba conociendo días.

—¿Es que tú no tienes malas rachas? ¿Nunca te has sentido abrumada por las expectativas, por las críticas o por la necesidad de demostrar que no te equivocas? Porque me da a mí que sí, soy capaz de notar esas grietas.

Sloane se acercó todavía más, demasiado. Y el aire se quedó atrapado dentro de mis pulmones. Nuestros rostros quedaron tan cerca que por un

momento pensé que iba a besarme. Y esa idea me golpeó con una fuerza aterradora, haciendo que mi cuerpo entero se tensara.

—Intento no demostrarlo —susurró, y su aliento rozó mi boca como una caricia—. Me gusta mantener el control. Pero tú… Me sacas de quicio, Kaia. Y al mismo tiempo…

Dejó la frase en el aire, incompleta, pero sus ojos lo dijeron todo. Sentía el calor de su aliento contra mi piel. Mi corazón empezó a latir tan fuerte que apenas pude controlar ese compás. Porque entendía perfectamente lo que quería decir. Y porque yo también estaba perdiendo el control. Muy rápido. Demasiado rápido.

Alcé una mano lentamente y rocé con los dedos la solapa de su abrigo, sin llegar a tocarla, solo lo suficiente para sentir la tensión que vibraba entre las dos.

—Pues es imposible hacerlo en todo. Mantener el control… —murmuré, sin apartar mis ojos de ella—. Por muy maravillosa que seas.

Sus manos se apoyaron sobre mi pecho. Sentí el calor de sus dedos atravesando la tela de la chaqueta vaquera, y mi respiración se cortó. Sloane me empujó apenas lo suficiente para acercarme todavía más a ella, y en ese momento, nuestros labios quedaron separados por una distancia mínima. Ridícula e insuficiente. El mundo entero desapareció alrededor. La gente. Los coches. La ciudad. Todo. Solo existían sus ojos miel observándome con una intensidad capaz de incendiarme viva.

La tensión creció hasta hacerse casi insoportable; podía sentir el pulso acelerado bajo sus dedos. Quería besarla. Quería que ella diera el paso. Quería rendirme a esa atracción que nos consumía a las dos. Joder, lo quería todo de ella, y vi que era mutuo cuando dijo:

—Deja de decir que soy maravillosa.

13

Sloane

No sé cómo llegamos a esto. Estábamos tiradas en el suelo de mi salón, con la luz tenue de la lámpara de pie proyectando sombras largas sobre nosotras. Mi cabeza aún daba vueltas por el vino de la cena con Sophie, un zumbido cálido y traicionero que me aflojaba las rodillas y me encendía la piel. Kaia me tenía atrapada contra la alfombra, y su boca me devoraba con una urgencia que no dejaba espacio para preguntas. Sus labios eran firmes, exigentes, y su lengua se enredaba con la mía como si ya supiera exactamente cómo deshacerme. Mis manos temblaban mientras le quitaba la chaqueta que llevaba puesta, revelando la camiseta ajustada que se pegaba a sus hombros anchos y a sus pechos firmes.

Kaia se incorporó un segundo, mirándome desde arriba con unos que brillaban de victoria.

—Parece que esta noche soy yo quien lleva las de ganar, presidenta… —dijo, orgullosa, y antes de que pudiera responder, me empujó de nuevo contra la alfombra y me empezó a desnudar. Mis pechos quedaron expuestos al aire fresco, con los pezones ya duros y ella no tardó mucho en cubrirlos con sus manos, apretando lo justo para arrancarme un jadeo.

—Joder, Kaia… —susurré, arqueándome hacia ella.

Ella sonrió contra mi cuello, mordiendo la piel sensible justo debajo de la oreja.

—Eso es, di mi nombre. Quiero oír cómo pierdes el control…

Su boca bajó por mi clavícula, dejando un rastro húmedo de besos que me hicieron emblar. Llegó a uno de mis pechos y lo atrapó entre sus labios, chupando con fuerza mientras su lengua rodeaba el pezón en círculos rápidos. La sensación fue eléctrica. Mis dedos se hundieron en su cabello atrayéndola más hacia mí. Con la otra mano, terminé de quitarle la camiseta.

La empujé un poco, invirtiendo posiciones para quedar encima.

—No creas que vas a ganar tan fácil…. —espeté.

Bajé la cabeza y capturé uno de sus pezones con la boca, succionando con avidez mientras mi mano libre exploraba su abdomen, bajando hacia la cintura de sus pantalones. Kaia gruñó, un sonido gutural que vibró contra mi lengua, y sus caderas se alzaron buscando más fricción.

Me agarró del cabello y me obligó a mirarla.

—Quiero tu boca más abajo.

Me vi sorprendida ante su petición, pero ese tono mojó aún más. No sé si fue el vino o el placer, pero tardé poco en seguir sus órdenes, besando cada centímetro de piel. Le bajé los pantalones y las bragas de un solo movimiento, exponiendo su coño, ya hinchado y brillante de excitación. El olor de su deseo me golpeó y me hizo salivar. Kaia abrió las piernas sin vergüenza, plantando los pies en el suelo y levantando las caderas hacia mí.

—Prueba lo que has estado deseando toda la noche —ordenó.

No esperé. Separé sus labios con los dedos y pasé la lengua desde su entrada hasta el clítoris en una lamida larga y lenta. Sabía salada, dulce, una mezcla adictiva. Kaia soltó un gemido ronco y sus muslos se cerraron alrededor de mi cabeza. Empecé a lamer con más urgencia, rodeando su clítoris con la punta de la lengua en círculos rápidos, luego succionándolo suavemente entre mis labios. Mis dedos entraron en juego: primero uno, luego dos, curvándose hacia arriba para llenarla de placer.

—Así… joder, más profundo —jadeó ella, moviendo las caderas contra mi cara. Su mano me presionaba la nuca, follándose mi boca con un ritmo que me dejó sin aliento. Yo estaba empapada, y ya podía notar cómo mi propia excitación goteaba por mis muslos. Mientras la devoraba, metí la mano libre entre mis piernas y me froté el clítoris, gimiendo contra su coño.

Kaia se dio cuenta y enseguida protestó:

—No. Esa es mi tarea —gruñó.

Con una fuerza sorprendente, me levantó y me tumbó de espaldas otra vez. Me quitó las bragas con los dientes, literalmente, y abrió mis piernas de par en par. Su mirada era de victoria.

—Ahora vas a ser tú quien se corra primero.

Su boca atacó mi coño sin piedad. No hubo preliminares; succionó mi clítoris con fuerza, metiendo dos dedos dentro de mí de golpe. El estiramiento fue delicioso, y el vino hacía que todo se sintiera amplificado, como si estuviera flotando en un placer del que no quería ver final. Su lengua era implacable, lamiendo, chupando, alternando ritmos que me volvieron loca.

—Kaia… oh, Dios… —gemí, agarrando la alfombra con las manos. Mis caderas se movían solas. Ella gruñía contra mí, y el sonido vibró a través de mi carne sensible.

—Dámelo todo —murmuró sin apartar la boca—. Quiero que te corras.

No me pude resistir. El orgasmo me golpeó como una ola, intenso y prolongado. Grité su nombre, arqueando la espalda. Kaia no paró; siguió lamiendo hasta que el placer se volvió casi doloroso, prolongando cada espasmo.

Apenas había recuperado el aliento cuando ella se subió sobre mí, colocando su coño empapado directamente sobre mi boca en posición 69.

—Tu turno de hacerme perder la cabeza —comentó en tono burlón, y bajó la suya entre mis piernas otra vez.

La probé de nuevo, más desesperada. Mi lengua entró dentro de ella y la follé, mientras mis dedos jugaban con su clítoris hinchado. Kaia gemía contra mi coño, un sonido amortiguado pero vibrante. Nos movíamos en sincronía, en un ritmo salvaje que más pronto que tarde, me volvió loca. Sus jugos me cubrían la cara; yo estaba ahogándome en ella y lo adoraba. Metí los dedos en su interior, estirándola, follándola y curvándolos para golpear sus paredes a placer.

—Sloane… sí, joder, justo ahí —gruñó ella, acelerando el movimiento de su lengua sobre mí.

La sentía cerca. Succione su clítoris con fuerza, moviendo los dedos rápido. Kaia explotó con un grito ahogado, y sus caderas se sacudieron contra mi cara mientras se corría violentamente. Lamí cada gota de su corrida, prolongando su placer como ella había hecho conmigo.

Pero no terminó ahí. Kaia se giró, me besó profundamente, probando su propio sabor en mi lengua, y luego bajó otra vez. El vino me mantenía en un estado de euforia constante, y noté cada orgasmo más intenso que el anterior.

La hice correrse por segunda vez con mi boca, y ella me devolvió el favor inmediatamente, chupando mi clítoris hasta que joder… vi las putas estrellas.

Pasamos horas así, en el suelo, besándonos, devorándonos mutuamente. Kaia me llevó al límite una y otra vez, demostrando que en el campo y en la cama, ella siempre buscaba la victoria. Pero yo le devolvía cada golpe, volviéndola loca hasta que su voz ronca gritó mi nombre.

Al final, exhaustas y cubiertas de sudor, me quedé mirando el techo de la estancia, con un zumbido delicioso en los oídos y una sonrisa satisfecha en los labios.

—No sé cómo llegamos a esto —dije, sin darme cuenta de que lo había pronunciado en voz alta.

—Porque las dos queríamos ganar —respondió ella, y me miró mientras sonreía.

14

Kaia

—Estoy deseando acabar con esto. No sé para qué hace falta otra sesión de fotos con la temporada ya empezada.

Riley soltó una carcajada a mi lado mientras atravesábamos el pasillo principal de las instalaciones hacia el estudio improvisado que Ethan había montado en una de las salas de prensa del estadio. El eco de su risa rebotaba contra las paredes de hormigón, y yo no pude evitar esbozar una media sonrisa a pesar de mi protesta.

—Pero si luego eres la que más disfruta leyendo los comentarios en redes sociales —se burló, dándome una palmadita cariñosa en la espalda—. Por no hablar de lo que ligas.

Negué con la cabeza mientras me ajustaba la mochila sobre mi hombro, sintiendo el peso familiar de las botas de entrenamiento que llevaba dentro. Lo que estaba deseando esa mañana, era salir al campo.

Eso, y algo más que no podía decir en voz alta.

—Ya me gustaría a mí tener a media ciudad deseando besarme —añadió Riley. Después, se llevó una mano al pecho, fingiendo escandalizarse—. Eres literalmente la fantasía deportiva de esta ciudad.

Intenté ocultar la sonrisa que amenazaba con escaparse de mis labios.

—No tengo a media ciudad deseando besarme —murmuré.

"Solo a una persona."

El pensamiento apareció tan rápido que me dejó completamente inmóvil durante un segundo. Mis pasos se detuvieron en seco y Riley me miró con curiosidad, pero no dije nada. Mis ojos se desviaron automáticamente hacia el otro lado de la sala, atraídos como si una fuerza invisible tirara de ellos.

Sloane estaba con Sophie y Ethan, revisando algo en una tablet. Los tres hablaban en voz baja, concentrados, mientras varias personas del equipo técnico terminaban de colocar focos y fondos publicitarios alrededor del estudio. La luz artificial caía sobre ella, acentuando el traje gris oscuro

perfectamente ajustado a su figura esbelta. Hoy llevaba el cabello recogido en una coleta baja que dejaba al descubierto la línea de su cuello, y no pude evitar quedarme anclada en ese punto de su piel.

Después de lo ocurrido entre nosotras… *"No"*. Aparté la mirada de inmediato, pero ya era tarde. El recuerdo me invadió con una intensidad que me cortó la respiración y rápidamente, un calor traicionero empezó a subir por mi nuca.

El corazón me dio un golpe incómodo dentro del pecho.

—Seguro que en nada nos quitamos este peso de encima —dijo Riley, retomando una conversación de la que ya me había perdido.

—A mí no me parece mala idea —comentó Tonya mientras aparecía junto a nosotras sujetando una bebida energética—. Ya era hora de que al resto del equipo también nos tuvieran en cuenta para estas cosas.

La indirecta flotó en el aire con una claridad bastante evidente. Riley tensó ligeramente la mandíbula, pero yo simplemente sonreí. No pensaba entrar en ese juego. No cuando todavía intentaba comprender por qué mi cuerpo reaccionaba así cada vez que Sloane estaba cerca, como si mi piel recordara antes que mi mente, cuando se supone que lo que pasó no fue nada.

Y su fue algo, no podía significar nada más allá de un juego.

"Vuelve a la realidad", me ordené.

—¿Qué os toca primero? —pregunté, cambiando de tema mientras me acercaba al perchero lleno de ropa deportiva nueva. Necesitaba moverme, distraer la cabeza y hacer algo que no solo beneficiara al equipo, sino también a mí.

Camila apareció de inmediato, levantando una sudadera negra con entusiasmo.

—A mí esto. Y sinceramente, pienso robármela en cuanto termine la sesión. Es súper chula.

—Han tenido buen ojo, y en muy poco tiempo —admití.

Natalie soltó una carcajada desde el fondo de la sala, cruzándose de brazos.

—Tampoco sería robar exactamente. Siempre nos regalan la ropa de la publicidad que hacemos. Así que, aprovecha.

La conversación comenzó a relajarse poco a poco entre bromas y quejas inevitables sobre el tiempo que Ethan pensaba mantenernos delante de las cámaras, mientras que yo intentaba no mirar demasiado hacia donde

estaba Sloane. Intentaba. Porque conseguirlo era otra cosa completamente distinta. Cada pocos segundos, mi mirada se escapaba hacia ella, como si mis ojos tuvieran voluntad propia y quisiera deleitarse de nuevo con cada curva de su figura. Con cada pequeño micro gesto de su rostro. Con ese brillo especial que tomaba vida en sus ojos cuando parecía contenta.

—Kaia, empezaremos contigo —anunció la fotógrafa, arrancándome de golpe de mis pensamientos.

Suspiré de forma exagerada, aunque una parte de mí ya sentía la adrenalina familiar de estar frente a las cámaras.

—Cómo no.

—No pongas esa cara —bromeó Riley, dándome un empujoncito juguetón—. Si todo el equipo sabes que has nacido para esto.

Y, desgraciadamente, tenía razón. Me cambié rápidamente en uno de los separadores laterales, sintiendo la tela fresca de la equipación contra mi piel. Regresé al set principal con el primer conjunto: pantalón deportivo negro, la camiseta ceñida del Blackridge United que marcaba los músculos de mi torso y una chaqueta abierta sobre los hombros, dejando entrever la curva de mi clavícula.

En cuanto crucé las luces del estudio, noté el cambio inmediato de energía. Las miradas del equipo técnico se centraron en mí, se hizo un silencio momentáneo cargado de expectación y la fotógrafa sonrió ampliamente, como si acabaran de entregarle el trabajo resuelto de antemano.

—Perfecto —murmuró, levantando la cámara con entusiasmo—. Muy bien, Kaia… solo sé natural. Muévete como si estuvieras en el campo.

"Natural". Casi me dio risa. Pero en cuanto tuve el balón entre las manos, mi cuerpo reaccionó solo. Era fácil. Moverme con fluidez, posar con intención, jugar con la cámara como si coqueteara con ella. El balón rodó sobre mi muslo antes de elevarlo con un toque suave hacia el aire; lo atrapé con el empeine y giré ligeramente el cuerpo, dejando que la chaqueta se abriera un poco más. Las cámaras disparaban una ráfaga constante de fotografías.

—Eso es… perfecto… mírame aquí… un poco más de intensidad en la mirada —indicaba la fotógrafa.

Escuchaba las instrucciones de fondo mientras me dejaba llevar, pero entonces la sentí. La mirada de Sloane. No necesitaba verla directamente para saber que me observaba con atención. Era casi físico, como una

corriente cálida que recorría lentamente mi piel, erizándola en cada centímetro. Mis ojos terminaron encontrándola al otro lado del estudio. Seguía junto a Sophie y Ethan, pero ya no hablaba de nada. Me miraba fijamente, sin disimulo alguno. Sus ojos parecían más oscuros bajo las luces del set, y el escalofrío me recorrió entera de inmediato.

El aire se volvió más pesado dentro de mis pulmones. Y antes de que pudiera pensarlo demasiado, le sonreí mientras hacía girar el balón entre las manos. Una sonrisa lenta, provocadora, claramente dirigida solo a ella. Incliné ligeramente la cabeza, dejando que un mechón de mi cabello cayera sobre mi frente, y mantuve el contacto visual un segundo de más. Vi cómo Sloane apretaba la mandíbula con sutileza, cómo sus dedos se tensaban alrededor de la tablet. Dios santo. En ese momento, desee estar en otro lugar. Solo con ella.

"Los chicos tenían razón", pensé con una mezcla de satisfacción y nerviosismo.

La fotógrafa seguía encantada, ajena a la tensión que crepitaba entre nosotras.

—Increíble. Quédate así… sí… perfecta… ahora gira un poco la cintura, como si fueras a lanzar a puerta.

La palabra "perfecta" me hizo pensar inmediatamente en ella. En esos ojos miel incapaces de ocultar del todo el deseo, en sus labios rozando los míos, en el sabor de su aliento entremezclado. Noté un escalofrío bajándome lentamente por la espalda y acentuó mi siguiente movimiento, más felino, más consciente de cómo caía la luz sobre mi cuerpo.

—Muy bien, vamos con el siguiente conjunto —anunció Ethan unos minutos después, rompiendo el hechizo.

Aproveché el pequeño descanso para apartarme hacia la zona de vestuario. Mientras Riley y Tonya tomaban posiciones frente a las cámaras, me cambié la camiseta por una sudadera blanca *oversized* con el logotipo del club. Escuchaba las risas y comentarios del resto del equipo al otro lado de las cortinas.

—Vamos, Riley, deja de mirar a cámara como si fueras a matar a alguien —se burló Camila con voz cantarina.

—Es mi mirada sexy —protestó Riley entre risas.

—Tu mirada sexy parece una amenaza. Relájate, mujer, que no te van a quitar el balón —añadió Natalie, provocando carcajadas generales.

Solté una risa baja mientras terminaba de ajustarme la ropa, sintiendo la suavidad de la tela contra mi piel aún caliente por el esfuerzo. Y entonces levanté la vista. Sloane estaba mirándome otra vez desde el otro extremo de la sala, completamente quieta. El mundo alrededor pareció difuminarse, como si solo existiéramos nosotras dos en medio del bullicio. Noté el calor subir lentamente por mi cuello y extenderse hacia mi pecho. Porque ahora sabía perfectamente lo que había detrás de esa tensión, la rendición mutua que ninguna de las dos había planeado.

Y ella también lo sabía. Aparté la mirada primero, mordiéndome el interior de la mejilla. *"Joder."*

El resto de la sesión continuó. Posamos juntas, hombro con hombro, riendo y fingiendo naturalidad mientras yo sentía constantemente la presencia de Sloane cerca, aunque no siempre la viera. Finalmente terminamos todas juntas frente al fondo principal del Blackridge United. Ethan prácticamente celebraba cada fotografía buena como si acabáramos de ganar la liga. Cuando era obvio, que ese logro estaba ahora mismo lejos de conseguirse.

Después, varias nos quedamos descansando alrededor de una mesa alta con refrescos y botellas de agua antes de cambiarnos para ir al entrenamiento. El ambiente estaba mucho más relajado que de costumbre. Incluso yo me sentía extrañamente ligera, aunque la tensión con Sloane seguía vibrando bajo mi piel como una nota sostenida.

—Mañana que tenemos día libre podríamos hacer algo —comentó Riley mientras abría una lata de refresco—. Una cena o cualquier cosa. Nada loco, solo desconectar un poco.

Negué inmediatamente con la cabeza, aunque sonreí para suavizarlo.

—No sé si es buena idea. Prefiero centrarme en entrenar por mi cuenta, repasar algunos vídeos y descansar.

—Kaia Bouchard rechazando planes sociales. Esto sí que es histórico —bromeó Camila, uniéndose a la conversación—. ¿Seguro que no te duele nada? ¿Fiebre? ¿Amnesia?

La fulminé con la mirada, pero después reí.

—Estoy hablando en serio. A veces necesito estar sola para resetear.

Y lo estaba. Porque cuanto más tiempo pasaba cerca de Sloane, más difícil se volvía pensar con claridad. Necesitaba distancia. Ordenar mi cabeza. Recordar que el deseo que había nacido dentro de mí era una pésima idea, por mucho que mi cuerpo se rebelara contra esa conclusión.

—Podéis hacer lo que queráis —dijo una voz profunda detrás de nosotras, haciendo que Riley casi se atragantara con el refresco.

Me giré inmediatamente. Sloane estaba allí. Sus ojos apenas se cruzaron con los míos un segundo, pero fue suficiente para que el calor descendiera directo hacia mi estómago y más abajo, mucho más abajo. Maldita sea.

Riley nos observó alternativamente con expresión completamente desconcertada, como si intentara resolver un enigma.

—Es importante que tengáis la mente descansada —continuó Sloane con absoluta calma—. Esta semana hay un partido importante y no quiero distracciones. Disfrutad del día libre, pero con cabeza.

Su tono era impecablemente profesional. Nadie habría imaginado jamás que hacía apenas unas horas había perdido el control conmigo entre sus manos, que me había susurrado palabras entrecortadas contra la piel mientras sus dedos trazaban caminos que aún sentía, incluso estando despierta.

Sloane se marchó casi inmediatamente después de hablar, y mientras Riley se quedó boquiabierta varios segundos antes de girarse lentamente hacia mí, arqueando una ceja.

—¿Y a la presidenta qué mosca le ha picado?

Tragué saliva intentando mantener la compostura mientras veía a Sloane abandonar la sala. Mi mirada se quedó prendada de la línea de sus hombros, de la forma en que la coleta se balanceaba ligeramente.

—Ni idea —respondí con aparente indiferencia.

Pero mientras la observaba desaparecer al otro lado de la puerta, no pude evitar esbozar una sonrisa.

15

Sloane

—Hay que aumentar las ventas cuanto antes.

La voz de Margot Hale atravesó la sala de reuniones como el filo limpio de una cuchilla. Sentada al otro extremo de la mesa, con las piernas cruzadas y una carpeta de cuero apoyada sobre las rodillas, parecía una mujer incapaz de permitirse el más mínimo desgaste. Llevaba un vestido marfil impecablemente ajustado bajo un abrigo camel de líneas elegantes, y el brillo discreto de sus pendientes contrastaba con la severidad calculada de sus ojos.

Desde que había llegado al Blackridge United Women, había aprendido que Margot Hale no era simplemente la socia-inversora principal del club. Era una amenaza constante vestida de sofisticación, alguien que medía sus acciones y no permitía ningún fallo.

Sophie apartó la vista de los documentos que sostenía entre las manos y se inclinó ligeramente hacia delante, manteniendo la compostura profesional.

—La campaña estará lista para el próximo fin de semana, y estoy segura de que las ventas aumentarán en cuanto el artículo salga en todas las noticias deportivas y en los principales portales especializados —afirmó sin dejar de sonreír.

—Eso espero —respondió Margot, enlazando los dedos sobre la mesa —. Tenéis dos meses para que los resultados cambien de manera significativa, o me pensaré seriamente el seguir siendo la inversora principal del club. No invierto en causas perdidas, tengo otros muchos intereses.

El silencio posterior nos golpeó a cada uno de los presentes. El aire de la sala pareció espesarse. Julian bajó la mirada hacia los informes económicos abiertos frente a él, fingiendo revisar cifras que ya se conocía de memoria. Derek se removió incómodo en la silla, cruzándose de brazos con evidente tensión. Y Ethan, por una vez, dejó de juguetear con el

bolígrafo que llevaba entre los dedos y se limitó a observar la escena con atención.

Yo sostuve la mirada de Margot unos segundos más, sin parpadear, antes de verla levantarse con la elegancia que tanto la caracterizaba. Ni siquiera se molestó en despedirse de nosotros.

—Tened un buen día.

Y salió de la sala con la misma elegancia con la que había entrado, dejando tras de sí un rastro de perfume caro y una presión palpable en el ambiente. Tanto, que no pude evitar suspirar.

La puerta se cerró lentamente detrás de ella, y entonces me dejé caer contra el respaldo de la silla. Sentía el cansancio acumulado detrás de los ojos, mezclado con una presión desagradable en la nuca que amenazaba con convertirse en un intenso dolor de cabeza.

Giré la cabeza hacia Julian y lo observé con detenimiento.

—¿Por qué no me dijiste antes que las cuentas estaban tambaleándose de esta manera? —pregunté, sin ocultar mi frustración.

Él suspiró, apoyando ambos los codos sobre la mesa y frotándose las sienes durante un rato.

—Porque estaba seguro de que los patrocinadores iban a seguir con nosotros. Pero tu nombramiento les hizo cambiar de opinión y poco a poco se han ido cayendo. Dicen que eres demasiado… disruptiva, que quieres cambiar un estilo de juego que ya estaba muy definido.

—Un estilo de juego que nos tiene prácticamente últimas, cuando siempre hemos luchado por el título.

El enfado me hizo tensar la mandíbula. Antes de mi llegada, el consejo había considerado a otra candidata para la presidencia del club: una ejecutiva estadounidense mucho más complaciente con los inversores, menos estricta y menos agresiva en las reformas necesarias. En resumidas cuentas, alguien fácil de manejar.

Yo nunca había sido fácil de manejar.

—¿Y prefirieron retirarse antes que apostar por alguien que puede suponer un gran cambio? —inquirí, clavando la mirada en él con intensidad.

—Prefirieron evitar riesgos —contestó Julian, cansado de discutir—. Dicen que tu estilo podría ahuyentar a más socios.

Solté una risa breve, y negué con la cabeza.

—Curioso. Porque lo verdaderamente arriesgado era seguir haciendo las cosas como antes, dejando que el club se hundiera lentamente sin tomar decisiones difíciles.

Derek carraspeó, interviniendo con prudencia.

—No ayuda que el equipo lleve dos temporadas arrastrándose por la mitad baja de la liga. Los resultados deportivos son el primer escaparate.

—Gracias por el optimismo, Derek —murmuré, arqueando una ceja.

El entrenador se encogió de hombros, sin molestarse en ocultar su agotamiento. Su nuevo fichaje, tampoco había supuesto nada. Y él lo sabía.

—Solo digo la verdad. Los aficionados quieren ver garra, pero también victorias. Sin una cosa, la otra pierde fuerza.

Ethan intervino antes de que la conversación se endureciera más, intentando reconducirla con su habitual energía positiva.

—Por eso necesitamos cambiar el relato cuanto antes. La gente no solo compra resultados; compra historias. Y ahora mismo el Blackridge solo genera titulares negativos. Tenemos que darles algo por lo que emocionarse.

Sophie asintió inmediatamente. La luz que entraba por los ventanales se reflejaba sobre su pelo mientras pasaba varias imágenes en la pantalla de la tablet. Su energía siempre llenaba las habitaciones demasiado rápido. Era imposible no notarlo.

—Vamos a posicionar al equipo como una reconstrucción ambiciosa —explicó con claridad—. Queremos que el público vea disciplina, identidad y futuro. No únicamente una plantilla al borde del desastre. La idea es humanizar a las jugadoras y mostrar el proyecto a largo plazo.

—¿Cómo vais a encararlo exactamente? —pregunté.

Sophie deslizó una fotografía hasta el centro de la pantalla. Era Kaia. Con el uniforme negro del Blackridge, el cabello húmedo pegado al cuello y una expresión desafiante que parecía atravesar incluso la imagen. Mi pecho reaccionó de inmediato, un calor traicionero que me recorrió el esternón. Lo ignoré con determinación.

—Kaia sigue siendo el rostro más potente del equipo —explicó Ethan —. Las estadísticas lo respaldan. Es la jugadora más mencionada en redes, la que más interacción genera, con diferencia.

—Pero como dijimos, no podemos volver a depender únicamente de ella —añadió Sophie, mirándome directamente a los ojos—. Hay que equilibrar la narrativa.

Agradecí internamente que alguien en aquella mesa entendiera lo que intentaba construir: un club sólido.

—Entonces, ¿qué proponéis? —insistí.

Ethan apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos.

—Una narrativa coral. Queremos mostrar al Blackridge como una unidad real. Vamos a trabajar perfiles individuales de varias jugadoras, contenido interno de los entrenamientos, rutinas diarias, incluso pequeños documentales cortos. Que la gente vea el esfuerzo detrás del club, el sudor, las risas y las caídas.

—También queremos explotar el contraste contigo —añadió Sophie con una sonrisa calculada.

Fruncí el ceño, ligeramente desconcertada.

—¿Conmigo?

Ella sonrió apenas, con un brillo astuto en la mirada.

—La presidenta implacable que llega para salvar un club en crisis. Créeme, eso vende muchísimo. La prensa adora las historias de redención y liderazgo fuerte.

—Fantástico. Siempre soñé con convertirme en un personaje mediático —respondí con ironía.

Sophie soltó una pequeña carcajada, relajando un poco el ambiente.

—No pongas esa cara. Caleb Turner, el analista deportivo, está dispuesto a ayudarnos desde su programa. Tiene mucha influencia y puede empezar a cambiar la percepción pública del equipo. Ya ha mencionado que le interesa nuestra historia.

—Caleb nunca hace nada gratis —comentó Julian con escepticismo —. Eso puede volverse en nuestra contra.

—Ya, pero le interesa la historia —replicó Ethan—. Cree que el Blackridge puede convertirse en el relato deportivo del año si conseguimos remontar. Sería un golpe de efecto para su carrera también.

Yo permanecí callada unos segundos, observando las imágenes de la tablet que Sophie seguía pasando. Fotografías del entrenamiento, del vestuario, del estadio vacío bajo la lluvia. Y demasiadas de Kaia. Había algo profundamente irritante en ella, algo que desordenaba espacios que yo llevaba años manteniendo perfectamente alineados dentro de mi cabeza. Su arrogancia, su forma de desafiarme con una sola mirada, como si no tuviera ningún miedo. Y peor aún… la forma en que mi cuerpo reaccionaba cada vez que se acercaba a mí, o estaba en mi mismo espacio.

Aparté el pensamiento antes de que pudiera crecer y enraizarse dentro de mi pecho.

—De acuerdo —les dije, convencida de la decisión—. Hacedlo. Pero quiero el control absoluto sobre lo que vaya a salir publicado. No podemos permitirnos más errores.

—Lo tendrás —aseguró Sophie con una inclinación de cabeza.

La reunión continuó durante casi una hora más. Hablamos sobre nuevos acuerdos comerciales, posibles patrocinadores deportivos que pudieran alinearse con nuestros valores, mejoras en la experiencia de los partidos para los aficionados y estrategias digitales más agresivas. Ethan propuso crear una línea de contenido centrada en la cercanía de las jugadoras con los aficionados, incluyendo sesiones de firmas y visitas a escuelas para crear una nueva sintonía con las niñas.

Y, aun así, por primera vez desde que llegué al club, percibí algo parecido a una dirección concreta. Que al menos dejábamos de movernos completamente a ciegas, y eso ya suponía un pequeño alivio.

Cuando la reunión terminó, Sophie cerró la tablet y se levantó de la silla, dispuesta a marcharse.

—Deberías tomarte la tarde libre, despejar la cabeza un poco —me sugirió.

Me dedicó una media sonrisa antes de recoger su bolso, y observé cómo se alejaba hacia la puerta.

"Tú eras mi distracción", pensé con una punzada de nostalgia. Y aquello me sorprendió más de lo que debería. Porque era cierto. Sophie siempre había sido sencilla, y cómoda de satisfacer. Nada parecido al caos que era Kaia Bouchard.

El recuerdo apareció sin permiso, junto a la curva insolente de su sonrisa. Cerré los ojos apenas un instante.

"¿Qué estará haciendo al final?", me pregunté. Y odié la facilidad con la que mi mente había ido directamente hacia ella, como atraída por un imán invisible.

Mi teléfono vibró sobre la mesa, sacándome de mis pensamientos. Lo cogí esperando otro problema financiero o un correo urgente. Pero al ver el nombre de Lena en la pantalla, sentí algo parecido al alivio extenderse por mi pecho.

Respondí inmediatamente.

—Espero que esta llamada no implique otro de tus desastres sentimentales.

Mi hermana soltó una carcajada clara y contagiosa al otro lado de la línea.

—Qué forma tan bonita de saludar, hermanita. Al menos podrías fingir que te alegras de oírme.

—Te conozco demasiado bien —respondí, permitiéndome una sonrisa auténtica—. Y sé cómo suelen acabar tus visitas improvisadas.

—Y tú trabajas demasiado —replicó ella con cariño—. Estoy por la ciudad, ¿qué te parece si tomamos algo? Un café, un vino… lo que te apetezca. Necesitas salir de ese despacho antes de que te conviertas en parte del mobiliario.

No pude evitar sonreír de verdad, sintiendo cómo parte de la tensión de la reunión se disipaba al instante.

—Me acabas de salvar la vida.

16

Kaia

El rugido del estadio me golpeó en cuanto regresamos al césped.

No era un rugido de emoción. Era frustración, desgaste e impaciencia. El marcador iluminaba el desastre con una claridad cruel: Blackridge United Women 1 — San Diego Wave 3. La pantalla gigante parecía disfrutar humillándonos, repitiendo una y otra vez los goles visitantes en bucle. Me pasé la mano por la nuca mientras avanzaba hacia nuestra mitad del campo. Sentía la cabeza embotada desde hacía casi veinte minutos, como si alguien estuviera apretándome las sienes desde dentro con fuerza. Cada foco del estadio me resultaba demasiado brillante, y cada grito llegaba con una intensidad molesta que reverberaba en mi cerebro.

Pero no iba a mostrar debilidad. No delante del equipo, no delante de la afición y mucho menos delante de Sloane Whitaker.

Riley se colocó a mi lado mientras esperábamos el pitido de la árbitra. Tenía las mejillas enrojecidas por el esfuerzo y pequeños mechones oscuros pegados al cuello por el sudor.

—Tenemos que cerrar mejor los espacios —le dije, respirando hondo y mirando hacia el banquillo contrario—. Nos están rompiendo a la espalda cada vez que subimos líneas. Están encontrando huecos entre nosotras con demasiada facilidad.

Ella asintió enseguida, escondiendo un par de mechones tras sus orejas.

—Jordan está demasiado adelantada y tenemos que mejorar un poco en las coberturas laterales. Si seguimos así, nos van a hacer otro.

Me mordí el interior de la mejilla hasta notar el sabor metálico.

—Entonces tendremos que correr el doble. No hay otra opción. No vamos a perder en casa de esta manera.

La árbitra señaló el inicio de la segunda parte y el balón volvió a moverse. El infierno también regresó con él. San Diego salió a presionarnos como si oliera a sangre fresca. Sus extremos atacaban constantemente las

bandas con velocidad, y nuestra defensa parecía medio segundo más lenta en cada transición. El estadio entero contenía el aliento cada vez que ellas cruzaban el centro del campo.

Camila salvó el cuarto gol en una parada imposible apenas cinco minutos después de la reanudación. La vi lanzarse abajo con una estirada felina, extendiendo el brazo hasta desviar el balón con la punta de los dedos en el último instante. El público rugió con alivio. Ella se levantó golpeándose el pecho con el puño cerrado.

—¡DESPERTAD DE UNA VEZ! —gritó, y su voz atravesó el campo.

Yo también quería gritar. Porque sentía el cuerpo extraño, pesado, desconectado. Un mareo incómodo empezó a subirme desde el estómago hasta la cabeza cuando retrocedí para ayudar en la presión defensiva. Cerré los ojos apenas un segundo mientras corría, luchando contra las náuseas.

"Dios, ahora no", me recriminé, y seguía delante apretando los dientes.

El balón llegó a Riley, que abrió rápido hacia Natalie. Nuestra lateral avanzó varios metros antes de enviar un centro demasiado pasado y elevado. Salté entre dos defensas, pero apenas rocé la pelota con la frente. Otra ocasión desperdiciada. Otra exhalación frustrada que recorrió la grada como una ola.

Escucharlos empezaba a doler más de lo normal. Porque no estaban enfadados solo con el equipo; estaban enfadados conmigo.

—¡Muévete, Kaia!

—¡Llevas semanas desaparecida!

—¡Deja de vivir a nuestra costa!

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que me dolieron los dientes. Seguí corriendo como si no importara, como si estuviera acostumbrada. Pero no era verdad. Nunca te acostumbras a sentir cómo la gente empieza a cansarse de ti. Y yo llevaba demasiado tiempo siendo la heroína de este estadio como para no notar cuándo el amor comenzaba a agotarse.

La siguiente jugada nació casi por desesperación. Jordan recuperó un balón dividido en el centro del campo con una entrada limpia y Riley aceleró inmediatamente la transición. Corrí hacia el espacio libre entre las centrales mientras sentía el latido golpeándome detrás de los ojos como un martillo.

—¡KAIA! —oí gritar a Riley.

El pase llegó fuerte y tenso. Controlé con el exterior del pie derecho y giré sobre mí misma con rapidez, pero la defensa me cerró el ángulo de disparo. Así que abrí hacia la banda izquierda antes de caer al césped tras un golpe seco en la cadera. El dolor se extendió por todo mi cuerpo como una descarga eléctrica.

La jugada terminó en córner.

Me levanté rápidamente mientras escuchaba el murmullo creciente de las gradas. Riley colocó el balón y yo entré al área arrastrando marcas, posicionándome entre las defensoras. Y entonces llegó el segundo gol.

El centro salió cerrado, violento y perfecto. Yo salté primero y arrastré conmigo a dos defensoras. El balón me rozó apenas el pelo antes de seguir de largo pero, afortunadamente, Natalie apareció desde atrás. Nuestra lateral impactó el balón de volea con el empeine, enviándolo al fondo de la red.

El estadio explotó en un estruendo ensordecedor. Natalie salió corriendo hacia la banda gritando de pura euforia mientras el resto la perseguíamos. Yo la abracé por la cintura apenas unos segundos, sintiendo su corazón latiendo con fuerza contra el mío, antes de girarme automáticamente hacia el palco principal.

Hacia ella.

Sloane estaba de pie, seria, con los brazos cruzados sobre el pecho. Incluso desde la distancia, su presencia imponía. Observaba. Siempre estaba observando. Y nunca parecía feliz. El pecho se me tensó de una forma incómoda, y aparté la mirada enseguida. No podía pensar en sus ojos ni en la tensión que vibraba entre nosotras cada vez que coincidíamos en el mismo espacio.

El partido siguió siendo una batalla física y mental. San Diego comenzó a perder tiempo cada vez que podía, interrumpiendo el ritmo con faltas tácticas y caídas teatrales. Nosotras adelantamos líneas, arriesgamos más y dejamos espacios atrás que ellas intentaron explotar. Aun así, seguimos insistiendo porque perder en casa habría sido insoportable. Porque el Blackridge ya olía demasiado a fracaso últimamente.

El dolor de cabeza empeoró cerca del minuto setenta. El estadio parecía moverse demasiado rápido a mi alrededor y cada carrera me dejaba un leve zumbido en los oídos. Pero continué. No sabía hacer otra cosa.

Y como si el destino estuviera preparando esta jugada a mi favor, llegó el empate. Exactamente como llegan las jugadas desesperadas: desordenadas, rápidas y casi milagrosas.

Jordan interceptó un pase en nuestra frontal con una anticipación brillante y abrió inmediatamente hacia Riley. Riley condujo unos metros con el balón pegado al pie y filtró un pase imposible entre líneas, un balón que pareció deslizarse entre tres jugadoras rivales. Corrí. Todo mi cuerpo gritaba de cansancio, me ardían los músculos y el dolor de cabeza era insoportable, pero corrí con todo lo que me quedaba.

La central rival salió a cerrarme. Justo cuando parecía que iba a rematar, frené en seco, protegí el balón con el cuerpo e hice un movimiento hasta ver la oportunidad. El disparo fue limpio, directo e imparable. La pelota besó la red con un sonido sordo y hermoso.

3-3.

El estadio entero rugió con una fuerza tan brutal que sentí la vibración bajo las botas. Nos amontonamos en un abrazo colectivo, saltando y gritando, y Riley me golpeó la espalda con entusiasmo.

—¡Esa es mi Kaia! —exclamó entre risas jadeantes—. ¡Sabía que lo tenías!

—Sin tu jugada no habría podido hacer nada —respondí, aún con la respiración entrecortada.

Camila se acercó desde la portería y me dio un empujón cariñoso.

—Sigues siendo una jodida crack, aunque a veces te pongas cabezota. Ese control uffff… ha sido extraordinario.

—No cantes victoria todavía —advertí, aunque sonreí—. Aún quedan minutos y estas nos van a seguir presionando.

Natalie, con el rostro enrojecido, intervino mientras regresábamos a posiciones.

—Tenemos que mantener la concentración. No les demos espacios a la espalda. Jordan, quédate más pegada a mí en defensa.

—Entendido —asintió Jordan—. Vamos a por los tres puntos. No nos conformemos con el empate.

Me quedé quieta unos segundos, mirando a la grada, escuchando los aplausos mezclados con las críticas anteriores. Sentía esa mezcla venenosa de orgullo y rabia acumulándose dentro de mí.

—Ahora qué —musité, y estoy segura de que me escucharon.

Caminé lentamente hacia la esquina del córner mientras recuperábamos posiciones, con las manos en la cintura, la respiración agitada y la cabeza alta. Miré directamente hacia la afición con soberbia, con desafío, como si quisiera recordarles que seguía siendo yo quien

sostenía gran parte de este club sobre los hombros. Los abucheos comenzaron enseguida desde algunos sectores. Otros siguieron animando con fervor. Pero ya era tarde. No iba a retroceder. Nunca retrocedía.

El empate se mantuvo hasta el final en un intercambio de ocasiones y defensas heroicas. Cuando la árbitra pitó el final, el cansancio cayó sobre mí de golpe. Me incliné ligeramente hacia delante, apoyando las manos sobre las rodillas mientras intentaba regular la respiración. El estadio aplaudía con más alivio que alegría.

Camila se acercó y me dio un golpe afectuoso en el hombro.

—Buen partido. Nos has salvado varias veces —le dije.

Ella soltó una risa cansada, quitándose los guantes.

—Pues alguien tenía que salvarnos el culo. Aunque, al final hemos podido dar algo la cara.

La tensión seguía flotando alrededor del equipo mientras nos acercábamos al túnel de vestuarios. Algunos aficionados aplaudían con deportividad. Otros seguían protestando y coreando. Y yo seguía sintiendo esa presión desagradable detrás de los ojos, el cansancio acumulado y la adrenalina que aún corría por mis venas.

No tuve tiempo ni de quitarme las espinilleras cuando apareció el jefe de prensa avisándonos de que había periodistas esperando en la zona mixta. Perfecto. Justo lo que necesitaba.

Salí a la zona mixta todavía sudando, con el pelo húmedo pegado a la frente y la camiseta adherida al cuerpo. Las cámaras se encendieron inmediatamente, y los flashes me golpearon la vista como pequeños estallidos de luz.

—Kaia, ¿cómo valoras el empate? —preguntó el primero.

—Kaia, ¿qué está fallando en el equipo? —insistió otro.

—¿Crees que la afición empieza a perder la paciencia contigo? —soltó un tercero.

Esa última pregunta me hizo detenerme en seco. El periodista sostenía el micrófono casi bajo mi barbilla, con expresión ávida. Sonreí. Pero no era una sonrisa agradable. Ni mucho menos.

—La afición tiene derecho a opinar lo que quiera —dije, enfatizando cada palabra—. Aunque algunos parecen olvidar demasiado rápido quién les ha dado alegrías durante años. Hoy hemos luchado hasta el final y hemos sacado un punto que sabe a poco, pero que demuestra el carácter de este equipo.

Varias miradas se encontraron a mi alrededor. El periodista insistió, sin darme tregua.

—¿Te han molestado los comentarios durante el partido? Se te vio descontenta, incluso encarándote con algunos sectores.

Me pasé la lengua por el interior de la mejilla antes de responder

—Si esperan que marque tres goles cada fin de semana para sentirse felices, quizá deberían aprender un poco más de fútbol antes de hablar. Este es un deporte de equipo, no un espectáculo individual. Hoy hemos empatado contra un gran equipo porque hemos creído hasta el final. Eso es lo que importa.

El silencio posterior fue inmediato. Incluso las cámaras parecieron quedarse quietas un segundo.

Y en cuanto vi la expresión del jefe de prensa del club al fondo del pasillo, comprendí que acababa de meterme en un problema enorme.

17

Sloane

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —le recriminé a Kaia.

La puerta acababa de cerrarse detrás de Julian y Derek, y el eco de sus pasos todavía parecía deslizarse por el pasillo del edificio. Las luces de algunas oficinas seguían encendidas, pero la mayoría del personal, junto al equipo, ya se había marchado. Solo quedábamos ella y yo en una sala de reuniones demasiado fría, demasiado blanca y demasiado pequeña para toda la tensión que se acumulaba entre nuestros cuerpos.

Kaia soltó un suspiro cansado y se dejó caer sobre una de las sillas. Tenía el cabello todavía mojado por la ducha pegado a la frente, la camiseta de calle arrugada y el gesto endurecido por algo más profundo que la rabia. Aun así, seguía siendo magnética. Incluso agotada. Incluso con los ojos apagados y el orgullo sosteniéndole la espalda como si fuera una armadura invisible.

—Lo último que necesito es que me recrimines algo que debería ser totalmente normal —respondió ella, sin mirarme—. Yo soy a quien atacan en el campo. Yo soy la que sale a jugarse el tipo cada semana mientras el resto observa desde los palcos.

Caminé de un lado a otro con las manos en la cintura. Sentía el enfado golpeándome el pecho con demasiada fuerza. No era solo por la entrevista. Era por todo: por el caos constante, por la presión de Margot, por los patrocinadores que se retiraban uno tras otro, por los periódicos que esperaban el mínimo fallo para destrozarnos. Y, sobre todo, porque Kaia tenía una capacidad desesperante para desestabilizarme, para hacer que mi pulso se acelerara sin poder ponerle remedio.

Fijé la vista en mis zapatos un instante y negué con la cabeza antes de levantarla hacia ella.

—Estamos intentando dar otra imagen al equipo y vas tú y, a la primera de cambio, lo jode todo —continué, midiendo el tono, aunque la frustración seguía recorriéndome la piel—. No puedes encararte con la

afición, ni mucho menos mandarles a la mierda durante la entrevista. ¿Es que no eres consciente del daño que le puedes hacer al club en este momento?

—¡Sí que lo sé, joder! ¡Pero estoy harta! —Su grito rebotó contra las paredes desnudas.

Después sonrió, aunque no era una sonrisa real. Era una de esas sonrisas tensas que aparecen cuando alguien está demasiado cansado para seguir poniendo excusas. Se pasó una mano por el rostro y exhaló con fuerza.

—Tú no sabes nada de lo que es soportar esta presión, estar así dos años seguidos. Ser la cara del equipo, pero también la que aguanta las críticas más duras. Y no solo en el campo. —Tragó saliva y apartó la mirada un segundo antes de volver a clavármela con intensidad—. ¿Ethan y Julian no te han hablado de cómo me tratan en redes sociales? ¿De la cantidad de veces que he tenido que soportar que me increpen cosas fuera de los estadios? Mensajes, insultos, gente esperándome en el aparcamiento…

No respondí. Porque no, nadie me había contado eso. Y el simple hecho de descubrirlo así hizo que me entraran náuseas y sentir una punzada de culpa totalmente inesperada. Como si frente a mí, tuviera a una mujer expuesta al dolor.

Kaia apretó los labios y asintió lentamente, como si confirmara sus propias sospechas.

—No, claro que no lo sabes. Porque no llevas aquí ni dos días y ya te crees la reina del puto club.

Se levantó de golpe. Agarró la bolsa de deporte y pasó por mi lado, rozándome el brazo. El de su perfume se quedó suspendido en el aire cuando intentó marcharse.

Pero reaccioné antes de pensar y tarde medio segundo en agarrarla del brazo para evitar que se fuera por aquella puerta.

—¿Por qué no me han dicho nada de esto? —pregunté, apretando mis dedos alrededor de su piel.

Ella bajó la mirada al suelo y soltó una risa amarga.

—Porque, a lo mejor te has creído lo contrario, pero no me gusta llamar la atención. Ni mucho menos ir lloriqueando por las esquinas.

Entonces levantó la mirada y clavó sus ojos en mí. Y hubo algo en ese brillo perdido que me dejó sin aire, con un pitido sonando en mis oídos y las ganas de…

—Y para que lo sepas, este equipo es mi vida —añadió sin titubeos—. Y lo será hasta que me retire. Por mucho que Margot Hale esté ofreciéndome como ficha de cambio en sus negociaciones.

Abrí la boca, sorprendida. El corazón me dio un vuelco violento.

—¿Qué?

Pero Kaia soltó mi agarre de un tirón seco.

—Olvídalo.

Se giró hacia la puerta otra vez. La vi alcanzar el pomo y, por un instante, el pánico me recorrió la espalda.

—Espera, no te vayas así —pedí.

Corrí hacia la puerta antes de que pudiera abrirla y eché el pestillo. Kaia se quedó quieta a pocos pasos, de espaldas a mí. La observé respirar. Sus hombros subían y bajaban despacio, como si intentara contener algo mucho más grande que el enfado que ya había visto en sus ojos.

Estaba agotada. Sentía un agotamiento profundo e invisible. El mismo que yo había aprendido a esconder durante años detrás de trajes caros, reuniones interminables y sonrisas perfectamente medidas para el resto de mi familia y la empresa en la que trabajaba.

No sé cómo no me di cuenta antes.

Me acerqué más despacio, con pasos cautelosos.

—Es obvio que aquí pasa algo más grave —murmuré—. En el campo no has estado bien. ¿Qué te ocurre, Kaia?

Ella no respondió. Pero yo conocía esos silencios demasiado bien. Conocía la presión de sentir que decepcionabas a todo el mundo al mismo tiempo. Conocía las expectativas familiares ahogándote el cuello. Conocía el miedo absurdo a dejar de ser suficiente.

Mi padre llevaba años recordándome exactamente eso.

Kaia seguía de espaldas a mí, inmóvil. La sala quedó envuelta en un silencio espeso, roto únicamente por el zumbido lejano de las luces del techo y el murmullo distante del tráfico que había en la calle.

Di un paso más. Luego otro. Hasta quedarme muy cerca, tanto que podía percibir el calor que emanaba de su cuerpo.

—Quiero ayudarte —dije y puse la mano en su hombro.

Ella soltó una risa incrédula y se giró despacio hasta quedar casi pegada a mi cuerpo. Demasiado cerca. Otra vez.

Sus ojos brillaban y el aire entre nosotras se volvió eléctrico.

—¿Ah, sí? —soltó con aspereza—. ¿Y cómo se supone que me vas a ayudar tú, Sloane? ¿Con un discurso motivador? ¿O vas a seguir mirándome como si quisieras besarme y dejarme sin jugar al mismo tiempo?

La pregunta se quedó suspendida entre nosotras. Y por primera vez desde que había llegado al Blackridge United, no tuve una respuesta inmediata. Eso me desesperó. Yo siempre tenía respuestas para todo. Siempre sabía qué decir, cómo reaccionar, cómo mantener el control.

Pero Kaia Bouchard tenía la capacidad de desmontar todas mis certezas con una sola mirada, con la manera en la que se mordía ese maldito labio inferior.

Bajé la vista apenas un segundo hacia ese mismo punto y maldije internamente al notar cómo mi cuerpo reaccionaba antes que mi cabeza. La forma en la que mi pulso se aceleró y tuve que tragar saliva para contener un impulso que, estaba segura, no podría mantener mucho tiempo a raya.

Ella lo notó. Claro que lo notó. Porque sonrió.

Y entonces comprendí algo todavía peor: Kaia estaba igual de afectada que yo. Su respiración se había vuelto más irregular y sus pupilas se dilataron ligeramente.

Eso debería haberme hecho retroceder. Pero solo consiguió lo contrario.

—Podría empezar escuchándote —respondí unos segundos después, haciendo un esfuerzo enorme por retomar la conversación.

Ella arqueó una ceja, desafiante.

—¿Escucharme? Vaya, presidenta… eso sí que sería una novedad.

Ignoré la ironía y mantuve la mirada fija en la suya.

—Quizá, lo que podrías hacer tú… —le dije—, es dejar de atacarme durante cinco minutos y entender que no estoy intentando hundirte. Solo quiero que este club salga adelante.

—Pues lo haces bastante bien —replicó ella con amargura—. Porque no paras de conseguir que me sienta como si fuera el puto problema.

—Porque te empeñas en ir en contra de absolutamente todo lo que propongo.

—Y tú te empeñas en controlar cosas a las que no hace falta ponerle una cadena —contraatacó, dando un pequeño paso que nos acercó aún más —. Incluida a mí.

La frase me atravesó. Porque tenía razón. Kaia pasó la lengua lentamente por su labio inferior antes de apartarse apenas unos centímetros. Lo justo para permitirme respirar otra vez. O intentarlo, porque conseguirlo… bueno… iba a ser muy difícil.

Sobre todo, al ver cómo su cuerpo se marcaba debajo de esa camiseta.

—¿Sabes qué es lo peor? —murmuró—. Que una parte de mí entiende por qué haces todo esto.

Fruncí el ceño.

Ella soltó la bolsa en el suelo y se pasó ambas manos por el cabello húmedo, despeinándolo aún más.

—El club está casi en la ruina —reconoció—. Lo sé. Los resultados son malos. La presión económica existe. Y probablemente tengas a Margot respirándote en la nuca cada cinco minutos. —Soltó una carcajada seca y sin alegría—. Créeme, noto perfectamente cuando alguien quiere convertir todo esto en una empresa antes que en un equipo.

—Porque también es una empresa —me atrevía replicar.

—Sí. Pero para algunas de nosotras esto empezó siendo un sueño.

La forma en que dijo aquello me golpeó con crudeza, porque frente a mí puso un espejo, un espejo en el que me vi a mí, convertida en esa versión de mi padre que tanto había odiado. Kaia bajó la mirada un instante.

—Yo crecí queriendo jugar aquí —continuó—. Este escudo era lo único que importaba cuando tenía dieciséis años y entrenaba bajo la lluvia pensando que algún día podría vivir del fútbol. —Sonrió sin humor—. Y ahora parece que todo el mundo está esperando a que me rinda y me vaya para siempre.

Algo se tensó dolorosamente dentro de mí. Di otro paso y, sin pensarlo, levanté la mano para colocarle un mechón húmedo detrás de la oreja.

—Pues yo no —susurré.

Ella levantó la vista. Nos quedamos mirándonos demasiado tiempo.

Entonces comprendí que aquella mujer llevaba años llevando sobre sus hombros el peso entero del Blackridge United Women. Prácticamente sola. Y nadie parecía haberse detenido a preguntarle cómo estaba realmente. Ni siquiera yo.

Kaia desvió la mirada primero, rompiendo el hechizo.

—Da igual. —Se aclaró la garganta y recuperó parte de esa coraza insolente que tanto me había irritado al principio—. Mañana volveré a

entrenar, marcaré un par de goles y todos seguirán felices.

—No tienes por qué que fingir delante de mí —insistí, dando un paso más cerca.

Ella volvió a reírse. Pero esta vez sonó triste, incluso rota.

—Ese es el problema, Sloane. —Dio un paso hacia la puerta—. Que no tengo ni idea de cómo dejar de hacerlo.

18

Kaia

Antes de que pudiera quitar el pestillo, Sloane ya había puesto una mano en la puerta. Su palma quedó plana contra la madera, justo al lado de mi cabeza, y el calor de su cuerpo se pegó a mi espalda como una promesa que ninguna de las dos podía seguir ignorando. Me quedé inmóvil, con la respiración atrapada en la garganta. El silencio de la sala se volvió tan denso que podía oír los latidos de mi propio corazón golpeando contra las costillas.

No dijo nada. Tampoco yo. Solo existía el peso de su presencia, la forma en que su pecho rozaba mi espalda cada vez que inhalaba. Su otra mano subió lentamente por mi cadera, deslizándose bajo la camiseta. El contacto de sus dedos sobre mi piel caliente me provocó un escalofrío que me recorrió toda la columna. Cerré los ojos. Mi cuerpo, exhausto después del partido, reaccionó con una intensidad que me sorprendió.

Sloane acercó su rostro a mi nuca. Sentí primero su aliento, luego el roce suave de sus labios justo debajo del pelo húmedo. Un beso ligero, casi experimental. Después otro, más firme, acompañado de la presión de sus dientes. Jadeé en silencio cuando su mano ascendió por mi abdomen, explorando mi vientre hasta llegar a mis costillas. Sus dedos eran seguros, posesivos. Como si llevara horas imaginando exactamente cómo tocarme.

—Sloane… —susurré, sin saber si era una advertencia o una súplica.

—Shh —murmuró ella contra mi piel, y su voz me erizó aún más—. No quiero hablar ahora. Solo quiero sentirte.

Me giré entre sus brazos. Nuestras miradas se encontraron apenas un segundo antes de que su boca reclamara la mía. Sus labios eran exigentes, cálidos, y su lengua se abrió paso con una determinación que me hizo gemir contra ella. Mis manos subieron hasta su nuca, enredándose en su cabello, deshaciendo la coleta hasta que los mechones oscuros cayeron libres sobre sus hombros.

Sloane me empujó contra la mesa de reuniones sin separarse de mi boca. El borde de madera se clavó en la parte baja de mi espalda, pero apenas lo noté. Sus manos bajaron hasta mis caderas y me levantaron con facilidad, sentándome sobre la superficie fría. Abrí las piernas de forma instintiva para que ella se colocara entre ellas. Podía sentir el calor que irradiaba entre sus muslos, incluso a través de la ropa.

—Estás empapada —gruñó contra mis labios mientras sus dedos tiraban de la cintura de mi pantalón. Levanté las caderas para ayudarla y, en un movimiento, lo bajó junto con la ropa interior hasta medio muslo. El aire fresco de la sala contrastó con el ardor de mi sexo expuesto.

Sloane se apartó lo justo para mirarme. Sus ojos se habían oscurecido y recorrió mi cuerpo con una lentitud deliberada.

Se arrodilló frente a mí sin decir una palabra. Sus manos separaron mis muslos y luego su boca se presentó caliente y húmeda. El primer lametazo largo y lento sobre mi clítoris hinchado me arrancó un gemido ahogado. Agarré su cabello con fuerza mientras ella exploraba, saboreaba y succionaba con hambre.

—Me… encanta… —jadeé, moviendo las caderas contra ella.

El ritmo era implacable y yo sentía su saliva mezclándose con mi excitación, resbalando por mis muslos.

El orgasmo me golpeó poco después. Todo mi cuerpo se tensó mientras olas intensas de placer me recorrían desde el centro hasta las puntas de los pies. Mis piernas temblaron violentamente. Pero Sloane no se detuvo, siguió lamiéndome, prolongando cada contracción hasta que me convertí en un manojo de temblores, sensible y jadeante.

Cuando se levantó, tenía los labios brillantes y la respiración tan agitada como la mía. La atraje hacia mí y la besé, probándome en su lengua. Mis manos buscaron los botones de su blusa blanca. Los abrí con dedos torpes por la impaciencia, revelando un sujetador de encaje negro que contrastaba con su piel pálida. Lo bajé sin paciencia y mis labios envolvieron uno de sus pezones erectos. Lo succioné con fuerza, mordisqueándolo y tirando de él mientras mi mano se colaba bajo su ropa.

Encontré sus bragas completamente empapadas. Deslicé los dedos por debajo de la tela y gemí contra su pecho al notar lo resbaladiza y caliente que estaba.

—Dios… estás empapada —susurré, introduciendo dos dedos en ella de golpe.

Sloane soltó un suspiro entrecortado y profundo cuando empecé a moverlos con un ritmo constante, mientras mi pulgar presionaba su clítoris hinchado en círculos. Su frente cayó sobre mi hombro. Sentía su aliento caliente contra mi cuello, y sus caderas moviéndose contra mi mano buscando más fricción.

—Más fuerte, Kaia —pidió, casi desesperada—. Fóllame más fuerte.

Aceleré el movimiento, curvando los dedos dentro de ella. Sus paredes internas se apretaban alrededor de mí con fuerza. La sostuve con el brazo libre alrededor de su cintura mientras sus piernas empezaban a temblar. Cuando se corrió, lo hizo casi en silencio, con la boca abierta contra mi piel y todo el cuerpo sacudido. Sus músculos internos palpitaron alrededor de mis dedos durante largos segundos. Me quedé dentro de ella hasta que el último temblor desapareció, besando su cuello con devoción.

Pero no fue suficiente. Para ninguna de las dos.

Me bajé, la giré y la incliné sobre la mesa. Después dejé a la vista su culo perfecto y la línea húmeda que bajaba por el interior de sus muslos. Me arrodillé detrás de ella y separé sus piernas. Mi lengua recorrió su sexo desde atrás, saboreando su excitación. Sloane se arqueó, y se agachó empujando contra mi boca con desesperación. La devoré con hambre: lamí, succioné y la penetré con la lengua mientras mis dedos volvían a encontrar su clítoris, frotándolo en círculos rápidos.

—Kaia… joder… —gimió, aferrándose al borde de la mesa con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos—. Me vas a matar…

La sentí acercarse de nuevo. Esta vez, cuando el orgasmo la atravesó, un gemido bajo y ronco escapó de su garganta. Sus caderas se movieron contra mi rostro en espasmos descontrolados, inundándome con su placer.

Me levanté, girándola de nuevo hacia mí y nos besamos. Mis manos recorrieron su espalda desnuda, bajando hasta sus nalgas, apretándolas con fuerza. Las suyas se colaron entre mis piernas otra vez, acariciándome con suavidad y luego con más intensidad.

No tardamos mucho en dejarnos llevar por el placer y acabar en el suelo.

La chaqueta de Sloane quedó extendida bajo nosotras como una manta improvisada. Me coloqué encima de ella y empecé a frotarme contra su muslo mientras mis dedos volvían a penetrarla. El ritmo era lento pero constante. Sentía su humedad extendiéndose por mi piel, el roce perfecto de mi clítoris contra su piel cada vez que me movía.

—Quiero correrme contigo —susurré contra su boca, mordiendo su labio inferior—. Mírame.

El placer se fue acumulando de nuevo, más lento e intenso. Nuestras respiraciones se mezclaban. Sus manos apretaban mis nalgas, guiándome contra ella con urgencia. Mis dedos entraban y salían de su sexo empapado, sincronizados con el movimiento de mis caderas. Cuando el segundo orgasmo me recorrió, apreté la frente contra su cuello y mordí suavemente su hombro para ahogar el sonido. Sloane me siguió poco después, contrayéndose alrededor de mis dedos mientras sus uñas se clavaban en mi espalda.

Nos quedamos allí, exhaustas, con los cuerpos enredados y temblorosos. Mi cabeza descansaba sobre su pecho, escuchando los latidos acelerados de su corazón que poco a poco volvían a la normalidad. Sus dedos acariciaban mi espalda con lentitud, trazando líneas invisibles sobre mi piel húmeda. Ninguna de las dos habló durante un largo rato. Porque no hizo falta para dejar claro qué es lo que sentíamos.

Fuera, el estadio seguía oscuro y vacío. Dentro de aquella sala, por unos minutos, solo existimos nosotras. Dos mujeres que se suponía que no debían tocarse, pero que ya no podían evitarlo.

19

Kaia

Las consecuencias por mis declaraciones frente a los periodistas llegaron apenas unas horas después del partido.

Primero fueron los titulares. Luego los programas deportivos debatiendo si yo había perdido el respeto por la afición. Después llegaron las redes sociales llenas de opiniones, vídeos recortados y cuentas exigiendo incluso que me quitaran el brazalete de capitana. Durante días enteros hubo periodistas esperando a la salida de los entrenamientos del Blackridge United, intentando conseguir otra reacción impulsiva por mi parte.

Y lo peor era que una parte de mí entendía perfectamente el motivo. Había metido la pata a niveles monumentales. Por eso el viaje para enfrentarnos al Orlando Pride, lo sentí como una última oportunidad para arreglar las cosas y volver al sendero correcto, a esa sensación en la que me sentía feliz cuando salía al campo, y no completamente… exhausta.

El autobús que nos llevó desde el aeropuerto se detuvo frente al hotel de concentración ya entrada la tarde. Bajé con la mochila colgada al hombro, las gafas de sol ocultándome parte del rostro y el móvil todavía vibrando en el bolsillo de la sudadera. Llevaba toda la semana evitando hablar con la gente. Apenas había hablado con Mila ni con los chicos. Ni siquiera había tenido ganas de salir a caminar por la ciudad o visitar a nuestros padres, algo que normalmente me ayudaba a respirar cuando la cabeza se me llenaba de ruido. Pero aquella semana el ruido venía conmigo a todas partes.

Saqué el teléfono mientras caminábamos hacia recepción y vi que tenía tres mensajes por responder. El primero de Mila decía: “Kaia, ¿estás bien? Mamá no deja de preguntarme, y ya no tengo idea de qué más decirle”. Cinco minutos después había escrito: “Vale, ya sé que odias hablar cuando estás enfadada, pero al menos dime que sigues viva”. Y el último, enviado apenas una hora antes: “Si esa presidenta te está volviendo loca, juro que voy allí mismo a secuestrarte”.

—Si tú supieras… —apenas susurré.

Solté el aire por la nariz sin poder evitar esbozar una sonrisa cansada. Y después, guardé el móvil y seguí avanzando.

—Has estado muy callada durante el viaje —me dijo Riley entrando conmigo al hotel para recoger las llaves de nuestras habitaciones.

El enorme vestíbulo tenía un delicioso aroma a flores recién colocadas. Varias lámparas colgaban del techo con una luz cálida que contrastaba con el agotamiento que todas arrastrábamos. Me tomé un momento para observar el entorno antes de responder.

—Quería estar concentrada, no me gustaría que las cosas empeoren más de lo que ya he provocado —declaré mientras firmaba unos documentos en el mostrador.

Camila, que acababa de acercarse arrastrando la maleta, me dio un pequeño golpe con el hombro.

—A tu favor diré que yo también habría saltado. Es normal que estés harta después de todo lo que han dicho de ti. Esos periodistas parecen buitres que solo quieren sacar carroña. Y al final, el equipo está así por culpa de todas.

—Sí… supongo que sí —respondí con un suspiro.

Pero no era solo eso. No era únicamente la presión de la prensa, ni las críticas, ni siquiera el miedo a decepcionar al equipo. Era Sloane. O, más concretamente, todo lo que había pasado entre nosotras desde que entró como presidenta en el club. Y más… después de habernos follado dos veces, llevadas por el impulso, o vete tú a saber por qué. La realidad era que ya no podía verla únicamente como la presidenta insoportable que había llegado para revolucionar al equipo. Ahora conocía la forma en que respiraba cuando perdía el control, la manera en que sus dedos se aferraban a mi cintura, desmintiendo su fachada de “aquí mando yo”. Y eso era un problema enorme, porque me hacía desearla incluso cuando intentaba odiarla.

“Si es que en algún momento la he odiado”, me dije.

Levanté la vista justo cuando Sloane cruzaba el vestíbulo hablando por teléfono. Llevaba un pantalón oscuro ajustado que marcaba sus piernas, una blusa crema ligeramente abierta en el cuello y el cabello recogido en una coleta baja que dejaba escapar algunos mechones alrededor de su rostro. Caminaba deprisa, concentrada, mientras escuchaba a la persona al

otro lado de la llamada. Incluso agotada seguía pareciéndome sexy, tan atrayente que no pude evitar que la boca se me secara.

Pasó junto a nosotras sin detenerse, aunque noté cómo su mirada se desviaba apenas un segundo hacia mí antes de saludar a Ethan y Sophie. Después desapareció dentro del ascensor. Y yo sentí algo parecido a la culpa clavándoseme debajo de las costillas, porque sabía perfectamente que estaba complicándoles el trabajo: toda la campaña de imagen, los patrocinadores, las entrevistas, la reconstrucción del club. Todo.

—Soy un puto desastre —murmuré para mí.

Riley me observó de reojo con preocupación, y después se giró para apoyar su mano en mi hombro.

—Deja de castigarte tanto, Kaia. Todos cometemos errores. Lo importante es ver cómo los afrontaremos.

—¿Vamos al gimnasio juntas? —añadió Camila, intentando cambiar de tema.

Negué despacio, sintiendo el peso de la fatiga en los hombros.

—No. Necesito despejarme sola un rato. Correr un poco y aclarar la mente.

Ella me estudió unos segundos, como si intentara decidir si insistir o no. Finalmente suspiró.

—Vale. Pero no desaparezcas. Y si necesitas hablar, ya sabes dónde estoy. No se te ocurra encerrarte en ti misma, que nos conocemos.

Subí a mi habitación con la sensación de llevar toneladas a cuestas. El silencio del cuarto me recibió de inmediato. Dejé la mochila en el suelo, la maleta a un lado, y me senté un instante al borde de la cama, frotándome el rostro con ambas manos. Me dolía la cabeza. La ansiedad seguía golpeando dentro de mi pecho, cortándome en varias ocasiones la respiración. Y lo peor era que ya no sabía distinguir cuánto de todo aquello tenía que ver con el fútbol y cuánto con Sloane Whitaker.

Abrí la maleta y me cambié rápidamente, poniéndome un chándal y una camiseta deportiva holgada. Necesitaba moverme, correr, hacer algo que silenciara mis pensamientos, aunque fuera durante media hora. Pero cuando abrí la puerta de la habitación y salí al pasillo, me encontré con ella.

Sloane estaba apoyada contra la pared, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás mientras terminaba una llamada.

—Sí, yo también estoy deseando que las veas jugar —dijo, dándose una pausa antes de sonreír apenas—. Descansa, Lena.

Colgó justo cuando yo me acercaba, y el corazón me dio un vuelco al ver cómo, poco a poco, el espacio entre nosotras se acortaba.

—Dime que no tienes más problemas por mi culpa —comenté, deteniéndome a una distancia prudente pero insuficiente.

Ella bajó el teléfono y negó con la cabeza.

—No. En realidad, estaba hablando con mi hermana. Le han dado un par de días libres y aunque nos vimos en la ciudad, quiere venir a ver el partido —explicó. Sus labios se curvaron en una sonrisa—. Quiere darme su apoyo. Dice que ya es hora de que alguien de la familia vea en persona lo que estoy intentando construir aquí.

Fruncí el ceño sin poder evitarlo. Y en este momento me di cuenta de algo absurdo: no sabía prácticamente nada de su vida fuera del club. No sabía cómo era su familia, ni qué música escuchaba en los momentos de soledad, ni cómo sonaba su risa cuando no estaba preocupada por el trabajo. Nada. Y, sin embargo, sí conocía el sabor de sus besos.

—Pues ya me la presentarás —dije con sinceridad.

—De hecho, quiere que le firmes una camiseta —añadió ella, y eso me arrancó una sonrisa por primera vez en días.

—¿En serio? —pregunté, sorprendida y halagada.

—Te sorprendería la cantidad de gente que te adora, aunque tú estés empeñada en discutir con medio planeta —respondió y me guiñó un ojo con diversión.

Solté una carcajada, y de repente, noté que el sonido alivió un poco la tensión en mi pecho.

Sloane se acercó un poco más y se cruzó de brazos. La conocía lo suficiente para entender lo que estaba haciendo: contenerse, evitar tocarme. Y eso solo empeoró las cosas, porque sentí la necesidad de hacerlo yo. Quería rozarle la mano, deslizar los dedos por su cintura, recorrer su cuello con los labios. Quería volver a besarla hasta olvidarme de todo lo demás, hasta que el mundo exterior desapareciera.

—Mi padre está intentando ponerme a prueba —confesó ella después de unos segundos, bajando la voz como si compartiera un secreto que no quería dar a conocer a nadie más—. Cree que haber dado este paso es un error, que voy a llevarme a la ruina.

La observé sin decir nada. Por debajo de aquella imagen perfecta, Sloane también estaba agotada. Solo que ella lo escondía muchísimo mejor que yo, aunque en ese momento sus ojos revelaran las grietas.

—Y tú quieres dejarle claro que se equivoca, ¿no? —pregunté, acercándome un paso más.

—Me gustaría, sí —admitió. Bajó la mirada apenas un instante antes de volver a clavármela con intensidad—. Pero más que eso, me gustaría pensar que he hecho algo por la ciudad, por el equipo, incluso por la comunidad. No quiero ser solo otra ejecutiva que pasa por aquí. Quiero que este club importe de verdad.

Hubo algo en sus ojos cuando dijo aquello: una honestidad tan limpia que me dejó sin defensas. Porque yo llevaba desde su llegada empeñada en verla como una enemiga, y, sin embargo, ahí estaba, intentando salvar un club que se hundía mientras soportaba la presión de su familia, de Margot y de toda la prensa deportiva. Tragué saliva lentamente.

—Procuraré darte esta victoria… y también mejorar mi imagen con los fans —prometí antes siquiera de pensarlo.

Ella me observó como si la hubiera sorprendido de verdad.

—Kaia… no tienes que cargar con esa responsabilidad sola. Estamos en esto juntas, aunque a veces parezca lo contrario.

Me mordí el labio inferior y di un paso más hacia ella. El perfume que llevaba me golpeó de lleno, despertando cada uno de los recuerdos que tenía de su piel, pegada contra la mía. El calor se expandió peligrosamente entre mis piernas.

—Quizá podamos sacar un rato para vernos —murmuré—. Lejos de miradas y de presiones. Solo nosotras.

Sus ojos descendieron un segundo hacia mi boca, y sentí cómo mi pulso se aceleraba y cómo ella también contenía la respiración.

—Sabes que eso complicaría aún más las cosas —susurró Sloane, aunque su cuerpo se inclinó ligeramente hacia mí, traicionando sus palabras —. Pero no puedo dejar de pensar en ello. En ti.

Antes de que pudiera responder, una voz rompió el momento desde el otro extremo del pasillo.

—¡Eh! ¿Al final vas al gimnasio o a correr tú sola?

Me separé de golpe, con el corazón latiéndome con fuerza. Riley estaba allí, apoyada junto al ascensor, mirándome con expresión confundida.

—No. Mejor voy con vosotras —respondí rápido, intentando recuperar la compostura.

Volví a mirar a Sloane, sus ojos seguían cargados de esa tensión que solo aparecía cuando estábamos solas, una imagen que me resultaba irresistible.

—Luego nos vemos —le dije.

Sloane devolvió el gesto con una inclinación de cabeza.

Y yo me alejé por el pasillo intentando ignorar el modo en que mi corazón seguía acelerado después de dejarla atrás.

20

Sloane

—Ahora entiendo tu confusión. Esa chica es guapísima —susurró Lena en mi oído.

Le di un codazo inmediato sin apartar la vista del campo y la fulminé con la mirada.

—¿Te puedes callar? Que estamos rodeadas de gente —le espeté en voz baja, sintiendo cómo el calor subía por mi cuello.

Mi hermana soltó una carcajada divertida y se acomodó mejor en el asiento del palco, cruzando las piernas con esa tranquilidad irritante que siempre había tenido. Lena poseía el don de decir exactamente lo que nadie quería escuchar, y lo peor era que solía acertar con una precisión desconcertante. Su presencia a mi lado debería haberme calmado; sin embargo, solo conseguía remover el avispero, los sentimientos que intentaba mantener bajo control.

—Y para que lo sepas, no estoy confundida. Ella y yo solo… —empecé, aunque las palabras se me atascaron antes de terminar la frase.

—¿Solo…? —repitió Lena, levantando una ceja con evidente diversión.

La muy traidora comenzó a reírse todavía más fuerte, obligándome a tensar la mandíbula y a mirar alrededor para asegurarme de que nadie prestaba atención. El palco del Inter&Co Stadium ofrecía cierta privacidad, pero no quería jugármela, porque incluso el viento podría ser traicionero.

—Lo gracioso es cómo han cambiado las cosas —continuó ella, sin perder la sonrisa—. Cuando llegaste, Kaia te sacaba de quicio. Recuerdo cada uno tus mensajes: “Esta mujer es imposible. Me va a volver loca”.

—Y sigue haciéndolo —respondí con un suspiro—. Es muy impulsiva y no sabe mantener la boca cerrada. Cada vez que habla con la prensa, siento pánico.

—Yo creo que esa impulsividad poder muy placentero en otras circunstancias… —replicó ella con un tono sugerente que me hizo girar la

cabeza lentamente.

—Como no te calles ahora mismo, te largas del palco —advertí. Las dos sabíamos que no lo decía en serio.

Lena levantó ambas manos en señal de rendición, aunque la sonrisa burlona permaneció instalada en su boca. Se inclinó un poco más hacia mí y apoyó la barbilla en una mano, observándome con cariño.

—Relájate. Solo digo lo que veo. Y lo que veo es que no puedes quitarle los ojos de encima. Ni siquiera ahora, mientras calientan.

Abajo, sobre el césped impecable, las jugadoras del Blackridge United comenzaron a salir para el calentamiento previo al partido. El murmullo del estadio aumentó poco a poco mientras la música resonaba por los altavoces y las cámaras de televisión empezaban a enfocar los primeros movimientos. El ambiente vibraba con esa energía especial que precede a los encuentros importantes, pero yo apenas lograba concentrarme en el conjunto.

Debería haber estado observando al equipo entero: a Riley organizando los movimientos en el centro del campo, a Camila practicando los reflejos bajo palos, a Derek repasando los esquemas tácticos junto al cuerpo técnico… Sin embargo, mi mirada encontró a Kaia casi al instante, como siempre ocurría últimamente.

Llevaba el chándal negro de entrenamiento ligeramente abierto en el cuello, dejando entrever la piel de su clavícula, y el cabello recogido en una coleta alta que se balanceaba con cada carrera corta. El foco parecía perseguirla incluso cuando ella no hacía nada para reclamar atención. Maldita fuera. Porque me resultaba imposible apartar los ojos de ella.

Al final, desde la conversación en el pasillo del hotel, no pudimos coincidir por culpa del trabajo. Una de las primeras normas que instauré al llegar al Blackridge United Women fue adelantar los viajes para los partidos fuera de casa. Quería mantener al equipo concentrado, entrenar en instalaciones ajenas, habituarse al campo rival y eliminar distracciones innecesarias. La ironía era que ahora la principal distracción llevaba botas de fútbol y el dorsal número nueve a su espalda.

Me crucé de brazos intentando mantener la compostura mientras Kaia controlaba un balón en carrera y remataba a portería con una facilidad insultante. Cada gesto suyo irradiaba fuerza y determinación. Me pregunté si ella también recordaría mis labios contra los suyos cada vez que nuestros ojos se cruzaban.

—Lo vuelvo a repetir, no me extraña que hayas caído en sus encantos —murmuró Lena señalándola discretamente con la cabeza—. Es toda una mujer.

No respondí. Porque lo peor era que mi hermana tenía razón. No sabía exactamente en qué momento Kaia había dejado de ser únicamente un problema para convertirse en algo mucho más peligroso. Algo que se colaba en mis pensamientos cuando intentaba trabajar. Algo que aparecía en mitad de reuniones importantes. Algo que me hacía perder el control de mí misma con una facilidad aterradora. Deseaba su cercanía tanto como temía las consecuencias para el club y para nosotras.

—Sloane, ¿tienes un momento? —La voz de Sophie me sacó de mis cavilaciones y me hizo girarme de inmediato.

Por un segundo se me heló la sangre, esperando absurdamente que no hubiera escuchado parte de la conversación con Lena. Pero al final, me recompuse con rapidez, adoptando la expresión profesional que tan bien dominaba.

—Claro —respondí, alisándome la chaqueta del traje.

Lena me dedicó una sonrisa llena de malicia antes de hacer un gesto con la mano, como si me despidiera hacia una ejecución. La ignoré y seguí a Sophie hasta una zona algo más apartada. Ethan estaba al fondo, hablando con un productor deportivo mientras revisaba su teléfono con el ceño fruncido.

Sophie tenía varias carpetas bajo el brazo y la tablet encendida cuando se giró hacia mí.

—Caleb ya tiene todo listo para el programa —me informó mientras desbloqueaba la pantalla—. De hecho, me ha comentado que, si las cosas van bien hoy, podrían entrevistar a Kaia en los próximos días. Para que dé su punto de vista. ¿Qué te parece?

Mi primera reacción fue de cautela.

—Peligroso —admití con franqueza—. Kaia sigue siendo imprevisible frente a la prensa. Después de las declaraciones de la semana pasada, cualquier paso en falso podría explotarnos en la cara. Pero también sé que esconderla no solucionaría nada. Y, sobre todo, conozco el impacto que tiene sobre la gente. Por mucho que intentemos negarlo, o dar el foco a otra persona, es el alma de este equipo.

Sophie asintió con comprensión.

—Claro. No haremos nada que no quiera. Esta mañana se lo he comentado y parecía más… receptiva.

Sophie carraspeó antes de acercarme la tablet.

—Además, quiero enseñarte algo. Es el borrador del reportaje que Ethan y yo hemos preparado para relanzar la imagen del club.

Bajé la vista hacia la pantalla. Las primeras imágenes mostraban planos del estadio vacío al amanecer, con la voz en off de Caleb narrando la caída progresiva del Blackridge United durante las últimas temporadas. Después aparecían escenas de los entrenamientos actuales, las nuevas dinámicas, el trabajo físico intenso y los cambios internos que habíamos impulsado. Pero lo que realmente capturaba la atención era el enfoque sobre las jugadoras, no solo sobre Kaia.

Riley aparecía hablando sobre liderazgo mientras organizaba ejercicios. Camila se lanzaba una y otra vez sobre el césped mojado en sesiones extras. Tonya reía durante una sesión fotográfica, transmitiendo esa camaradería que tanto necesitábamos reconstruir.

Y entonces apareció Kaia. El vídeo cambió completamente de ritmo. La cámara la seguía mientras entrenaba bajo la lluvia, con el balón pegado a los pies y esa expresión feroz que parecía desafiar constantemente al mundo entero. Después había fragmentos de entrevistas antiguas, goles decisivos, celebraciones frente a la afición y niñas pequeñas esperando autógrafos con camisetas del club. Finalmente, una frase cerraba el montaje provisional: **“A veces los equipos sobreviven gracias a las estrellas. Pero las leyendas nacen cuando esas estrellas aprenden a dejar de luchar solas”.**

Sentí algo extraño apretándome el pecho. Entendía exactamente lo que intentaban transmitir. El Blackridge no podía seguir dependiendo únicamente de Kaia Bouchard, pero tampoco podía construirse ignorando lo que ella significaba para el club y para la ciudad.

—¿Qué opinas? —preguntó Sophie, observándome atentamente.

Deslicé el dedo por la pantalla, revisando otra secuencia. Kaia durante la sesión de fotos, con el cabello húmedo y una sonrisa que rara vez mostraba en público. Kaia entrenando. Kaia sonriendo sin darse cuenta mientras Riley le decía algo fuera de cámara. Había cierta vulnerabilidad escondida en esas imágenes que casi nadie veía cuando ella se plantaba desafiante frente a periodistas o aficionados. Y quizá precisamente por eso funcionaba tan bien.

—Va a llamar la atención, sin duda —respondí—. Tiene fuerza emocional, y estamos dejando el esfuerzo que dedican a este equipo, no solo los resultados. Buen trabajo, Sophie.

Ella sonrió satisfecha y recogió la tablet.

—Esa es la idea. Queremos que la gente vea el alma detrás del escudo. Y tú también formas parte de esa historia, Sloane. No lo olvides.

Le devolví la tablet mientras volvía a mirar hacia el césped. Las jugadoras empezaban a salir otra vez para prepararse antes del himno inicial. Kaia apareció la última. Caminaba desde el túnel ajustándose la cinta de la muñeca izquierda mientras hablaba con Riley. De pronto giró la cabeza y levantó la vista hacia la grada. Hacia mí. Fue apenas un segundo, un cruce mínimo de miradas, pero bastó para que el recuerdo de sus labios contra los míos me golpeara de lleno. El pulso se me aceleró y un calor traicionero se extendió por mi vientre, aunque enseguida aparté la vista antes de que alguien pudiera notar nada.

—Por cierto —comentó Sophie de repente, apoyándose contra la barandilla—, Caleb cree que el público va a conectar especialmente contigo.

Fruncí el ceño, sorprendida.

—¿Conmigo?

—Sí —confirmó con una sonrisa—. La presidenta fría que llega a salvar un club hundido mientras intenta sobrevivir a la presión familiar y económica tiene bastante potencial mediático. Muestras que no solo vale el dinero, y eso… genera empatía.

Solté una risa.

—Yo creo que me expondría demasiado.

—Puede ser… —reconoció Sophie con sinceridad—. Pero creo que también es necesario. No puedes seguir escondiéndote detrás de trajes perfectos y decisiones sobre el papel. La gente quiere ver a la mujer que hay detrás de la nueva presidencia del equipo.

Por primera vez en mucho tiempo no supe qué responder. El estadio rugió de pronto cuando ambos equipos terminaron de colocarse sobre el césped. La iluminación aumentó y las cámaras comenzaron a girar. Y mientras los focos se encendían sobre el Blackridge United, me di cuenta de que sentía esperanza. Una esperanza que, inevitablemente, se mezclaba con el miedo constante de perderlo todo. Incluyéndola a Kaia.

—Está bien. Dile que lo haré.

21

Kaia.

Faltaban cuatro minutos para que terminara el tiempo añadido y yo seguía de pie frente al asiento del palco, incapaz de sentarme ni un solo segundo. El marcador iluminaba la noche con un 1-2 que parecía demasiado frágil para ser real, sobre todo, enfrentándonos a un equipo tan grande como las Orlando Pride. Sentía el corazón golpeándome el pecho, como si cada segundo del cronómetro estuviera decidido a pasar más lento de lo normal; poniendo una soga invisible alrededor de mi cuello.

Lena me agarró del brazo y me zarandeó con una sonrisa enorme, completamente ajena al infierno que estaba sintiendo.

—Vais a ganar, ya lo verás —afirmó poniendo voz chillona.

Solté una exhalación y negué con la cabeza sin apartar la mirada del campo.

—No estaría tan segura —respondí.

El estadio rugía bajo nuestros pies. El equipo local había adelantado líneas y el ambiente estaba cargado de agresividad. Las entradas llegaban tarde, los empujones eran constantes y la árbitra empezaba a perder el control del partido. Incluso desde el palco podía percibir la tensión vibrando en el césped, ese tipo de electricidad que antecedía a las peores decisiones; una ansiedad colectiva que empezaba a respirarse en los minutos finales de un encuentro que podría ser decisivo.

O lo suficientemente importante como para darnos un soplo de aire fresco.

Kaia estaba agotada. Podía verlo en su forma de correr. En cómo se llevaba una mano al muslo cada vez que frenaba. En la respiración pesada y aceleraba que movía su pecho bajo la camiseta negra del Blackridge. Y aun así seguía presionando a las rivales, peleando cada balón como si tuviera algo personal que demostrarle al mundo. O a sí misma. Quizás fueran las dos. Observarla me producía una mezcla dolorosa de admiración y preocupación que no conseguía apartar de mi mente.

La observé interceptar un pase en mitad del campo y arrancar hacia adelante con determinación. Riley se desmarcó por la izquierda, y levantó el brazo pidiéndole el balón. Durante un segundo pensé que lo conseguirían. Que por fin tendríamos un maldito respiro en aquella temporada que parecía empeñada en ponernos a prueba una y otra vez.

Pero entonces, la defensa rival apareció desde el costado y golpeó las piernas de Kaia con una violencia que hizo que medio estadio contuviera el aire. Kaia cayó al césped rodando sobre sí misma mientras el balón salía despedido hacia la banda. El impacto fue tan duro, que hasta pude sentirlo en mi pecho, como si me hubiera alcanzado a mí.

Di un paso adelante de forma automática, con el pulso acelerado.

—Joder… —susurré entre dientes.

Kaia se levantó casi al instante, furiosa. Tenía el pelo pegado a la frente por el sudor y los ojos encendidos por culpa del enfado. La jugadora rival sonrió con soberbia mientras se alejaba, pero Kaia fue detrás de ella sin pensárselo dos veces.

—¿Qué coño te pasa? —le gritó—. ¡Pedazo de imbécil!

La otra futbolista respondió algo que no alcancé a escuchar, aunque bastó para que Kaia perdiera completamente los nervios. La empujó con fuerza cerca del cuello, un golpe lleno de frustración, de cansancio, de semanas enteras llevando demasiada presión sobre los hombros. La rival cayó al suelo, y cuando se levantó a por Kaia varias jugadoras corrieron a separarlas, creando un corrillo de camisetas y gritos.

La árbitra no dudó ni medio segundo en cortar el asunto por lo sano. La jugadora rival recibió la tarjeta roja y el estadio explotó en una mezcla de abucheos y gritos de incredulidad, justo antes de que se la enseñara también a Kaia.

Me quedé inmóvil viendo cómo Kaia abría los brazos, incrédula, mientras discutía todavía con la árbitra. Su mandíbula estaba tensa y las venas del cuello se marcaban bajo su piel. En ese momento, deseé bajar al campo y apartarla yo misma del follón, aunque sabía que era imposible. Que mi posición me obligaba a permanecer como una observadora más, sin siquiera inmutarme.

—No me jodas —murmuré, cerrando los puños a los costados.

Sentí la mirada de Julian sobre mí antes incluso de girarme. Estaba sentado a mi derecha, observándome con una expresión prudente. No hacía falta que hablara para saber perfectamente lo que estaba pensando. Quería

que me comportara, que no me pusiera a la altura de Kaia y controlase la imagen del equipo. Tragué saliva y me obligué a relajar los hombros mientras Kaia abandonaba el campo. Se quitó la cinta que llevaba atada en la muñeca izquierda y la lanzó contra el césped antes de desaparecer por el túnel de vestuarios sin mirar atrás. Su silueta se recortó un instante bajo las luces antes de que las sombras la engulleran.

Lena soltó un silbido bajo, cruzándose de brazos.

—Está claro que es mujer de armas tomar —comentó, intentando bromear con la siguación.

Yo seguía mirando el túnel vacío, como si pudiera traerla de vuelta con la fuerza de mi mirada.

—También está claro que no sabe controlar su maldito temperamento —repliqué, aunque en mi interior una parte de mí comprendía demasiado la rabia que Kaia sentía.

Sophie, que había estado revisando estadísticas en la tablet durante buena parte del encuentro, levantó la vista inmediatamente y se apartó un mechón de pelo con un gesto nervioso.

—Vamos a tener que darle más jugo a ese artículo —comentó, mordiéndose el labio inferior—. Esto va a generar titulares, y no precisamente de los que nos convienen.

Ethan ya estaba tecleando algo en el teléfono con rapidez.

—Las redes van a explotar en diez minutos. Ya hay clips circulando —añadió, sin levantar la mirada de la pantalla.

Cerré los ojos un instante, intentando respirar con calma. Perfecto. Justo lo que necesitábamos. Otra polémica más provocada por Kaia Bouchard. Otra razón para que los patrocinadores siguieran dudando de nosotros y de la estabilidad del proyecto. Estaba segura de que Margot no tardaría en hacerse notar.

—Esto no puede seguir así.

Lena se apoyó contra el respaldo del asiento y cruzó las piernas con elegancia.

—En su defensa, diré que se han pasado de la raya con las entradas. Ha sido un partido físico desde el minuto uno —argumentó, encogiéndose de hombros.

—Eso no importa —respondí. Estaba cabreada. Muy cabreada—. Kaia es la capitana, y tiene una carrera brillante. No puede reaccionar así cada vez que pierde el control.

Pero mientras lo decía, otra parte de mí seguía viendo la caída. La forma en que Kaia había intentado levantarse inmediatamente, impulsada únicamente por orgullo y por esa fuerza interior que tanto me atraía. Me llevé las manos a la cabeza, presionando las sienes.

"¿Qué coño le pasa?", pensé.

Los últimos minutos fueron una tortura lenta y asfixiante. El equipo rival volcó toda la presión arriba, lanzando centros constantes al área. Camila salvó un disparo imposible desviándolo con la punta de los dedos y Riley terminó prácticamente jugando como una tercera central para cerrar espacios, con el rostro congestionado por el esfuerzo. Cada balón dividido me hacía contener la respiración.

Cuando la árbitra pitó el final, sentí cómo el aire abandonaba por fin mis pulmones. Habíamos ganado. Tres malditos puntos que necesitábamos desesperadamente. El estadio seguía rugiendo mientras las jugadoras del Blackridge se abrazaban en el campo. Algunas levantaban los brazos hacia la grada visitante; otras simplemente se dejaban caer agotadas sobre el césped húmedo, exhaustas pero victoriosas.

Yo apenas pude disfrutarlo. Porque mi cabeza seguía atrapada en la imagen de Kaia desapareciendo por el túnel, en la rabia contenida de sus ojos y en esa soledad que parecía acompañarla incluso entre sus compañeras.

Bajé al vestuario después de atender brevemente a un par de directivos locales que querían felicitarme. Escuché las voces antes incluso de llegar a la puerta: risas liberadoras, golpes de taquillas, música sonando desde algún altavoz con un ritmo pegadizo. Me alegraba de que lo estuvieran celebrando como si fuera una final.

Al entrar, varias jugadoras levantaron la cabeza inmediatamente. Riley fue la primera en sonreír.

—¿Habéis visto la parada de Camila? Ha sido una locura —exclamó, todavía con la adrenalina corriendo por sus venas.

—Voy a tatuármela en la memoria. Desde el banquillo se ha visto espectacular —respondió Tonya entre carcajadas.

Después de días de mucha tensión, por fin el ambiente parecía relajarse un poco. Como si la victoria hubiera aflojado un poco el peso que todas llevaban encima.

—Buen trabajo, chicas. Esto es lo que necesitábamos para respirar un poco —les comentó Derek cuando le dieron permiso para entrar a

vestuarios.

El comentario fue breve, pero lleno de cariño.

Después, me quedé de brazos cruzados observándolas desde la puerta, absorbiendo la escena. Era extraño cómo podía existir tanta euforia y tanta tensión al mismo tiempo dentro de aquellas cuatro paredes.

Porque Kaia estaba allí. Sentada en silencio frente a su taquilla. Todavía llevaba parte de la equipación puesta. Tenía los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo mientras jugueteaba con la cinta negra que había recogido del campo. Sus dedos la giraban una y otra vez, como si buscara respuestas en esa tela desgastada. No participaba en ninguna conversación. No reía. Ni siquiera parecía escuchar lo que ocurría a su alrededor. Y aun así, mi atención iba directamente hacia ella. Como si el resto del mundo se difuminara cuando ella estaba cerca.

Las chicas empezaron a recoger sus cosas entre comentarios emocionados sobre el próximo partido. Aproveché entonces para aclararme la garganta y dar un paso al frente.

—Escuchadme un momento, por favor.

Las conversaciones se apagaron poco a poco, y todas dirigieron su atención hacia mí.

—Habéis conseguido una victoria importante y os la habéis trabajado hasta el final. Así que mañana tendréis el día libre para recuperaros —anuncié, permitiéndome una pequeña sonrisa.

Un pequeño murmullo de alivio recorrió el vestuario. Tonya levantó los brazos victoriosa.

—¡Por fin una buena noticia! Pienso dormir hasta las tres de la tarde —gritó, provocando risas a su alrededor.

Algunas se echaron a reír con ganas.

—Pero… —continué, levantando una mano para mantener el tono serio—, quiero que sigáis centradas. Esto no cambia nada. Necesitamos mantener el nivel y demostrar que este resultado no ha sido casualidad. La temporada es larga y hay mucho en juego.

Varias asintieron inmediatamente, con expresiones más concentradas.

—El lunes quiero máxima intensidad desde el primer minuto. Que nadie se relaje, ¿entendido? Disfrutad del día libre, pero con cabeza.

Las jugadoras empezaron a dispersarse otra vez, buscando las mochilas y sus teléfonos móviles, entre charlas animadas sobre qué harían

al día siguiente. Yo me giré hacia la puerta, dispuesta a salir y dejar que respiraran sin mi presencia, pero entonces me detuve. No sabía exactamente por qué. Quizá por la forma en que Kaia seguía sentada completamente sola mientras el resto celebraba. Quizá porque aún tenía demasiadas cosas acumuladas detrás de esos ojos cansados. O quizá porque, por mucho que intentara convencerme de lo contrario, me importaba más de lo que yo habría creído. Mucho más.

Me giré lentamente hacia ella. Kaia levantó la cabeza al notar mi mirada fija. Nuestros ojos se encontraron durante un segundo eterno, y entonces dije:

—Tú y yo hablaremos más tarde.

22

Kaia

Tras llegar al aeropuerto, algunas de mis compañeras se abrazaron antes de irse con sus respectivos coches, otras arrastraban las maletas mientras hablaban por teléfono con sus familias. Y Julian, Ethan y Sophie seguían hablando mientras tomaban un camino diferente. Yo solo quería desaparecer. Meterme en casa, apagar el móvil y dejar de leer durante unas horas cómo media ciudad parecía disfrutar destruyéndome.

La victoria debería haber suavizado las cosas. Pero no lo había hecho, ni mucho menos. Porque todo el mundo hablaba de mi expulsión, de mi carácter, de mi puta arrogancia. Y, sobre todo, de cómo las demás habían vuelto a salvar el partido mientras yo seguía acumulando errores. Mantenía la mochila colgada del hombro, la maleta en la otra mano y los auriculares puestos, aunque la música llevaba varios minutos en pausa. No quería escuchar a nadie. Ni siquiera a Riley, que me había abrazado antes de marcharse y me había pedido que descansara.

"Descansar, claro. Como si fuera tan sencillo". Suspiré y avancé hacia la salida del aeropuerto justo cuando una voz me obligó a detenerme.

—Todavía necesito que hablemos.

Sloane estaba a unos pasos de mí, con el abrigo gris perfectamente colocado sobre los hombros y el teléfono todavía en la mano. El cansancio también se reflejaba en su expresión. Lo noté en las pequeñas sombras bajo sus ojos y en cómo se masajeó el cuello con suavidad antes de guardar el móvil en el bolsillo del abrigo.

Yo aparté la mirada inmediatamente, sintiendo cómo el peso de la jornada se me clavaba más hondo en el pecho.

—¿No podemos hacerlo en otro momento? Ahora no tengo ganas —respondí, con la voz áspera.

Y era verdad. Durante el vuelo había pasado más de dos horas leyendo titulares que me destrozaban sin piedad. **"La capitana pierde los nervios". "El Blackridge gana pese a Kaia Bouchard". "Tonya tiene que reclamar el liderazgo ofensivo".**

Incluso había mensajes de aficionados pidiendo que me sentaran varios partidos para "dar ejemplo". Me dolía el pecho solo de pensarlo. Y lo peor era que empezaba a preguntarme si tenían razón, si de verdad me había convertido en un lastre para el equipo que tanto amaba.

Sloane dio un paso hacia mí, acortando la distancia con cuidado.

—Ven a mi casa —propuso sin rodeos.

Parpadeé, desconcertada. Durante un segundo pensé que había escuchado mal. Incluso eché un vistazo a mi alrededor.

—No creo que sea conveniente —murmuré, aunque una parte de mí ya sentía la tentación de aceptar.

No, no era conveniente en absoluto. No después de todo lo que estaba pasando entre nosotras. No después de las discusiones, de los roces constantes… ni después de las veces que había terminado entre sus piernas, o pensando en ella, en su voz, en su mirada, en la forma en que ocupaba cada espacio que compartíamos.

Pero también estaba agotada. Tan agotada que tenía las emociones a flor de piel, una piedra en el centro de mi pecho que no podía deshacer. Sloane no insistió. Solo sostuvo mi mirada con esa calma peligrosa que tenía cuando realmente quería algo.

Y media hora después ya estaba entrando en su apartamento.

El contraste con el ruido que albergaba en mi cabeza fue casi violento. Las paredes claras reflejaban la luz cálida de las lámparas indirectas y había plantas por todas partes: sobre estanterías, junto a las ventanas, en varias esquinas de un espacio minimalista precioso.

Me quedé quieta observándolo todo mientras ella dejaba las llaves sobre una mesa estrecha junto a la entrada.

—Son mi obsesión… y mi pasión —comentó con una sonrisa al verme mirar las plantas con tanta atención.

Solté una pequeña risa, negando con la cabeza.

—Eso explica por qué parecen mejor cuidadas que yo ahora mismo —admití, con un toque de autodesprecio que no pude ocultar.

Sloane sonrió de verdad esta vez, un gesto que revelaba una Sloane que muy pocas veces había visto. Me quité la chaqueta mientras seguía recorriendo el apartamento con la mirada, fijándome en los detalles que hablaban de ella: un libro abierto sobre la mesa, una fotografía en blanco y negro de un estadio antiguo, la manta cuidadosamente doblada sobre el respaldo del sofá.

—¿Tu hermana no se queda contigo? —pregunté, intentando llenar el silencio.

Ella negó con la cabeza mientras dejaba el bolso sobre el sofá.

—Cuando no está en su casa prefiere los hoteles. Ni me preguntes por qué —explicó, arqueando una ceja con ironía—. Tampoco es que sea el ogro como anfitriona, pero bueno. Ella sabrá.

La forma en que lo dijo me hizo reír sin querer. Probablemente la primera risa real en toda la semana.

—No, solo en otras circunstancias —repliqué, y el comentario la hizo reír también.

El sonido me golpeó directamente en el estómago. Me encantó verla relajada dentro de su espacio, sin reuniones, sin tacones imposibles ni directivos alrededor. Solo Sloane, con el cabello ligeramente suelto y los hombros menos tensos.

—Ponte cómoda —me pidió, señalando hacia el salón—. Voy a por algo de beber.

Asentí y me dejé caer en el sofá. El silencio del apartamento me envolvió inmediatamente. Afuera, la ciudad seguía latiendo bajo la lluvia tenue que golpeaba los ventanales, pero allí dentro todo parecía aislado del mundo, incluso protegido. Me pasé una mano por el rostro y cerré los ojos un instante. Estaba cansada. No solo físicamente. Sobre todo, estaba cansada de tener que mantener estas expectativas, de intentar demostrar constantemente que seguía siendo suficiente, que la Kaia de antes no había desaparecido.

Cuando Sloane regresó al salón lo hizo con dos cervezas en las manos. Aquello me sorprendió. La observé acercarse con el cabello ligeramente desordenado, todavía vestida con la ropa del viaje, y sentarse a mi lado dejando una botella frente a mí.

—Pensaba que me ofrecerías agua con limón o algún batido proteico —bromeé mientras levantaba una ceja.

Ella soltó una pequeña carcajada, genuina y baja.

—No soy tan insoportable —aseguró, mirándome de reojo.

—A veces sí —respondí con sinceridad.

—Lo sé —admitió sin defensas.

Cogí la cerveza y le di un trago largo mientras el silencio volvía a instalarse entre nosotras. Sloane giró ligeramente el cuerpo hacia mí, apoyando un brazo en el respaldo del sofá.

—Si necesitas parar, solo debes pedirlo —me ofreció.

Fruncí el ceño y dejé la botella sobre la mesa.

—Ya me van a obligar en el próximo partido… —contesté con amargura y me aparté un mechón de la cara—. Y no jugar en casa va a destrozarme.

Sloane negó despacio, inclinándose un poco más hacia mí.

—Te lo digo en serio. Es evidente que estás agotada y no quiero que tengas más carga sobre ti. Ahora yo también formo parte del equipo y quiero echarte una mano, no solo como presidenta, sino… como alguien que se preocupa por ti de verdad.

La miré entonces. *"De verdad"*. Desde que llegó al club no vi únicamente a la presidenta obsesionada con salvar números y patrocinadores, para dar la cara ante Margot Hale. Vi a una mujer preocupada, una mujer que intentaba entender algo que le quedaba grande y que, aun así, se atrevía a lanzarse a la piscina.

Busqué la cerveza y le di otro trago antes de hablar.

—Cuando me puse por primera vez esta camiseta, juré defender su escudo en las buenas y en las malas temporadas. Y siento que estoy fallando no solo a la afición, sino también a las chicas.

Sloane negó inmediatamente, colocando una mano sobre el sofá muy cerca de la mía.

—No lo estás haciendo. Has cargado con más presión de la que cualquiera debería soportar a solas. Eres la capitana porque te lo has ganado con los años y tu trabajo, no por casualidad.

—Pero es que sí lo hago —insistí, inclinándome hacia delante y apoyando los codos sobre las rodillas, con la cerveza entre mis manos—. Las estoy arrastrando conmigo. Todo el mundo está esperando que vuelva a ser la de antes y cada vez que salgo al campo siento que no puedo respirar. Que voy a decepcionarlas otra vez.

Noté cómo mi garganta se cerraba de golpe. Odiaba admitir aquello en voz alta. Odiaba sonar rota. Odiaba dejarme minar por expectativas ajenas. Sloane permaneció en silencio unos segundos, respetando mi espacio, antes de continuar.

—Necesitas dejar de pensar que estás sola en esto. Y sobre todo necesitas entender que nadie quiere borrar tu nombre de la historia del Blackridge United. Yo menos que nadie.

Apreté los labios. Porque eso era exactamente lo que más miedo me daba: convertirme en una vieja estrella incómoda, en una futbolista de la que la gente empezara a cansarse, en alguien fácil de reemplazar. El silencio volvió a envolvernos. Y cuando levanté la cabeza, me encontré directamente con los ojos de Sloane. Tan cerca. Tan imposiblemente atentos, que el corazón me latió con fuerza contra las costillas.

—¿Por qué haces esto? —pregunté—. Si hasta se nota que estás harta de mí.

Ella se quedó quieta. Completamente quieta. Vi cómo tragaba saliva antes de negar rápidamente.

—Yo no estoy harta de ti —declaró con una intensidad que me dejó sin aliento—. Todo lo contrario.

Abrí la boca sin saber qué responder. Sloane se inclinó hacia delante y me quitó la cerveza de las manos antes de dejarla sobre la mesa. La seguí con la mirada, confundida y expectante.

Sus ojos bajaron un instante a mis labios y luego volvieron a los míos. El pulso se me aceleró. Podía oler su perfume mezclado con el cansancio del viaje, sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Una de sus manos subió lentamente hasta mi rostro. Sus dedos estaban cálidos. Me acarició la mejilla con el pulgar, trazando una línea que me erizó la piel. Me incliné hacia ese contacto sin poder evitarlo, como si llevara semanas necesitándolo.

—Kaia… —murmuró, y mi nombre sonó de maravilla entre sus labios.

—No sé qué estamos haciendo —le confesé, pero no me aparté. Al contrario, mi mano encontró su muñeca y me aferré a ella.

—Ni yo —admitió ella, acercándose un centímetro más—. Pero no pienso alejarme, ni dejarte de mirar como lo estoy haciendo ahora…

Su respiración se entrecortó. La mía también. El espacio entre nosotras se redujo hasta casi desaparecer. La tensión se enroscaba en mi estómago, caliente y peligrosa, mezclada con miedo y el deseo que siempre despertaba en mí Sloane Whitaker. Quería besarla. Quería huir. Quería quedarme allí para siempre.

Tantas contradicciones, y una sola certeza.

Sloane inclinó la cabeza, rozando mi nariz con la suya. Cerré los ojos, rendida. El mundo entero se contrajo a ese instante: a su olor, su calor, la promesa de algo que podía cambiarlo todo.

Hasta que sus labios encontraron los míos.

23

Sloane

El dormitorio estaba en penumbra, iluminado solo por la lámpara de la mesilla que proyectaba una luz cálida y dorada sobre las sábanas revueltas. Habíamos llegado hasta allí casi sin hablar, besándonos por el pasillo, quitándonos la ropa con manos torpes y ansiosas hasta que solo quedó piel con piel. Ahora Kaia estaba de rodillas sobre la cama, de espaldas a mí, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante y las manos apoyadas en el cabecero. Su espalda se arqueaba de forma exquisita, ofreciéndome la curva pronunciada de su cintura, las caderas anchas y fuertes y ese culo firme que se tensaba con cada respiración.

Cogí el dildo de la mesita y lo deslicé por su coño mientras observaba el cuerpo de Kaia. Mi propia excitación latía entre mis piernas, caliente y húmeda, pero me contuve. Quería saborear cada reacción suya.

Me coloqué detrás de ella, pegando mi torso a su espalda. Besé su nuca, inhalando el olor a excitación que emanaba de su piel. Con una mano separé sus labios hinchados y resbaladizos. Estaba empapada. Deslicé primero dos dedos dentro de ella, sintiendo cómo sus paredes internas se cerraban alrededor de ellos, calientes y sedosas, y después los moví lentamente, explorando esa textura aterciopelada que me volvía adicta.

—Dios, Sloane… métemelo ya —suplicó Kaia, empujando hacia atrás.

Retiré los dedos y posicioné la punta del juguete contra su entrada. Presioné con lentitud, observando cómo su coño se abría para acogerlo. Centímetro a centímetro, la silicona desapareció dentro de ella. Su respiración se volvió entrecortada cuando la llené por completo, hasta la base.

Con la mano libre rodeé su cadera y busqué su clítoris, hinchado y resbaladizo. Empecé a acariciarlo en círculos lentos mientras comenzaba a mover el dildo con la otra mano, sacándolo casi hasta la punta para volver a hundirlo hasta el fondo.

—Así… así, te mato si paras —jadeó ella, con la voz quebrada por el placer.

Su espalda se curvó más, presionando el culo contra mi pelvis. Moví las caderas al ritmo de mis embestidas, como si fuera yo quien la follaba con mi propio cuerpo. Mis dedos no dejaban de trabajar su clítoris.

Y poco a poco, aceleré el ritmo gradualmente. Las embestidas se volvieron más profundas, más contundentes. El cuerpo de Kaia se sacudía hacia delante con cada golpe, pero ella empujaba hacia atrás, encontrándome a mitad de camino. Sus muslos temblaban. Apoyé mi pecho completamente contra su espalda, sintiendo el calor de su piel sudorosa contra la mía, y mordí suavemente su hombro mientras seguía follándola con el juguete y estimulando su clítoris sin descanso.

El placer la recorría en oleadas visibles. Sus brazos se tensaban contra el cabecero, los músculos de su espalda se marcaban bajo la luz tenue. Cambié el ángulo ligeramente para rozar mejor su interior y ella soltó un gemido largo, gutural. Su coño se contrajo con fuerza alrededor del dildo, apretándolo. Seguí moviéndolo sin piedad, sacándolo y metiéndolo con un ritmo constante, mientras mis dedos frotaban su clítoris cada vez más rápido.

—Voy a correrme… no pares, por favor —gimió Kaia, casi sin aliento.

Su orgasmo llegó de forma intensa. Todo su cuerpo se tensó, las piernas le temblaron violentamente y un gemido ronco escapó de su garganta mientras su sexo palpitaba y se contraía alrededor del juguete. Continué moviéndolo más despacio, prolongando las contracciones, y mantuve una presión suave y constante sobre su clítoris hasta que los espasmos remitieron. Solo entonces retiré el dildo con lentitud, observando cómo su coño quedaba abierto un instante, brillante y palpitante, antes de cerrarse.

Kaia se dejó caer de lado sobre la cama, respirando con dificultad. Me tumbé detrás de ella y la atraje contra mí, besando su nuca, su hombro, la curva de su cuello. Mis manos recorrieron su cuerpo con avidez: bajé por su costado, acaricié la parte baja de su espalda, apreté sus nalgas. Ella se giró entre mis brazos y me besó con hambre, enredando su lengua con la mía, mientras sus manos bajaban por mi vientre hasta llegar a mi coño, empapadísimo.

Me acarició con los dedos, separando mis labios y deslizando dos dentro de mí sin previo aviso. Gemí contra su boca. Sus dedos se movieron, follándome con estocadas profundas mientras su pulgar encontraba mi clítoris y lo frotaba. Mi cadera se movía por instinto contra su mano, buscando más fricción.

—Qué mojada estás… me encanta sentirte así —murmuró Kaia contra mis labios.

La empujé suavemente hasta tumbarla de espaldas y me coloqué encima. Nuestros cuerpos se pegaron. Froté mi coño mojado contra su pierna en movimientos lentos y sensuales. La fricción era deliciosa, resbaladiza, y muy caliente. Aumenté la presión, moviéndome más rápido, trazando círculos con la pelvis mientras ella me sujetaba las caderas con fuerza, guiándome.

Bajé la cabeza y capturé uno de sus pezones con la boca. Lo succioné, lo lamí, lo mordí suavemente mientras seguía frotándome contra ella. Kaia arqueó la espalda, presionando su pecho contra mi boca. Sus manos subieron por mi espalda, clavando las uñas ligeramente en mi piel. El placer crecía entre nosotras, cada vez más intenso.

Me desplacé hacia abajo, besando su abdomen, sus caderas, la parte interior de sus muslos. Separé sus piernas con las manos y hundí la cara entre ellas. Mi lengua recorrió su coño de abajo arriba, saboreando su excitación. Lamí su clítoris con dedicación, alternando lametones largos y succiones.

Kaia enredó los dedos en mi cabello, empujándome más contra ella, mientras sus caderas se movían contra mi cara, buscando más profundidad. Su segundo orgasmo llegó con fuerza. Todo su cuerpo convulsionó, y sus muslos apretaron mi cabeza mientras un gemido largo y entrecortado llenó la habitación.

Alcé la mirada y vi cómo su rostro se contraía de placer, cómo su boca se abría en un gemido silencioso. Después de mi orgasmo, caímos exhaustas sobre las sábanas, abrazadas, con las respiraciones agitadas y los cuerpos brillantes de sudor. La atraje contra mi pecho, acariciando su espalda. Mis dedos trazaban patrones perezosos sobre su piel mientras recuperábamos el aliento. El olor a sexo llenaba el aire, íntimo y embriagador.

Más tarde, cuando su respiración se volvió más profunda, me permití observarla mientras dormía apoyada en mi hombro. Recorrí con la mirada

la línea de su mandíbula, la fuerza contenida en sus hombros incluso en reposo. Pasé los dedos con suavidad por su espalda y ella se estremeció ligeramente en sueños, apretándose más contra mí.

Mi mente empezó a divagar hacia las consecuencias: el equipo, la prensa, las responsabilidades que nos esperaban fuera de esas cuatro paredes. Pero en ese momento, con su cuerpo cálido y saciado pegado al mío, nada de eso importaba. Solo existíamos nosotras, por complicada que fuera esta conexión, ninguna de las dos quería detenerla.

La abracé con más fuerza, besando su frente con ternura, y después deslicé una mano por su muslo, sintiendo la suavidad de su piel, para acabar por cerrar los ojos, y dejar que el cansancio me envolviera.

24

Kaia

—No estés tan preocupada, ya verás cómo la entrevista va a ir bien.

La voz de Sloane envolvió el pequeño camerino con una calma que contrastaba demasiado con los nervios que hasta me habían cerrado el estómago desde bien temprano. Estaba apoyada contra el tocador, iluminada por aquellas bombillas redondas y grandes, con los brazos cruzados sobre la blusa blanca que llevaba bajo un blazer gris oscuro. El maquillaje que le habían puesto resaltaba sus ojos y también le daba un brillo a los labios que me dejó sin aliento. Al otro lado de la puerta entreabierta, se oía el ajetreo acelerado del equipo de producción. Estábamos a punto de hacer una entrevista que podría cambiar las cosas para bien, aunque también, sentía que podía significar un paso en falso contra mi carrera.

Suspiré, sentada y mirándome en el espejo, con las manos entrelazadas entre las rodillas y la chaqueta de la marca que daba patrocinio al club como si fuera un ente extraño encima de mis hombros. Había disputado jugado partidos ante treinta mil personas y, aun así, la entrevista me estaba destrozando el estómago, dejando dentro de mí una sensación más humillante y personal.

Sloane me sonrió, con un brillo especial en los ojos, y rápido, sentí cómo esos nervios iban desapareciendo poco a poco. Bajé la mirada de inmediato.

Pero entonces, Sloane dio un paso hacia mí y colocó un dedo bajo mi barbilla, obligándome a levantar el rostro y mirarla a los ojos otra vez. Tenía que dejar ir mis pensamientos, o iban a taladrarme por dentro.

—En realidad, no es eso lo que me preocupa —admití.

Titubeé unos segundos mientras intentaba ordenar los pensamientos que llevaban demasiado tiempo golpeándome la cabeza. Sin tregua. Sin darme oportunidad a poder respirar. Hice una pequeña mueca, cansada incluso de mí misma, y solté el aire con lentitud.

—Es que tengo la sensación de que, diga lo que diga, las reacciones van a seguir siendo las mismas. De que alguien se está esforzando mucho por hacerme daño, en favor de…

Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

Negué con la cabeza.

—Da igual.

Sloane frunció el ceño al instante. El gesto duró apenas un segundo, pero bastó para que el ambiente entre nosotras cambiara de forma perceptible. Se apartó ligeramente y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿En favor de qué? —insistió. En ese momento supe que no iba a dejarme salir de aquí sin decírselo—. Sabes que puedes contármelo. Confía en mí.

"Confía en mí". Lla frase se me clavó en el pecho de una manera absurda y profunda.

Porque hacía apenas unas semanas, la mujer que tenía delante de mí me había parecido una amenaza con tacones caros y mirada insoportable. Una presidenta fría que había llegado para cambiar las cosas sin comprender lo que significaba enfundarse la camiseta de las Blackridge United Women. Y ahora, todo el mundo estaba feliz con los nuevos horarios de entrenamiento, las dietas, los descansos, incluso el cambio en los viajes. Pero sobre todo, yo estaba feliz por tenerla frente a mí, intentando que me mantuviera en pie cuando ni siquiera yo sabía cómo hacerlo sin perder los nervios.

Confiar en ella debería haberme parecido una locura. Sin embargo, lo único que sentía era miedo. Miedo a que tuviera razón. Miedo a necesitarla demasiado. Miedo a que nuestra cercanía tuviera peores consecuencias.

Desvié la vista hacia el espejo. Mi reflejo mostraba un aspecto agotado a pesar del esfuerzo que el equipo de maquillaje puso en ocultar mis ojeras. Lo triste era que ya no veía a la Kaia segura que se había convertido en la estrella del Blackridge United. Veía a alguien exhausta de luchar contra el mundo entero.

Me humedecí los labios antes de continuar.

—Sé de buena tinta que hay gente que quiere sacarme del equipo, además de Margot Hale. Y tengo la sensación de que están orquestando una campaña a favor de Tonya para que tome el relevo.

Noté cómo el pecho se me comprimía al pronunciar aquellas palabras, y sobre todo, sentí un nudo y una presión que iban de la mano con la

vergüenza. Y por eso, reculé.

—O quizá solo me estoy convirtiendo en una jugadora mediocre con derecho a que me odien.

—No se te ocurra decir eso —replicó Sloane con rapidez.

Su respuesta llegó tan veloz que me obligó a mirarla de nuevo. Se había agachado para quedar un poco más cerca de mí, y sus ojos se clavaron en los míos con una intensidad que me dejó casi sin respiración.

—Ni la gente te odia ni eres mediocre —continuó, bajando la voz hasta convertirla en un susurro que solo nosotras pudiéramos escuchar. La sonrisa que vino después, fue maravillosa—. Solo estás pasando por una mala racha, Kaia. Y las rachas malas se superan. Yo te he visto jugar. He visto de lo que eres capaz cuando confías en ti misma. No voy a permitir que te derrumbes.

Inevitablemente, una sonrisa pequeña, torcida y vulnerable asomó a mis labios.

—¿Ahora te lo crees? —bromeé, aunque el temblor en mi tono delataba lo mucho que necesitaba oír aquellas palabras.

Sus labios se curvaron también, y durante un instante el peso que cargaba sobre los hombros dejó de aplastarme.

—Las cosas cambian… —murmuró ella, encogiéndose de hombros.

Después colocó ambas manos sobre mi pecho, justo encima de la camiseta que llevaba bajo la chaqueta. El contacto me atravesó. Sentí el calor de sus palmas incluso a través de la tela, un calor lento, firme y peligrosamente reconfortante. Mi respiración se volvió más pesada al instante. Sloane deslizó una de sus manos hacia mi cuello y luego hacia mi barbilla, acariciándome con una suavidad que contrastaba de forma abrumadora con la mujer rígida y controladora que el resto del mundo veía.

Yo ya conocía otra versión de ella. La que respiraba agitada contra mi piel en mitad de un orgasmo. La que me solía sonreír cada vez que nos encontrábamos por la ciudad deportiva. La que me miraba como si yo pudiera romperle todos los esquemas. Y quizá ya lo estaba haciendo sin darme cuenta.

Tragué saliva despacio, consciente del latido acelerado —y traicionero — de mi corazón.

—Gracias por apoyarme y por… no sé… abrirte conmigo, por ser una mujer normal —admití—. A veces me cuesta creer que seas la misma que entró en el club como un huracán.

Sloane soltó una carcajada.

—No sabía que me tenías por una especie de ogro.

—Bueno, la primera vez que me hablaste parecías capaz de despedirme solo por respirar demasiado fuerte —respondí, dejando que una chispa de humor aligerara la tensión.

Ella negó con la cabeza, divertida, y apoyó ambas manos en mis mejillas. El gesto me dejó completamente quieta, como si el tiempo se hubiera detenido en ese camerino diminuto.

—Vas a hacerlo bien —afirmó tan segura que, por un segundo, quise arrancarle esa certeza y llevármela al pecho—. Porque eres mucho más fuerte de lo que crees, Kaia. Y porque yo estaré ahí, justo a tu lado. Llevando el peso de la entrevista si hace falta.

La convicción en su voz me hizo sonreír. Porque yo ya no sabía si confiaba en mí misma, pero empezaba a confiar en ella de una forma aterradora y adictiva. Mi mirada descendió inevitablemente hacia su boca. Tenía los labios ligeramente entreabiertos, y pude notar el matiz de su perfume elegante mezclado con el aroma tenue de la crema hidratante de manos que solía usar. Todo en la mujer que tenía delante me atraía de una forma ridícula e inevitable.

Me estaba enamorando de Sloane Whitaker, y ya no podía hacer nada contra ello.

Incliné la cabeza, atraída por aquella fuerza invisible que nos unía, y Sloane no se apartó. Al contrario, sus dedos presionaron con más suavidad mis mejillas, como si también ella luchara contra el impulso de cerrar la distancia. El deseo flotaba entre nosotras. Mi mente se llenó de imágenes de sus manos en otros lugares, de sus susurros en la oscuridad, de la forma en que su cuerpo se rendía al mío cuando las barreras caían.

Abrí la boca, dispuesta a decir algo que probablemente no debería pronunciar dentro de un camerino a pocos minutos de salir en directo delante de miles de personas, pero entonces escuchamos un ruido detrás de la puerta.

Las dos nos apartamos apenas unos centímetros, casi al mismo tiempo, como si nos hubieran sorprendido en mitad de un delito. El corazón me martilleaba en los oídos.

Y un segundo después, Sophie abrió la puerta por completo.

—¿Estáis listas? El directo empieza en cinco minutos —anunció, esbozando una sonrisa profesional.

La tensión me recorrió la espalda de inmediato. Sloane tragó saliva y se puso de pie, recomponiéndose con una rapidez admirable que envidié. Yo, en cambio, necesité varios segundos para recordar cómo funcionaba mi propio cuerpo. Mis piernas parecían de gelatina y el calor en mis mejillas delataba lo cerca que habíamos estado de olvidarnos de todo lo que había más allá.

Observé a Sophie de reojo. Llevaba una tablet apoyada contra el pecho y esa sonrisa perfecta que siempre traía consigo, aunque algo en su mirada me hizo preguntarme cuánto había escuchado realmente y qué conclusiones habría sacado.

—Sí, vamos a ello —respondió Sloane con total naturalidad.

Yo seguía mirándola, incapaz de apartar los ojos de ella. Y quizá fue una estupidez, pero durante ese instante deseé quedarme encerrada allí dentro y olvidarme del resto del mundo. Olvidarme de las cámaras, de las críticas, de Margot Hale, de los aficionados exigentes, de los artículos que podrían herirme horas después, de los pitidos en el campo y mi falta de goles. Solo quería quedarme cerca de la mujer que había conseguido entrar en mi cabeza y en mi corazón mucho antes de que me diera cuenta de la profundidad de lo que sentía.

Sophie carraspeó, sacándome de mis pensamientos.

—Kaia, ¿necesitas algo más? ¿Un poco de agua? Pareces… nerviosa —preguntó amablemente, aunque sus ojos se desviaron un segundo hacia Sloane, como si intentara leer la situación.

—Estoy bien, gracias —mentí, levantándome por fin de la silla. Noté las piernas inestables mientras me colocaba bien la chaqueta—. Es que no suelo estar acostumbrada a estas cosas, pero… saldrá bien.

—Claro que sí —respondió Sophie.

Sloane se acercó de nuevo a mí, pero esta vez mantuvo una distancia más profesional. Aun así, su mano rozó discretamente la mía al pasar.

—Recuerda lo que te he dicho —murmuró solo para mí, aprovechando que Sophie revisaba algo en su tablet—. Eres Kaia Bouchard. La 9 del Blackridge United Women. Y nadie puede quitarte eso.

Asentí, tragando el nudo que se me había formado en la garganta. El ruido del plató llegaba ahora con más claridad desde el pasillo.

Sophie se apartó para dejarnos salir.

Sloane me dedicó una última mirada antes de avanzar hacia la puerta. Y mientras salía del camerino para enfrentarme a la entrevista más

importante de mi carrera en este presente, fui plenamente consciente de una cosa:

Ya no tenía miedo solo de perder mi sitio en el equipo.

También tenía miedo de perder lo que había nacido entre nosotras.

25

Sloane

—La ansiedad no desaparece porque metas un gol o porque la gente coree tu nombre en un estadio. De hecho, a veces ocurre justo lo contrario. Cuanto más arriba estás, más miedo tienes a caer.

La voz de Kaia resonó con firmeza en el plató, suave y grave al mismo tiempo, mientras las cámaras enfocaban su rostro desde distintos ángulos. Yo estaba sentada a su lado, con las piernas cruzadas y las manos descansando sobre mi regazo, observándola hablar delante de millones de personas como si llevara toda la vida preparándose para ese momento. Y, sin embargo, sabía que estaba aterrada. Porque hasta donde yo sé, siempre había intentado no llamar la atención fuera del campo de fútbol, salvo en el trabajo que tenía con sus patrocinadores.

Lo veía en pequeños detalles que nadie más parecía percibir: en cómo movía el pulgar contra el borde del vaso de agua que le habían colocado sobre la mesa, en la tensión casi invisible de su mandíbula cada vez que hacía una pausa y en el modo en que respiraba más lento de lo habitual para mantener el control. El plató estaba iluminado con una intensidad casi agresiva. Frente a nosotras, varias filas de público invitado escuchaban en absoluto silencio. Caleb había conseguido exactamente lo que quería: transformar una entrevista deportiva en algo íntimo y personal.

Y Kaia estaba siendo increíblemente valiente.

—Durante mucho tiempo pensé que reconocer que algo te supera era sinónimo de debilidad —continuó ella—. Sobre todo, en el deporte profesional. Te enseñan a resistir, a seguir adelante, aunque te estés rompiendo por dentro. Pero llega un momento en que el cuerpo deja de obedecerte y la mente se rebela.

Caleb asintió lentamente desde su sillón, con gesto interesado.

—¿Cuándo sentiste eso por primera vez? —le preguntó.

Vi cómo Kaia desviaba la vista un segundo hacia el suelo antes de responder, como si necesitara reunir fuerzas.

—Supongo que cuando dejé de disfrutar jugando debido a la situación que el equipo está atravesando.

El silencio que se creó en el estudio me erizó la piel. Yo conocía esa sensación demasiado bien. Había crecido dentro de una familia donde fracasar no era una posibilidad, donde las emociones se trataban como obstáculos incómodos y no como algo profundamente humano. Ver a Kaia exponer aquello delante de todo el mundo me provocó un gran orgullo.

Porque estaba siendo honesta. Y la honestidad siempre tiene consecuencias.

Caleb giró entonces la atención hacia mí.

—Y dígame, Sloane. ¿Cómo va a gestionar la presidencia y el cuerpo técnico del equipo algo tan serio como la salud mental de sus jugadoras?

Sonreí apenas y miré de reojo a Kaia. Ella seguía seria y centrada, aunque noté cómo sus hombros se relajaban mínimamente al escucharme intervenir.

—Evidentemente es algo que nos preocupa mucho —respondí, acariciando mis manos—. Y muy pronto vamos a contratar un nuevo equipo de profesionales que nos acompañen durante los partidos, el día a día y los entrenamientos. No solo hay que ganar en el campo; hay que prestar especial atención a la vida y los sentimientos de nuestras jugadoras.

Caleb asintió.

—¿Considera entonces que el fútbol femenino ha estado abandonado emocionalmente durante años?

—Creo que el deporte profesional en general ha ignorado demasiadas cosas durante demasiado tiempo para nuestras chicas —contesté—. Las jugadoras son atletas de élite, sí, pero también personas que tienen que soportar la presión, una exposición pública y expectativas enormes. Todo ello mientras concilian su carrera con la vida familia y si queremos exigir rendimiento, debemos garantizar también su estabilidad emocional.

Kaia me observó de reojo. Y maldita sea. Me encantó tenerla a mi lado.

La entrevista continuó avanzando entre preguntas sobre la temporada, la situación financiera del club y los nuevos cambios internos. Caleb supo mantener el tono ligero durante unos minutos, preguntándole a Kaia sobre sus rituales antes de los partidos y provocando algunas risas entre el público cuando confesó que escuchaba siempre la misma lista de canciones desde hacía cuatro años.

—¿Y nunca te cansas? —preguntó él, divertido.

—Claro que sí —admitió Kaia con una sonrisa pequeña—, pero ahora me da miedo cambiarla y que gafe más al equipo.

Las carcajadas llenaron el plató. Yo también sonreí, y durante unos segundos todo pareció sencillo. Normal. Como si el mundo fuera un lugar seguro.

Después llegó el descanso. Las maquilladoras aparecieron a nuestro alrededor para retocarnos bajo las luces, los técnicos reajustaron las cámaras y alguien ofreció agua al público. Aproveché ese instante para acercarme apenas a Kaia y prestarle un poco de atención.

—Lo estás haciendo muy bien —murmuré cerca de su oído.

Ella giró la cabeza hacia mí, y vi el brillo en sus ojos.

—Estoy intentando no salir corriendo —confesó, esbozando una sonrisa burlona.

—Demasiado tarde para eso —respondí—. Ya estás aquí, y lo estás bordando. No dejes que el miedo te quite mérito.

Ella inspiró hondo y bajó la mirada un segundo a mis labios antes de volver a mis ojos.

—Es más fácil ser valiente cuando tú estás a mi lado. Aunque intente disimularlo, tu presencia me calma y me altera al mismo tiempo. No sé cómo lo haces.

El corazón me latió con más fuerza. Quise tomarle la mano allí mismo, pero me contuve.

—Pues sigue sintiendo eso —susurré—. Porque yo no pienso moverme de aquí.

La sonrisa que me dedicó me golpeó el pecho de una manera absurda. Y quizá fue precisamente por eso por lo que no vi venir el desastre.

Cuando el programa regresó al directo, Caleb adoptó un tono más relajado y cercano. Cruzó una pierna sobre la otra y sonrió hacia las cámaras.

—Y ahora vamos con cosas más triviales.

Vi cómo Sophie, al fondo del plató, levantaba apenas la vista desde la tablet que sostenía entre las manos.

—Cuéntanos, Kaia —continuó Caleb—. ¿Cómo ha sido tener a Sloane como nueva presidenta? Nos han comentado que vuestra relación fue algo complicada al principio, pero que ahora va de maravilla.

Kaia carraspeó. Noté su tensión de inmediato.

—Los cambios siempre son difíciles —respondió con diplomacia—, pero hay que navegar entre ellos.

—Eso suena bastante diplomático para alguien con tu carácter —insistió Caleb.

El público soltó algunas risas. Kaia sonrió apenas.

—Estoy aprendiendo a controlarme.

—¿Gracias a Sloane? —preguntó él.

Vi cómo ella dudaba apenas un segundo.

—Supongo que en parte sí —admitió.

Caleb inclinó ligeramente la cabeza.

—Entonces podríamos decir que vuestra relación ha evolucionado mucho.

Yo intervine antes de que aquello siguiera creciendo.

—El equipo entero ha evolucionado. Ese era el objetivo desde el principio.

—Claro, claro —respondió Caleb rápidamente—. Aunque hay quien dice que entre vosotras existe una conexión especial.

La temperatura del plató pareció subir de golpe. Kaia giró apenas la cabeza hacia mí. Yo mantuve la sonrisa profesional.

—Trabajamos muy cerca la una de la otra. Es normal que exista confianza —afirmé.

—¿Solamente existe confianza? —presionó Caleb.

Aquello ya no era casual. Lo entendí inmediatamente. El modo en que insistía. La forma en que Sophie observaba desde el fondo. Algo no iba bien.

Kaia se removió en el asiento.

—Creo que estamos aquí para hablar del equipo —intervino.

—Y del lado humano de sus protagonistas —añadió Caleb sin perder la sonrisa—. Porque las redes están revolucionadas con ciertas imágenes.

Mi estómago se contrajo.

—¿Qué imágenes? —pregunté con aparente serenidad.

Entonces ocurrió. En la pantalla gigante detrás del plató aparecieron varias fotografías: Kaia y yo entrando juntas al edificio del club, una imagen borrosa de ella saliendo de mi apartamento, otra donde mi mano descansaba sobre su espalda en el aeropuerto y una última, la peor de todas, nosotras demasiado entre las calles de la ciudad.

El público reaccionó con murmullos inmediatos. Noté cómo la respiración de Kaia se detenía a mi lado, y el teléfono me vibró dentro del bolsillo de mi blazer una y otra vez.

Caleb sonrió hacia cámara.

—Entonces… ¿hay algo que queráis contarle al público?

El escándalo estaba servido. Sentí cómo toda mi educación empresarial intentaba mantenerse mientras por dentro empezaba a arder. No miré a Caleb. Miré directamente a Sophie. Ella sostenía la tablet contra el pecho y me observaba desde el otro extremo del plató. Sin sorpresa. Sin confusión. Como alguien que ya sabía perfectamente lo que iba a ocurrir.

Apreté la mandíbula y forcé una sonrisa impecable antes de responder.

—Creo que las especulaciones sobre la vida privada de las personas nunca deberían eclipsar el trabajo que hacen dentro del deporte.

Mi voz salió controlada y profesional.

Caleb intentó insistir.

—Entonces no vais a negar…

—Lo que voy a decir —lo interrumpí sin dudarlo ni un segundo—, es que el Blackridge United está atravesando una etapa importante y que nuestras jugadoras merecen que el foco siga puesto en el fútbol.

Kaia seguía completamente quieta a mi lado. La tensión que desprendía era casi física. Y yo sabía exactamente por qué: porque aquello podía destruirla. Podría destruirnos a las dos.

La entrevista terminó pocos minutos después entre aplausos incómodos y despedidas apresuradas. En cuanto las cámaras se apagaron, el estudio entero explotó en murmullos. Mi teléfono no dejaba de vibrar.

Vi a Ethan hablando apresuradamente con un productor mientras Caleb desaparecía entre bastidores. Y entonces mis ojos encontraron otra vez a Sophie.

Giré hacia Kaia inmediatamente. Ella seguía paralizada junto al sofá del plató, con el rostro completamente pálido.

—Espérame fuera —le pedí.

Después empecé a caminar directamente hacia Sophie.

—¿Cómo has podido? —siseé en cuanto la tuve cerca, deteniéndome a solo un paso de ella—. Te di esta oportunidad porque confiaba en ti, Sophie. Y tú vas y me clavas el puñal por la espalda en directo.

Sophie levantó la barbilla, aunque sus dedos se crisparon sobre la tablet.

—Solo hice lo que cualquiera haría en mi lugar.

—¿Cualquiera? —repetí con incredulidad—. Te abrí las puertas de mi confianza. Te dejé ver cosas que nadie más ve. ¿Y lo vendes todo por unos minutos de protagonismo? Después de todo lo que hemos vivido juntas…

—No me jodas Sloane, tú y yo solo nos hemos follado unas cuantas veces —me respondió con desprecio.

—¿Y eso te da derecho a querer destrozarnos?

Ella me sostuvo la mirada durante varios segundos. El ruido del estudio se convirtió en un zumbido lejano.

—¿Así que admites que estás con ella? —preguntó con una sonrisa fría y calculadora.

—Lo que haga o deje de hacer en mi vida privada no es asunto tuyo —le dejé muy claro—. Lo que sí es asunto mío es la traición de alguien a quien di mi confianza. Dime, ¿cuánto te han pagado? ¿O ha sido solo por ambición?

Sophie soltó una risa corta y amarga.

—Tú deberías saberlo mejor que nadie. Esto es lo que mueve este mundo, Sloane. Y si tengo que atravesar estos muros —señaló con la cabeza hacia las cámaras—, es lo que haré para triunfar. No voy a disculparme por aprovechar la oportunidad que tú misma me pusiste delante.

La miré con una mezcla de decepción y asco que no me molesté en ocultar. Durante un segundo, el peso de mi propia ingenuidad me golpeó con fuerza. Había creído en ella, y se había aprovechado con creces.

—Pues disfrútalo mientras puedas —escupí con desprecio—. Porque acabas de quemar el puente que te sostenía. A partir de ahora, no cuentes conmigo para nada, ni con tener las puertas del Blackridge abiertas para ti.

Sophie estuvo a punto de responder, pero yo ya había terminado. Me di la vuelta sin añadir una palabra más.

Porque ahora, tenía un escándalo que resolver. Pero por encima de ello, tenía a una jugadora que proteger.

26

Kaia

—Venga, cariño, ya verás como todo va bien —comentó mi madre mientras dejaba en la mesa de centro las bebidas.

Permanecí acurrucada en el sofá, con las piernas recogidas contra el pecho y los brazos rodeándome las rodillas, como si pudiera mantenerme unida únicamente a base de presión. La imagen del televisor bañaba el salón de mis padres mientras en la pantalla aparecía estadio de la Blackridge abarrotándose poco a poco. Las cámaras enfocaban las bufandas negras y doradas ondeando entre la multitud, y los grupos de aficionados que coreaban cánticos con esa pasión inquebrantable que siempre había formado parte de mi vida. Todo me resultaba extrañamente lejano, como si estuviera observando la vida de otra persona a través de un cristal empañado.

El comentarista hablaba con tono grave de la tensión institucional que rodeaba al equipo, de ciertos rumores internos y de un club obligado a *"gestionar una situación delicada"*. Cada palabra me arañaba la piel, recordándome que yo era, en buena medida, el origen de aquella tormenta.

Mi padre apareció desde la cocina con un enorme bol de palomitas entre las manos y lo dejó sobre la mesa de centro. Intentó sonreírme, aunque se notaba que no sabía exactamente cómo actuar conmigo desde que toda aquella historia hubiera explotado. Se pasó la mano por la nuca, un gesto nervioso que repetía cuando las cosas se complicaban y que yo había heredado.

—No lo sé… —murmuré poco después, sin apartar la vista de la televisión—. La verdad es que no lo tengo tan claro.

Mi madre suspiró y se sentó a mi lado. El sofá se hundió ligeramente bajo su peso y el perfume familiar que siempre llevaba me envolvió al instante, cálido y reconocible. Me acarició la pantorrilla por encima del pantalón de chándal con movimientos lentos y reconfortantes.

—Lo que no entiendo es por qué la prensa dice tantas tonterías sobre tu supuesta relación con la presidenta del club.

La palabra "supuesta" me revolvió el estómago. Antes de que pudiera responder, la puerta principal se abrió y Mila apareció en el salón con el cabello todavía húmedo por la lluvia que hoy había decidido caer. Cerró tras de sí y dejó las llaves sobre el mueble de la entrada. Se quitó la chaqueta mojada y la colgó en el perchero.

—¿Ha empezado ya? —preguntó mientras se sacudía unas gotas del pelo.

—Todavía no —contestó mi padre, acomodándose en su sitio habitual.

Mi hermana avanzó hasta el pequeño sillón que había junto al sofá y se dejó caer sobre él con un suspiro. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, negó on la cabeza. Un gesto mínimo, rápido, pero suficiente para que entendiera que no podía dejarme llevar por el dolor que sentía.

Llevaba días tragándome titulares, rumores, opiniones de desconocidos y el silencio que se abría paso entre Sloane y yo. En este momento no tenía idea de si ella se encontraba igual, pero yo empecé a estar cansada de esconder algo que, pese al desastre, había sido lo más real y vibrante que me había ocurrido en mucho tiempo. Y alguien tuvo que exponerlo al público gracias a una jugarreta, para que me diera cuenta de ello. Porque sí, estaba enamorada de Sloane, con una intensidad que apenas había podido controlar.

—Los periodistas tienen razón. Sloane y yo estamos saliendo —solté la bomba aun cuando la conversación ya se había apagado.

El silencio cayó sobre el salón de una forma abrupta. Hasta el comentarista de televisión pareció desvanecerse.

—Al menos… estábamos saliendo. O lo que fuera —añadí con la garganta seca, sintiendo el regusto amargo de esta derrota.

Mi madre soltó un gritito ahogado y se llevó una mano al pecho. A mi padre, que justo acababa de coger el bol de palomitas otra vez, se le escapó de las manos y las palomitas se desparramaron por toda la alfombra.

Nadie se movió durante unos segundos que para mí fueron eternos, mientras observaba sus rostros desencajados. Algo que, contra todo pronóstico, terminó por hacerme sonreír.

—Y *voilá*, precisamente por eso no quería decir nada —confesé, mientras me frotaba los brazos como si tuviera frío.

Mila seguía mirándome con la boca entreabierta. Parecía incapaz de decidir si quería reírse, enfadarse o zarandearme como a una loca. En sus ojos podía leer perfectamente una pregunta: *"¿Desde cuándo el juego de ligarte a la jefa para que te dejara en paz se convirtió en algo real?"*. Pero al final, solo se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—¿Desde cuándo…? —preguntó.

Me humedecí los labios y respiré hondo, dejando que los recuerdos me invadieran.

—No sabría decirte exactamente cuándo empezó. Creo que ni siquiera nosotras lo sabemos. Fue… gradual. De repente, una noche, todo encajó. Y ya no hubo marcha atrás.

La televisión mostró entonces imágenes del túnel de vestuarios. Mis compañeras de equipo aparecieron calentando sobre el césped y sentí un pinchazo brutal en el pecho al reconocerlas. Mi sitio estaba allí, teniendo que vivir esa adrenalina familiar que me recorría las venas antes de cada partido.

Pero no estaba allí. Y quizá ya no volvería a estarlo.

—Sé que está mal… —continué, obligándome a seguir hablando mientras entrelazaba los dedos para que no me temblaran—. Sé que hemos cruzado una línea que muchos consideran peligrosa. Y sé que esto tendrá consecuencias para mí… y para el equipo. No es lo mismo que dos jugadoras salgan juntas. Ella es la presidenta del club, la que toma las decisiones difíciles, la que carga con la presión de los inversores y los patrocinadores… Y creo que he tirado todo por la borda.

Mi padre se pasó una mano por la cara lentamente, procesando todavía lo que estaba pasando. Su voz sonó ronca cuando habló.

—Kaia, hija… esto es serio. Muy serio. ¿Has pensado en las repercusiones legales? ¿En tu carrera?

—Pero no planeamos nada —dije enseguida, sintiendo la necesidad de defendernos a las dos—. No fue algo calculado ni interesado. Simplemente pasó. Sloane es… intensa, complicada, pero también protectora, brillante y tremendamente humana cuando baja la guardia. Me hace sentir bien, y creo que nunca me había pasado con nadie.

Mila frunció el ceño, estudiándome con una intensidad incómoda, aunque sus ojos reflejaban más preocupación que cualquier tipo de juicio.

—Estás enamorada de ella, ¿verdad?

La pregunta me atravesó. Noté cómo se me cerraba la garganta de inmediato. Porque llevaba días intentando no formular esas palabras ni siquiera dentro de mi cabeza. Como si ponerles nombre fuera convertir aquello en algo irreversible. Pero lo era. Lo había sido desde mucho más tiempo del que yo fui consciente.

Bajé la vista hacia mis manos y sentí que el pecho me ardía.

—Sí. Lo estoy. Profundamente. Y eso es lo que más me asusta, porque no sé cómo pararlo —admití.

Mi madre me observó durante unos segundos eternos antes de desplazarse por el sofá hasta quedar completamente a mi lado. Después me rodeó con los brazos y me estrechó con fuerza, como cuando era niña y tenía pesadillas.

—Menudo lío en el que te has metido, pequeña… —susurró contra mi pelo—. Pero si sientes eso por ella, debe de ser alguien especial. Aunque sea la presidenta.

Apoyé la frente contra su hombro y cerré los ojos apenas un instante, inhalando su aroma familiar.

—Ya verás cómo salís adelante —susurró ella de nuevo, acariciándome la espalda.

"Eso espero", pensé. Quise creerlo. De verdad quise hacerlo. Pero la realidad era mucho más cruel.

Porque mientras el partido estaba a punto de comenzar, internet seguía ardiendo. Cogí el móvil de la mesa y, como una idiota, volví a entrar en las noticias deportivas aunque sabía perfectamente que solo iba a hacerme daño.

"ESCÁNDALO EN BLACKRIDGE UNITED WOMEN: LA JOYA DEL EQUIPO, RELACIONADA CON LA PRESIDENTA".
"¿ROMANCE O FAVORITISMO? EL CLUB, EN EL CENTRO DE LA POLÉMICA".
"KAIA BOUCHARD, APARTADA DEL FOCO TRAS LOS RUMORES CON SLOANE WHITAKER". "UNA RELACIÓN QUE PUEDE COSTAR MILLONES DE DOLARES".
"EL VESTUARIO DE BLACKRIDGE, DIVIDIDO".

Abrí uno de los artículos más largos y leí algunos párrafos:

"Fuentes cercanas al club aseguran que la relación entre la delantera estrella Kaia Bouchard y la presidenta Sloane Whitaker lleva semanas gestándose en la sombra. Fotografías y testimonios apuntan a encuentros privados y una cercanía que va más allá de lo profesional. Mientras algunos defienden que se

trata de un amor genuino, otros critican duramente el posible conflicto de intereses que podría haber influido en las alineaciones y decisiones deportivas".

Incluso había tertulias absurdas analizando fotografías nuestras. Una captura de Sloane mirándome durante un partido.

La gente convertía cualquier gesto en una prueba. Como si el amor fuera un crimen que necesitara evidencias.

Y luego estaba Sophie. Por supuesto que estaba Sophie. Abrí uno de los artículos y ahí apareció su fotografía acompañando de una entrevista exclusiva.

"Sophie Grant rompe su silencio: 'Hay cosas que nunca deberían mezclarse. Me duele por Kaia, pero sobre todo por el equipo. Algunas personas harían cualquier cosa por seguir jugando'".

Tuve que bloquear el teléfono. El estómago me dio un vuelco desagradable.

—Deja de leer los artículos —adivinó Mila, extendiendo la mano como si quisiera quitarme el móvil—. Solo te hará más daño.

—Es imposible no hacerlo —respondí, aunque sabía que tenía razón —. Todo el mundo juzga esto sin saber. Como si conocieran nuestra historia.

—Pues tendrás que aprender a desconectar, hermana. Por tu salud mental —insistió—. ¿Y ella qué dice? ¿Cómo lo está llevando?

La pregunta me dejó inmóvil.

—Apenas hemos hablado. Nuestra historia se ha reducido a una gestión de crisis. Pero sé que ella también estará jodida. Detrás de esa fachada de acero hay una mujer que se preocupa por cada jugadora, por el legado del club… y por mí.

Entonces el estadio rugió desde el televisor y el partido comenzó. Intenté concentrarme en el juego. De verdad lo intenté.

Las chicas salieron agresivas desde el primer minuto, presionando alto y recuperando rápido el balón. Riley dirigía el centro del campo con una precisión impecable. En una jugada temprana, nuestra lateral robó un balón en la banda derecha, avanzó con velocidad y centró al segundo palo. Riley remató de cabeza, pero la portera rival despejó con dificultad. El salón entero contuvo la respiración.

—Ahí habría estado tu remate perfecto —comentó mi padre, señalando la pantalla—. Es una diagonal que solo tú sabes interpretar.

Sonreí apenas, con nostalgia.

En otra jugada, el balón viajó entre tres jugadoras con velocidad. Tonya recibió en la frontal, se quitó de en medio a su defensora y disparó. El balón se estrelló contra el larguero y la familia protestó al unísono.

La cámara enfocó el palco presidencial unos segundos después. Sloane estaba allí. El corazón me dio un golpe tan fuerte que tuve que apartar la mirada un instante. Llevaba un traje oscuro impecable y el cabello perfectamente recogido, pero incluso desde la pantalla podía notar el agotamiento en su rostro. Tenía la mandíbula tensa mientras hablaba con Julian, aunque sus ojos se desviaban constantemente hacia el césped, como si estuviera deseando que me encontrase allí.

Tuve que apartar la vista porque sentí los ojos arderme por las lágrimas. La primera parte terminó cero a cero, aunque el equipo había sido claramente superior. Durante el descanso apenas hablamos. Mi padre recogió las últimas palomitas desperdigadas mientras mi madre preparaba café y Mila fingía mirar el móvil para dejarme espacio. Yo seguía atrapada dentro de mi cabeza, recordando las manos de Sloane en mi cintura, su voz ronca susurrándome al oído en la penumbra de su apartamento, la forma en que su risa cambiaba cuando estábamos solas.

La segunda parte comenzó todavía más intensa. Y entonces llegó el primer gol en el minuto sesenta y tres. Riley robó un balón en el centro del campo y abrió hacia la derecha. El centro llegó raso, tenso y peligrosísimo. Tonya apareció desde atrás para empujarlo dentro de la portería y el estadio explotó. Yo me puse en pie sin darme cuenta.

—¡Vamos! —grité.

Mi padre se echó a reír y Mila me señaló con una ceja arqueada.

—Mira quién decía que no quería ver el partido.

Volví a sentarme intentando disimular, aunque el corazón me latía desbocado. Seguimos dominando. Compactas. Hambrientas. Unidas. Y aunque no quisiera reconocerlo, me di cuenta de que ellas podían seguir adelante sin mí. Un pensamiento que fue doloroso.

Pero también tranquilizador.

El segundo gol llegó en el descuento. El balón pasó por cinco jugadoras antes de terminar en los pies de Riley cerca de la frontal. La portera salió tarde y el balón terminó entrando pegado al poste izquierdo. Dos a cero. Y final del partido.

El estadio rugía mientras las jugadoras se abrazaban sobre el césped. Yo me quedé inmóvil mirando la pantalla, procesando cómo había ido todo.

Quizá estar fuera del equipo fuera lo mejor. La idea apareció lentamente, silenciosa, instalándose dentro de mí con una calma devastadora. Porque Blackridge United Women sobreviviría. El club seguiría adelante. Y quizá yo era el incendio del que todos intentaban protegerse.

Sentí un vacío extraño expandiéndose bajo las costillas mientras la retransmisión mostraba a las jugadoras saludando a la grada. Y, aun así, en medio de todo aquel ruido, de toda aquella incertidumbre, solo pude pensar en una cosa:

"No sé cómo demonios voy a dejar de querer a Sloane Whitaker".

27

Sloane

El estadio vacío siempre me había parecido un lugar elegante. Había algo casi solemne en las gradas silenciosas después de un partido ganado, como si el eco de los cánticos permaneciera suspendido entre el hormigón y las luces apagadas durante unas horas más. Pero aquella noche, sentada en la sala de reuniones del Blackridge Arena, el silencio no tenía nada de hermoso. Era asfixiante, lleno de una tensión que me impedía respirar con normalidad.

Caminaba de un lado a otro de la estancia con un vaso de plástico entre los dedos y el tercer café de la noche enfriándose demasiado rápido. El sabor era horrible, aguado y quemado, completamente indigno de existir. Nada que ver con el café que siempre llevaba en mi termo. Y, aun así, seguía bebiéndolo. Porque necesitaba mantener la cabeza ocupada con algo, cualquier cosa. Porque si dejaba de moverme, aunque fuera un segundo, terminaría cogiendo el móvil que descansaba sobre la mesa y llamando a Kaia.

La pantalla seguía apagada. Tentadora. Dolorosa. Me pregunté si habría visto el partido sola o rodeada de su familia. Si habría celebrado el segundo gol levantándose del sofá con esa sonrisa amplia que le iluminaba todo el rostro. Si estaría enfadada conmigo. Si habría llorado en silencio, conteniendo las lágrimas para no preocupar a los suyos. La mandíbula se me tensó automáticamente. Dios. La echaba tanto de menos que me dolía físicamente, un vacío en el centro del pecho que ninguna victoria podía llenar.

Me detuve junto a la cristalera de la sala y observé el estadio vacío. Las luces del césped seguían encendidas, proyectando aquel verde impecable sobre las gradas desiertas. Algunos empleados de mantenimiento se movían a lo lejos recogiendo material mientras el marcador todavía mostraba el dos a cero final. Habíamos ganado. Y ni siquiera había sido capaz de disfrutarlo. El triunfo sabía a ceniza porque ella no había estado

allí, porque cada gol me había recordado su ausencia y el precio que estábamos pagando por habernos atrevido a querernos. Sí, a querernos, ¿por qué debería negarlo ya?

La puerta se abrió detrás de mí.

—¿Cómo va el tema con la prensa? —pregunté nada más ver a Julian entrar junto a Ethan.

El cansancio se les notaba incluso en la forma en la que cerraron la puerta tras ellos, como si temieran alterar aún más el frágil equilibrio de la noche.

Julian aflojó el nudo de su corbata apenas dio dos pasos dentro de la estancia y Ethan dejó una carpeta gruesa sobre la mesa con expresión agotada, frotándose los ojos con los dedos.

—Ya estamos en ello —respondió Ethan mientras se pasaba una mano por la barba incipiente—. Hemos presentado las denuncias pertinentes y varios medios ya están retirando los artículos más agresivos. Aunque algunos se resisten, claro.

—Los que solo buscaban atacar al club y generar ruido —añadió Julian, dejándose caer en una silla—. De hecho, también hay bastantes aficionados haciendo fuerza a favor de vosotras y de vuestra… relación. Las redes se han dividido, pero hay un sector importante que defiende lo vuestro.

—Déjalo —corté yo. Y la voz me salió seca.

Julian cerró la boca inmediatamente y levantó las manos en un gesto de paz. No tenía ganas de indagar en ello, ni mucho menos de entrar en terrenos personales. Me apoyé contra la mesa y dejé el vaso de café junto al móvil antes de cruzarme de brazos. Notaba el agotamiento latiéndome detrás de los ojos, pesado y constante, pero había algo todavía peor que el cansancio: el miedo. Y no era precisamente por mí.

—No he venido aquí a hablar de eso —murmuré, mirando el suelo un instante—. Solo quiero saber si vamos a salir adelante como club.

Ethan y Julian intercambiaron una mirada rápida. Demasiado rápida. Y mi estómago se tensó al instante.

Julian soltó el aire lentamente antes de hablar.

—Margot está muy cabreada. Hay gente que se le está echando encima y la presión mediática no ayuda precisamente.

—Eso ya lo sabía —repliqué con amargura, apretando los brazos contra el pecho.

—Pero no es eso lo que me preocupa ahora mismo —continuó Julian y después carraspeó.

Lo que no dijo entre líneas hizo que el pulso se me acelerara. Ethan permanecía extrañamente callado, con la mandíbula rígida y la vista fija en la carpeta sobre la mesa.

Entonces lo entendí. Había algo más. E iba a ser mucho peor.

—¿Qué ocurre? —exigí, irguiéndome.

Julian se humedeció los labios antes de responder.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste antes de volver a casa después del último? ¿Sobre las sospechas de Kaia?

Asentí y Ethan tomó la palabra.

—Creemos que Kaia tiene razón en sus sospechas. Durante todo este tiempo, Sophie ha estado reuniéndose con Margot en varias ocasiones. Y no han sido casuales.

Creo que una parte de mí llevaba demasiado tiempo preparándose para aquello. Porque la realidad era que tenía muy claro que Sophie Grant y Margot Hale juntas, podían ser dinamita.

Aun así, sentí el impacto clavándose en mis costillas como si me hubieran dado un puñetazo. Me aparté de la mesa y empecé a caminar otra vez, incapaz de quedarme quieta.

—¿Estáis seguros? —pregunté, deteniéndome frente a ellos.

—Todo apunta a ello… —confirmó Julian con un asentimiento de cabeza—. Tenemos algunos contactos moviéndose entre agencias y representantes. Nos han hablado de ciertos rumores relacionados con una posible venta de Kaia a un club europeo importante. Ofrecen mucho dinero y ya sabes cómo funcionan las ventas al extranjero.

Me detuve de golpe, como si el suelo se hubiera movido bajo mis pies.

—¿Qué?

—Margot quiere sacar dinero rápido antes de que todo esto empeore —explicó Ethan con gravedad—. Y no solo eso. También parece que ha estado negociando con otros patrocinadores interesados en sustituir a algunos de los actuales y que, casualmente, son conocidos de ella y de su familia. Sophie solo ha sido la llave para tambalear los cimientos del club.

La incredulidad me dejó completamente helada. Miré a ambos hombres intentando encontrar algo que desmintiera lo que estaban diciendo.

Una exageración. Un error. Lo que fuera. Pero no había nada. Solo cansancio y preocupación real reflejada en sus rostros.

—Eso es… imposible —susurré, aunque sabía que sí podían.

Pero incluso mientras lo decía, supe que Margot llevaba años construyendo este equipo a su manera. Todo lo que tocaba terminaba convertido en una operación económica perfectamente calculada. Jugadoras, campañas, patrocinios, entrevistas… Personas transformadas en cifras. Y Kaia… Kaia jamás había sido una cifra para mí. Ni mucho menos eso.

Noté una presión insoportable en el pecho. Porque de repente todo encajaba demasiado bien: las filtraciones, la rapidez con la que la prensa había conseguido determinadas fotografías, la violencia específica de algunos artículos. No querían únicamente destruir nuestra relación. Querían convertir a Kaia en un problema comercial y apartarla de mí.

Me llevé la mano al puente de la nariz y cerré los ojos apenas un instante.

—No podemos consentir esto —murmuré finalmente—. Lo sabéis, ¿verdad?

Ninguno respondió enseguida. Julian suspiró primero.

—Sloane… tenemos que ser prudentes y realistas.

—¿Realistas? ¿Eso es lo que llamáis permitir que utilicen a una jugadora como moneda de cambio? Kaia no es un activo que se pueda vender al mejor postor. Es una mujer brillante, talentosa y con un corazón enorme. Es la 9 de este equipo.

—Hablamos de Margot Hale —debatió Ethan con cansancio, inclinándose hacia delante—. La mujer que financia el club. No sé exactamente qué esperas que hagamos contra alguien así. Tiene poder, contactos y dinero.

La frustración me golpeó con tanta fuerza que tuve que apartarme otra vez. Caminé hasta la cristalera y apoyé las manos sobre ella. El frío del vidrio atravesó la tela de mi camisa y me ayudó a centrarme. Durante unos segundos solo escuché mi propia respiración.

Pensé en Kaia, en su expresión cuando intentaba fingir que algo no le dolía, en cómo escondía la ansiedad. En la forma exacta en que me miró la vez que finalmente se permitió besarme. Y luego pensé en Margot convirtiendo su vida en una estrategia de mercado.

—No voy a dejar que la destruyan —afirmé ante ellos—. Margot cree que todo el mundo funciona como ella, que las emociones son debilidades que se pueden comprar o eliminar.

Julian arqueó una ceja, observándome con atención.

—¿Y cuál es tu plan, entonces?

Me acerqué despacio a la mesa, notando cómo una idea comenzaba a tomar forma dentro de mi cabeza. No me gustaba. En absoluto. Pero cuanto más pensaba en ello, más claro veía el camino. Margot siempre había gobernado mediante miedo y dependencia. Solo que había olvidado algo importante: Blackridge United Women no era únicamente suyo. Las jugadoras habían construido una identidad propia. Los aficionados adoraban al equipo precisamente porque parecía humano, cercano, e imperfecto. Y muchas de las futbolistas tenían contratos publicitarios enormes que no sobrevivirían a un escándalo interno provocado por corrupción o manipulación.

—Si Margot hunde al equipo, arrastrará consigo a demasiada gente —expliqué—. Y las marcas odian el caos. Tenemos que convocar a las jugadoras mañana a primera hora.

Ambos levantaron la vista hacia mí al unísono.

—¿Qué? —preguntó Ethan, incrédulo.

—Vamos a contarles la verdad —insistí—. Toda la verdad.

Julian soltó una exhalación incrédula y se pasó las manos por el pelo.

—Sloane, eso es una locura. Podría desatar una rebelión interna y empeorar las cosas.

—No, lo que es una locura es seguir permitiendo que Margot maneje esto sola mientras nosotras esperamos a que decida qué hacer con Kaia —repliqué con pasión—. Las jugadoras tienen derecho a saber qué está ocurriendo dentro del club. Han dado todo este equipo, y merecen decidir si quieren seguir luchando por algo que se está pudriendo desde dentro.

—¿Y qué esperas conseguir exactamente? —quiso saber Ethan, cruzando los brazos.

Lo miré directamente a los ojos.

—Que entiendan que esto ya no va únicamente sobre una relación filtrada a la prensa. Se trata de integridad, de lealtad y de proteger lo que hemos construido juntas.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros. Me apoyé contra la mesa y crucé los brazos otra vez, intentando ordenar el torbellino de

pensamientos que me atravesaba la cabeza.

Porque la realidad era que tenía miedo. Mucho. No de perder mi puesto. Ni siquiera de enfrentarme a Margot. Tenía miedo de que Kaia terminara alejándose de mí para salvar al equipo. Y lo peor era que podía entenderla perfectamente. La imaginaba sacrificándose sin dudar si pensaba que así protegería a las demás. Esa era una de las cosas que más adoraba de ella. Y también una de las que más terror me daban.

Ethan tomó la carpeta de la mesa y la abrió despacio.

—Hay otra cosa.

Levanté la vista hacia él.

—Habla.

Sacó varias hojas impresas y las deslizó hacia mí. Reconocí nombres de patrocinadores, cifras, y correos internos. Y entonces vi el nombre de Sophie otra vez. La ira me recorrió el cuerpo.

—Ha estado moviéndose muy deprisa —explicó Ethan—. Como si supiera exactamente cuándo iba a estallar todo, quizás podamos ayudarnos de ello.

Pasé las páginas una a una. Cada documento empeoraba el anterior y pronto, el pulso me martilleó en las sienes.

—Vamos a aprovecharnos de esto —les informé.

Pero no sonreí. Porque aquello ya no tenía nada de divertido. Me acerqué otra vez a la cristalera y observé el reflejo tenue de mi propia figura sobre el vidrio. El estadio seguía vacío, inmenso y silencioso. Pensé en todas las veces que había creído tener el control de mi vida, en lo fácil que resultaba dirigir reuniones millonarias o negociar contratos imposibles. Y en cómo una futbolista testaruda había conseguido convertir todo aquello en algo insignificante. Kaia había alterado mi mundo entero sin darse cuenta. No con grandes gestos, sino con pequeñas cosas.

Cerré los ojos un segundo. Y entonces entendí algo con absoluta claridad. Ya había perdido demasiado tiempo intentando proteger lo que pensaran los demás. Y no pensaba mantener las distancias.

Volví a girarme hacia Ethan y Julian.

—Convocad a las jugadoras a las ocho de la mañana. Vamos a ir a por Sophie.

Di un paso hacia la mesa. Después otro. Y cuando pronuncié el siguiente nombre, sentí algo frío instalándose definitivamente dentro de mí.

—Y también vamos a ir a por Margot Hale.

28

Kaia

Entré la última a la sala de reuniones, con el corazón latiéndome en la garganta, mientras buscaba una siento libre en la segunda fila. El resto de las chicas ya estaban allí, todas con expresión seria. Riley tamborileaba los dedos sobre la mesa, y Camilla miraba al frente con los labios apretados.

Sloane estaba de pie al frente, impecable con un traje negro que acentuaba su figura, aunque las ojeras delataban que apenas había dormido. Julian y Ethan se encontraban a su derecha, con carpetas abiertas, y Derek, el entrenador, ocupaba una silla ligeramente apartada, frotándose la nuca con gesto cansado. Cuando Sloane levantó la vista y nuestras miradas se cruzaron, sentí un nudo en el estómago. Quise correr hacia ella, abrazarla delante de todas y dejarle muy claro que aguantaría todo lo que viniera a partir de ahora. En cambio, me limité a asentir levemente. Ella respondió con un pequeño gesto de cabeza, profesional, aunque sus ojos hablaron mucho más.

—Gracias por venir tan temprano —comenzó Sloane y se acarició las manos sobre la mesa—. Sé que muchas de vosotras tenéis preguntas y que los últimos días han sido un infierno. Así que voy a ser completamente sincera, porque os lo merecéis y porque este equipo se lo merece.

Hizo una pausa, respiró hondo y continuó:

—Sophie Grant, la periodista en la que confiamos los artículos para realzar la imagen del equipo, es quien filtró nuestra historia. Ha estado reuniéndose en secreto con Margot Hale y Caleb Turner durante semanas. Las filtraciones, las fotografías, los titulares más dañinos… todo ha sido orquestado. Sophie quería darse notoriedad en este mundillo. Y los aquí presentes, estamos seguros de que la presidenta, quiere dinero.

Un murmullo recorrió la sala. Riley se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—No puedo creerlo. Margot suele ser una mujer bastante transparente. Llevo años aquí y siempre pensé que, pese a sus defectos,

velaba por nosotras.

—Puede que al principio lo hiciera —confirmó Sloane, cruzando los brazos y después echo un vistazo a su derecha—. Ethan, por favor, explícales los detalles.

Ethan abrió una carpeta y repartió algunos documentos entre todas.

—Margot Hale lleva meses negociando la venta de Kaia a un club europeo de primer nivel. La cifra que ofrecen es alta y le permitiría compensar posibles pérdidas de algunos patrocinadores actuales. Además, está en conversaciones avanzadas con nuevos inversores que no quieren escándalos de imagen. Su plan consiste en convertir lo que ha sucedido en un problema comercial, salir reforzada económicamente, aunque ya lleva bastantes meses trabajando en ello. Quiere ganar dinero con el caos que ella misma ha ayudado a crear.

Sentí que la sangre me subía a las mejillas. Riley soltó una maldición entre dientes y golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¿Y nosotras? ¿Somos solo piezas en su tablero? —preguntó Martina, antes de echar un vistazo a su alrededor—. He dado todo por este club. Horas de recuperación, sacrificios familiares, lesiones… ¿Para que ahora nos traten como mercancía si conviene?

Sloane levantó una mano para calmar los ánimos, aunque su mirada reflejaba la misma indignación que sentíamos todas.

—Me he pasado la noche revisando contratos y movimientos financieros. Julian ha confirmado que varios patrocinadores importantes están nerviosos. Algunos amenazan con retirarse si el club sigue envuelto en polémicas constantes y eso beneficia bastante a los posibles socios que Margot ya tiene a su lado. Pero también hay otros que valoran la identidad que habéis construido a lo largo de los años: un equipo cercano, luchador y humano. Eso es precisamente lo que Margot no entiende.

Julian intervino entonces, intentando poner algo de calma a la conversación.

—Hemos gestionado la prensa lo mejor posible —aseguró, mirándonos a todas—. Las denuncias pertinentes ya están presentadas, y varios medios importantes ya han emitido sus respectivas rectificaciones. Pero eso no basta. Si no actuamos con decisión, Kaia saldrá del club antes del final de temporada y Margot seguirá al mando, vendiendo a quien le dé más beneficio. Porque tenemos muy claro que no se detendrá aquí.

Todas las miradas se volvieron hacia mí. Tragué saliva y me levanté lentamente. Sentí las piernas débiles, pero hablé con la seguridad que pude reunir, aunque el corazón me latía con fuerza.

—No quiero ser la razón por la que este equipo se hunda. Si mi salida soluciona algo y devuelve la estabilidad, estoy dispuesta a marcharme. No deseo que nadie más sufra por algo que empezó entre Sloane y yo.

—No —me cortó Sloane con rotundidad. Sus ojos brillaban, algo que solo yo podía reconocer—. No vas a sacrificarte, Kaia. No voy a permitir que te conviertan en moneda de cambio. Por eso os he convocado a todas. Llevo poco tiempo como presidenta, lo sé perfectamente. No he sudado con vosotras en los entrenamientos ni he compartido vestuario, pero he visto lo que sois capaces de hacer en el campo y fuera de él. Sois las Blackridge United Women. No Margot. Y quiero que me ayudéis a salvar el club de verdad.

El silencio que siguió fue absoluto.

—¿Y qué propones exactamente? Porque si solo hablamos, no cambiaremos nada —apuntó Riley.

Sloane se apoyó en la mesa y nos miró una a una, deteniendo sus ojos en mí.

—Propongo que actuemos con unidad. Que las jugadoras, el cuerpo técnico y, si se suman, aficionados y los patrocinadores más leales, mostremos una postura clara y contundente. Exigiremos que Margot Hale venda su participación o dimita. Amenazaremos con no renovar contratos y con que los patrocinadores se retiren si no se marcha. Recordad lo que ocurrió en el Washington Spirit en 2021. Las jugadoras se unieron y lograron el cambio. Y es lo que podemos hacer aquí.

Ethan añadió, con prudencia:

—Tenemos pruebas suficientes para respaldar nuestras demandas sin exponernos legalmente de forma innecesaria. Julian ha contactado ya con algunos patrocinadores de forma discreta. Aunque tímido por ahora, su apoyo existe.

Tonya levantó la mano y luego la bajó, visiblemente afectada. Puede que, en el fondo, ella no tuviera culpa de nada.

—¿Y si esta estrategia falla? Margot tiene mucho poder, contactos en la federación y dinero para destruir reputaciones. ¿Estamos dispuestas a arriesgar nuestras carreras?

—Puede que sí —reconoció Sloane, sin apartar la mirada—. Pero si nos unimos, el daño reputacional será mayor para ella que para nosotras. Los aficionados ya están movilizados en redes. Vuestro talento y vuestra historia pesan más que sus balances de cuentas. Esto no es solo por Kaia y por mí. Es por el futuro de las Blackridge.

Me volví a sentar, pero intervine de nuevo, ahora más calmada.

—Sophie me usó para hacer daño y Margot quiere usarme para ganar dinero. Estoy harta de sentirme un peón en su juego. Pero no deseo arrastraros a vosotras. Si esto sale mal, muchas perderéis oportunidades, contratos, visibilidad internacional…

Jordan se puso de pie con energía, paseando un par de pasos antes de hablar.

—No es solo por ti, Kaia. Llevo tres años aquí y nunca había visto un ambiente tan tóxico como ahora. Entrenamos con miedo a que cualquier error se convierta en titular. Si Margot se queda, mañana seré yo la que salga en los titulares por cualquier tontería, estoy segura. O quizás sean Riley o Camila. Así que… yo estoy dentro. Contad conmigo hasta el final.

Riley asintió con energía y colocó una mano sobre su hombro.

—Y yo. Además, las Blackridge somos más que goles y contratos. Somos un equipo. Y los equipos se defienden entre sí, estamos cansadas de que nos utilicen.

Derek se levantó también, con gesto decidido.

—Como entrenador, apoyaré públicamente cualquier iniciativa. Hablaré con el resto del staff. Muchos están hartos de las presiones externas y de las decisiones que priorizan el dinero sobre las personas.

Julian sonrió por primera vez en toda la mañana, aunque con cautela.

—Entonces tenemos una base sólida. Hablemos de cómo lo haremos visible sin que parezca un motín.

La conversación se alargó durante más de una hora. Las voces se superponían con pasión. Sloane escuchaba, moderaba y aportaba datos concretos, demostrando una vez más por qué, pese a todo, yo me había enamorado de su inteligencia y su coraje.

En varios momentos, nuestras miradas se encontraron. En cada una de ellas sentía su apoyo silencioso, esa conexión que iba más allá de las palabras y que me daba fuerzas para seguir allí, expuesta ante todas.

Cuando la reunión tocó a su fin, las jugadoras salieron hablando en grupos, animadas y nerviosas a partes iguales. Derek estrechó la mano de

Sloane antes de marcharse. Julian y Ethan recogieron los documentos y se despidieron con un gesto de respeto.

Yo me quedé rezagada, fingiendo ordenar mis cosas. Cuando la puerta se cerró y nos quedamos solas, Sloane se acercó a mí. Su expresión cambió por completo: la presidenta firme dio paso a la mujer que me conocía mejor que nadie.

—¿Estás bien? —me preguntó, deteniéndose a poca distancia.

—Asustada —admití con sinceridad, mirándola a los ojos—. Pero más viva que nunca. Verte así, luchando por nosotras con tanta determinación… me recuerda exactamente por qué me llamaste la atención, a pesar de mis quejas iniciales, y aunque todo esté patas arriba —bromeé—. Sigues siendo el centro de mi mundo.

Ella tragó saliva y, por un instante, dejó caer su máscara. Extendió la mano y rozó la mía con ternura.

—No pienso dejarte sola en esto, Kaia. Ni ahora ni después. Vamos a enfrentarnos a Margot y a Sophie juntas. Pase lo que pase, no voy a permitir que te aparten de lo que más te hace feliz.

Salimos de la sala juntas, aunque manteniendo una distancia prudente. Sabía que los próximos días serían duros, que Sophie y Margot no se quedarían de brazos cruzados, pero dentro de mí crecía una esperanza real.

Porque el Blackridge United Women no iba a caer sin pelear. Y nosotras, juntas, éramos imparables.

29

Sloane

El ruido del estadio aquella noche no se parecía a ningún otro que hubiera escuchado antes. No era únicamente emoción deportiva. Ni euforia. Ni expectativas. Era rabia. Orgullo. Resistencia.

Permanecí de pie en el palco presidencial con las manos entrelazadas delante del cuerpo, observando el césped iluminado mientras la gente rugía bajo nosotras como un océano imposible de contener. A mi izquierda, varios ejecutivos del club fingían revisar documentos en sus tabletas para evitar cruzar miradas incómodas. A mi derecha, Margot Hale permanecía completamente inmóvil en su asiento. La tensión que desprendía era casi visible. Ni siquiera necesité mirarla directamente para sentir el hielo de sus ojos clavándose en mi perfil.

Pero no pensaba apartar la vista del campo. No esa noche.

Abajo, las jugadoras del Blackridge aparecieron finalmente por el túnel acompañadas por el estruendo de las gradas. El estadio entero se levantó al reconocerlas. El sonido fue tan brutal que vibró incluso bajo mis zapatos.

Kaia no estaba en el once titular. Derek había decidido mantenerla en el banquillo para evitar alimentar todavía más la tormenta mediática, pero aun así caminaba junto al resto del equipo con la cabeza alta y la mandíbula firme. Su coleta se balanceaba a cada paso, y su gesto sereno contrastaba con toda la violencia que habíamos atravesado durante los últimos días.

Dios. Nunca había admirado tanto a una persona. Y por eso, sentí cómo la tensión volvía anudarse en mi pecho cuando ella levantó la vista hacia el palco. Apenas un segundo. Apenas un roce visual entre tanta distancia. Pero suficiente. Porque en sus ojos ya no había miedo. Solo determinación. Una determinación que me atravesó como una corriente cálida y me recordó por qué había decidido jugármelo todo a pesar de las futuras burlas de mi padre y la gente que me rodeaba.

El protocolo comenzó como cualquier otro partido: himnos, cámaras, fotógrafos moviéndose frenéticamente junto a la banda… Los comentaristas hablaban sin descanso sobre «la crisis institucional» y «el futuro incierto del club». Margot seguía rígida a pocos metros de mí, esperando por el inicio del partido. Sin comprender todavía que ya había perdido todas sus cartas.

Las jugadoras se colocaron en fila frente a las cámaras. Y entonces ocurrió. Una a una, sin prisas y sin romper la formación, se abrieron las chaquetas oficiales del club al mismo tiempo. El estadio explotó. Bajo cada chaqueta aparecía la misma camiseta negra con el 9 BOUCHARD.

Escuché gritos, exclamaciones y el sonido histérico de los periodistas poniéndose en pie. Las cámaras disparaban flashes frenéticamente mientras el público rugía con mucha más fuerza que antes. Algunas personas empezaron a corear el apellido de Kaia desde las gradas. Después otras. Y otras. Hasta que todo el estadio terminó haciéndolo.

—¡BOUCHARD! ¡BOUCHARD! ¡BOUCHARD!

Sentí un escalofrío recorriéndome entera. No por el escándalo, sino por ellas. Por estas mujeres plantándole cara al sistema delante del país entero. Porque justo en ese instante, las noticias deportivas ya conocerían el fraude que era Margot Hale.

Una mujer que se levantó de golpe, envuelta en rabia.

—¿Qué demonios significa esto? —preguntó furiosa.

Yo no aparté la mirada del césped. Porque Kaia acababa de girarse hacia las gradas, completamente inmóvil en mitad de aquel rugido ensordecedor, y durante un instante vi cómo se le quebraba la expresión. No llegó a llorar, por supuesto que no. Kaia era de las que resistían incluso cuando el mundo se le derrumbaba encima. Pero noté el leve temblor de su respiración incluso desde allí arriba. Y comprendí algo que me atravesó por dentro: ya no estaba sola.

—Significa que el equipo ha tomado una decisión —respondí sin dudar.

Margot clavó los ojos en mí.

—Te advertí que no convirtieras esto en algo personal.

Solté una risa, casi inaudible entre el clamor.

—Hace mucho que dejó de ser personal, Margot. Ahora se trata de hacer justicia. ¿Eso te suena?

El partido comenzó en medio de una tensión eléctrica imposible de describir. Cada toque de balón era acompañado por los cánticos de las

gradas. Cada recuperación provocaba rugidos. Blackridge United Women jugó como si llevara semanas esperando exactamente este momento, como si estuvieran liberándose de las cadenas invisibles, que Margot Hale se había encargado de ocultar. Yo apenas podía respirar. No por el partido, sino porque cada vez que miraba hacia el banquillo terminaba encontrando a Kaia observándome desde abajo. Y ya no había vergüenza entre nosotras. Ni distancia. Ni miedo. Solo esa verdad enorme y desordenada que habíamos intentado ocultar. En sus ojos brillaba la misma emoción que me invadía a mí, y la certeza de que, pasara lo que pasara, nos teníamos la una a la otra.

Blackridge ganó dos a uno con un gol de Riley en el descuento. El estadio se vino abajo cuando el balón cruzó la línea. Las jugadoras corrieron abrazándose mientras el público seguía coreando el nombre de Kaia. Margot abandonó el palco antes incluso del pitido final, con pasos rápidos y furiosos. Yo me quedé allí unos segundos más, observando a Kaia sobre el césped. Y por primera vez desde que comenzó todo aquel desastre, sentí algo parecido a la esperanza.

****

La transición hacia la rueda de prensa posterior fue un torbellino controlado. Mientras bajaba hacia el despacho presidencial, Ethan y Julian me esperaban con expresiones de tensa satisfacción. Ambos conocían desde hacía unas horas la identidad del grupo de inversores que adquiriría el club: un consorcio liderado por una familia con fuertes lazos en el fútbol femenino europeo, comprometida con la estabilidad y el respeto a la plantilla. Habíamos revisado cada detalle juntos.

Pasado horas sin dormir.

—Todo está listo para asestar el último golpe —me aseguró Ethan en cuanto entré—. Saben exactamente lo que ha pasado aquí y apoyan el cambio. No habrá más maniobras oscuras. A Margot no le quedará más remedio que ceder.

Julian asintió, cruzándose de brazos.

—Kaia estará protegida. Y tú también lo estarás.

Les dediqué una sonrisa cansada pero sincera.

—Gracias. Sin vosotros no habría sido posible. Ahora solo queda el golpe final.

La rueda de prensa posterior fue exactamente tan devastadora como habíamos planeado. Riley apareció junto a Derek frente a decenas de cámaras y micrófonos. El ambiente en la sala era puro nervio. Yo observaba la retransmisión desde el despacho presidencial junto a Ethan y Julian mientras los teléfonos no dejaban de sonar sobre la mesa.

Riley tomó primero la palabra.

—Jugamos por este escudo —dijo—. Por nuestras compañeras. Y por las personas que aman este club de verdad. No vamos a quedarnos calladas mientras intentan tratarnos como piezas de un tablero.

Derek asintió lentamente a su lado.

—No vamos a permitir que nadie utilice el talento de nuestras jugadoras como mercancía en negociaciones ocultas. Kaia Bouchard es una de las nuestras, y merece el mismo respeto que cualquier otra futbolista de esta plantilla.

La sala entera estalló en preguntas. Riley ni siquiera pestañeó.

—Esta noche no hemos jugado solo un partido. Hemos jugado por nuestra dignidad.

Los correos comenzaron a entrar apenas cinco minutos después. De patrocinadores, agencias, y marcas. Algunas apoyando públicamente al equipo. Otras exigiendo explicaciones inmediatas sobre la gestión de Margot Hale. Y varias amenazando con romper contratos millonarios si la directiva actual continuaba al frente del club.

Ethan levantó la vista de su portátil.

—Está funcionando mejor de lo que esperábamos.

Yo permanecí completamente quieta observando la lluvia golpeando las ventanas del despacho. No sentía alivio. Porque aún faltaba el último golpe.

Margot llegó hecha una furia. La puerta del despacho se abrió de golpe y el sonido de sus tacones cruzando la estancia resultó casi violento. Llevaba el rostro endurecido y los labios tensos en una línea afilada.

—¿Qué habéis hecho? —exigió, deteniéndose en el centro de la habitación.

Julian cerró la puerta tras ella. Nadie respondió inmediatamente. La lluvia seguía golpeando los ventanales mientras el silencio se hacía más y más pesado. Yo permanecía sentada detrás del escritorio presidencial con

las manos cruzadas frente a mí. Ethan estaba a mi derecha. Julian se quedó junto a la pared. Y Margot, por primera vez desde que la conocía, parecía acorralada.

—Te lo preguntaré solo una vez más —espetó acercándose a la mesa con los ojos llameantes—. ¿Qué demonios crees que estás haciendo, Sloane?

Le sostuve la mirada, fría e implacable.

—Salvando el club de ti.

Su risa fue breve y venenosa.

—¿Salvándolo? Has convertido al Blackridge United Women en un circo mediático por una aventura con una futbolista.

Margot apoyó ambas manos sobre la mesa inclinándose hacia mí.

—Cuando esto termine, no volverás a trabajar en el fútbol profesional. Te lo aseguro.

Ethan soltó el aire lentamente, conteniendo su frustración mientras Julian sonreía con frialdad.

A los cinco segundos, yo abrí la carpeta negra que descansaba frente a mí y la expresión de Margot cambió por completo.

—Se acabó el juego, Margot —anuncié.

Saqué varios documentos y los deslicé lentamente hacia ella. Extractos bancarios. Transferencias. Pagos ocultos. El nombre de Sophie Grant también aparecía a agencias europeas y empresas pantalla vinculadas a Margot.

La mujer palideció.

—¿Qué es esto…? —murmuró, cogiendo una de las hojas con dedos tensos.

—La prueba de que esta gente cobraría comisiones ilegales para forzar el traspaso de Kaia al extranjero. Y también la prueba de que tú estabas perfectamente al tanto —expliqué—. Lo sabemos todo.

El silencio posterior fue brutal antes de que Julian interviniera.

— Mañana esto será portada. Especialmente porque ya hemos enviado copias al principal diario de investigación del país.

Margot levantó la cabeza de golpe.

—¿Qué?

Me incliné ligeramente hacia delante, manteniendo el contacto visual.

—Mañana por la mañana, tu credibilidad y la de Sophie serán historia. Y si no firmas ahora mismo la venta de tus acciones al grupo de inversores

que Ethan te ofrece… te va a ir mal. Muy mal.

Por primera vez desde que la conocía, vi auténtico miedo en los ojos de Margot Hale. Su respiración se había vuelto más pesada. Incluso irregular.

—Sois unos malditos ingenuos —murmuró finalmente—. Creéis que podéis dirigir este club con sentimentalismos y romances de vestuario.

Julian dio un paso adelante.

—No es sentimentalismo. Es respeto. Algo que tú nunca entendiste.

Yo añadí:

—Kaia no es una mercancía. Ninguna de ellas lo es. Y el nuevo propietario comparte esa visión. Firmarás, Margot. O caerás con todo.

Margot soltó una risa amarga antes de coger el bolígrafo que Ethan dejó sobre la mesa. Firmó los documentos con movimientos secos, violentos, como si cada trazo le arrancara algo de sí misma. Después lanzó el bolígrafo sobre la mesa.

—Este club se hundirá sin mí —escupió.

La observé durante unos segundos y entonces sonreí.

—El club nunca fue tuyo, Margot. Es de las mujeres que sudan esa camiseta ahí abajo. De Kaia. De Riley. De Camila. De Tonya. De todas ellas.

Margot sostuvo mi mirada antes de abandonar el despacho dando un portazo que hizo temblar los cristales.

El silencio que quedó después resultó casi irreal. Ethan fue el primero en dejar escapar el aire.

—Dios mío. Lo hemos conseguido.

Julian se dejó caer en una silla, pasándose una mano por el rostro.

—Ha sido más intenso de lo que imaginaba. Pero creo que ha valido la pena. Sloane, ¿estás bien?

Asentí, cerrando los ojos apenas un instante. Pensé en Kaia, en su mirada desde el banquillo, en la fuerza que me transmitía incluso en la distancia. Asentí, porque a pesar de que sentía nervios, todavía tenía algo que hacer. Así había decidido hacerlo y así sucedió.

La rueda de prensa comenzó una hora después.

Los flashes iluminaron mi rostro en cuanto crucé la sala. Había periodistas de pie junto a las paredes. Cámaras. Micrófonos. Murmullos constantes. Pero curiosamente, ya no sentía miedo ni vergüenza por lo corto

que fue este camino para mí. Me senté frente al atril y acomodé las hojas que apenas iba a necesitar leer. Después levanté la vista.

—Esta noche termina oficialmente la transición institucional del Blackridge United Women.

La sala quedó en silencio. Expliqué la salida de Margot Hale. La llegada del nuevo grupo inversor, cuyo compromiso con el fútbol femenino ya era conocido por Julian, Ethan y por mí. Hablé sobre la estabilidad financiera del equipo. Las nuevas garantías para la plantilla. Hablé con detalle de los planes para proteger a las jugadoras y fortalecer la cantera.

Y luego llegó el momento más difícil y que me obligó a respirar hondo.

—También quiero anunciar mi salida de la presidencia del club.

El murmullo fue inmediato, pero continué antes de que nadie pudiera interrumpirme.

—Los nuevos propietarios me han ofrecido dirigir el departamento de Expansión Internacional y la Fundación del club. Un puesto desde el que seguiré trabajando por el crecimiento de este equipo… pero sin la responsabilidad jerárquica directa sobre la plantilla o los contratos de las jugadoras.

Sabía perfectamente lo que estaban pensando todos. Que esto lo hacía por la relación con una jugadora. Por el conflicto de intereses que eso significaba. Por el escándalo continuo al que estaríamos sometidas.

—He cometido errores —admití—. Pero llegar a este club, no ha sido uno de ellos —añadí y después sonreír—. Y tengo muy claro que… enamorarse de alguien nunca debería utilizarse como arma para destruir una carrera profesional. Kaia Bouchard es una futbolista excepcional y una mujer extraordinaria. Merece seguir brillando sin que mi nombre la condicione.

El silencio fue absoluto. Y aun así, sentí una calma extraña instalándose dentro de mí. Porque aquello ya no iba únicamente sobre defenderme.

Iba sobre protegerla. Iba sobre protegernos a todos.

30

Kaia

Horas después de la rueda de prensa, el Blackridge Arena volvió a quedarse en silencio.

Pero ya no era ese silencio sofocante que había sentido días atrás, cuando caminar por estos pasillos significaba convivir con las miradas esquivas, los rumores y el miedo constante a que todo terminara derrumbándose sobre nosotras. Esta vez, el estadio respiraba de otra manera. Como si las paredes mismas hubieran exhalado después de aguantar demasiado tiempo conteniendo una tormenta.

Avancé despacio por el pasillo principal con las manos hundidas en los bolsillos de la sudadera negra del club. Todavía llevaba la ropa del entrenamiento y el cabello ligeramente húmedo después de la ducha rápida que había tomado en los vestuarios. El eco amortiguado de mis pasos se expandía sobre el suelo mientras las luces nocturnas permanecían encendidas a media intensidad, bañando el estadio en tonos dorados y suaves.

Me detuve unos segundos frente a una de las cristaleras que daban al campo. Las gradas aparecían desiertas bajo la iluminación tenue, inmensas y silenciosas después de semanas enteras de caos. Me resultó extraño pensar que hacía apenas unas horas ese mismo lugar había rugido con tanta fuerza que sentí el suelo vibrando bajo mis botas. Todavía podía escuchar a la gente coreando mi apellido. Todavía podía ver a las chicas abriendo las chaquetas al mismo tiempo con el 9 BOUCHARD.

Tragué saliva lentamente. Nunca iba a olvidar aquello.

Durante demasiados días me había sentido sola dentro de esa guerra, como si mi relación con Sloane fuera un error capaz de destruir todo lo que amaba. Y, sin embargo, cuando el mundo había intentado aplastarnos, el equipo entero decidió quedarse a nuestro lado. Riley, Derek, las demás… todas habían arriesgado su posición por mí. Por nosotras. Y ese gesto

colectivo me había devuelto algo que creía perdido: la fe en que no todo en el fútbol era ambición y poder.

Sonreí mientras reanudaba el camino hacia el despacho presidencial. O quizá debería dejar de llamarlo así. La idea me hizo soltar una risa baja. *"Directora de la Fundación"*. Todavía me costaba imaginar a Sloane Whitaker aceptando un cargo lejos del centro absoluto del poder. Ella, que siempre parecía dominar cualquier habitación con solo entrar en ella. Ella, que llevaba la elegancia pegada a la piel como si hubiera nacido envuelta en trajes oscuros y miradas imposibles de desafiar. Y, aun así, había renunciado a todo. Por mí.

El pensamiento me golpeó con una ternura tan brutal que tuve que bajar la vista durante unos segundos. Nadie había hecho jamás algo así por mí. Nadie había elegido quedarse a mi lado cuando hacerlo significaba perder el resto de su mundo.

Empujé la puerta del despacho y la escena que encontré al otro lado consiguió detenerme en seco.

Sloane estaba de espaldas junto al escritorio, terminando de guardar sus últimas pertenencias en una caja de cartón. La luz cálida de la lámpara lateral delineaba su figura con una suavidad extraña, mucho más humana que la imagen fría e impecable que proyectaba normalmente ante el resto del mundo. Había varias carpetas perfectamente ordenadas dentro de la caja, fotografías enmarcadas, un par de bolígrafos negros de aspecto carísimo y, por supuesto, el icónico termo de café.

Tuve que contener otra sonrisa. Sloane no necesitó girarse para saber que era yo. Lo noté en la forma en que sus hombros se relajaron, como si mi presencia fuera el único bálsamo que necesitaba después de un día interminable.

Entré despacio y cerré el pestillo antes de apoyarme contra la puerta, y durante unos segundos ninguna de las dos dijo nada. Solo nos miramos. Y Dios. Después de todo lo ocurrido, verla allí parecía casi irreal.

La mujer que había sostenido el club entero sobre los hombros estaba ahora frente a mí con una simple caja de cartón entre las manos y el cabello ligeramente despeinado. Ya no llevaba la máscara de acero que utilizaba en las reuniones. No había dureza en su expresión. Solo cansancio, alivio y algo tan inmensamente tierno al mirarme que sentí cómo el corazón se me disparaba.

Mi mirada recorrió lentamente el despacho antes de detenerse otra vez en la caja. Todo un trabajo reducido a unas pocas pertenencias.

—¿Directora de la Fundación? —pregunté con una pequeña sonrisa cansada—. Vaya degradación para la gran Sloane Whitaker.

La risa que escapó de su garganta fue completamente auténtica. Probablemente esa fue la primera vez en semanas que la veía reír así.

—Créeme, el nuevo puesto tiene unas ventajas excelentes, aunque mi padre me lo vaya a echar en cara —respondió ella, dejando la caja sobre el escritorio—. Horarios más flexibles, menos reuniones interminables con inversores que solo ven números… y, sobre todo, la posibilidad de centrarme en lo que realmente importa.

Sloane se acercó despacio, cada paso suyo conseguía alterar algo dentro de mí. Siempre había sido así. Incluso cuando la odiaba. Incluso cuando fingía que solo era una mujer arrogante empeñada en hacerme perder la paciencia.

—¿Ah, sí? —murmuré, incapaz de apartar la mirada de sus ojos—. Cuéntame más sobre esas ventajas, porque sigo sin creerme que hayas aceptado dejar este despacho.

Ella se detuvo justo frente a mí, tan cerca que sentí inmediatamente el calor de su respiración mezclándose con la mía. Mi pulso se aceleró. Era absurdo que todavía consiguiera ponerme nerviosa. Pero lo hacía.

—Por ejemplo… ya no soy tu jefa —susurró, y su voz bajó un tono—. Eso significa que puedo hacer esto sin que Ethan tenga un ataque al corazón ni Julian nos mire con esa cara de resignación que tanto practica.

Noté que mis labios temblaban un poco. Sus ojos descendieron hacia mi boca, y el aire se me quedó atrapado en los pulmones.

—¿Y qué es exactamente *"esto"*? —pregunté, provocándola a propósito porque necesitaba oírselo decir.

Sloane sonrió, con esa peligrosidad que siempre conseguía dejarme sin habla.

—Esto —repitió, mientras una de sus manos se deslizaba hacia mi cintura y la otra subía lentamente por mi espalda—, es besarte sin mirar por encima del hombro. Tocarte sin miedo a que alguien entre. Quererte sin tener que esconderlo.

No tuve tiempo de responder. Sus manos llegaron primero, firmes y cálidas, atrayéndome contra su cuerpo. Y entonces me besó. El mundo entero desapareció en cuanto su boca encontró la mía.

Todo el miedo acumulado durante los últimos días estalló dentro de mí al mismo tiempo. La culpa, la tensión, el agotamiento, las noches enteras pensando que quizá la perdería antes incluso de tenerla de verdad. Me aferré a la tela de su chaqueta, sintiendo cómo los dedos me temblaban mientras ella profundizaba el beso con necesidad.

Cuando nos separamos para tomar aire, apoyé la frente contra la suya. Nuestras respiraciones se entremezclaban, rápidas y agitadas.

—Creí que te perdería —confesé en un susurro—. Hubo momentos en los que pensé que elegirías el club por encima de todo. Por encima de mí.

Sloane negó con la cabeza, sin separarse. Su pulgar acariciaba mi mejilla con una ternura infinita.

—Nunca fue una elección real, Kaia. El club siempre fue importante, pero tú… tú lo cambiaste todo. Cuando vi las camisetas con tu nombre, cuando escuché a todo el estadio corearte, comprendí que había tomado la decisión correcta. No quería un club que te hiciera daño. Te quería a ti. Sana, libre y a mi lado.

Sus palabras me recorrieron como una ola cálida. Deslicé los dedos por su nuca y la atraje de nuevo hacia mí para besarla, esta vez con más calma, saboreando cada segundo.

—¿Y ahora qué? ¿De verdad vas a estar bien dirigiendo la Fundación? Te conozco. El poder te sienta bien, Sloane. No quiero que renuncies a algo que amas por mí.

Ella soltó una risa y me abrazó con más fuerza, apoyando la barbilla sobre mi cabeza.

—Amaba el control, sí. Pero he descubierto que me gusta más la idea de construir algo contigo. La Fundación puede hacer mucho por las jugadoras jóvenes, por las que llegarán después de ti. Y tú seguirás en el campo, brillando como siempre. Sin que nadie use nuestra relación como arma. Eso es lo que quiero. Un futuro donde no tengamos que elegir.

Permanecimos así un rato largo, abrazadas en medio del despacho casi vacío. El silencio del estadio nos envolvía como una manta protectora. Pensé en todo lo que habíamos superado: las amenazas, las filtraciones, la presión mediática, el miedo. Ahora estábamos… enteras.

—Todavía me cuesta creer que el equipo hiciera eso por nosotras —murmuré contra su cuello—. Riley me dijo antes que no fue solo por mí. Fue por todas. Por lo que representamos.

Sloane asintió y me besó en la sien.

—Ellas vieron lo que yo vi desde el principio: que eres mucho más que una futbolista excepcional. Eres valiente, honesta y leal. Y yo… yo me enamoré de ti como una tonta, sin planearlo, y sin poder evitarlo.

Levanté la vista para mirarla directamente a los ojos.

—Y yo me enamoré de la mujer que se escondía detrás de los trajes caros y las decisiones frías. De la que temblaba cuando la besaba en secreto.

Sus ojos brillaron con una emoción profunda. Volvió a besarme, esta vez con más lentitud, explorando, reconociendo cada rincón de ese momento que era solo nuestro. Cuando se apartó, susurró contra mis labios:

—Vamos a tener que aprender a hacer esto a la luz del día.

Sonreí contra su boca.

—Me parece un plan excelente. Aunque te advierto que sigo siendo bastante terca en el campo. No creas que porque ya no seas mi jefa voy a dejar de discutir contigo.

Sloane rio con ganas, un sonido que llenó el despacho y mi pecho al mismo tiempo.

—Dios, espero que no cambies nunca. Porque me encanta discutir contigo.

Nos quedamos hablando un rato más, compartiendo planes pequeños y grandes. Hablamos del nuevo grupo inversor y de cómo Ethan y Julian ya habían confirmado que respetarían la plantilla. Hablamos del futuro sin escondernos. Y en cada palabra, en cada roce, sentía cómo las heridas de las últimas semanas comenzaban a cerrarse.

La emoción me subió lentamente por la garganta mientras la observaba.

—Gracias por salvar mi mundo —susurré.

Vi algo romperse en sus ojos. Algo cálido, vulnerable y hermoso. Después, una de sus manos abandonó mi cintura para subir lentamente hasta mi rostro. Su pulgar acarició mi mejilla con una ternura tan delicada que sentí ganas de llorar otra vez. Pero esta vez no era de tristeza. Era de felicidad.

Sloane sonrió entonces. Y esa sonrisa valió más que cualquier victoria, cualquier titular o cualquier estadio rugiendo mi nombre.

—Tú salvaste el mío primero.